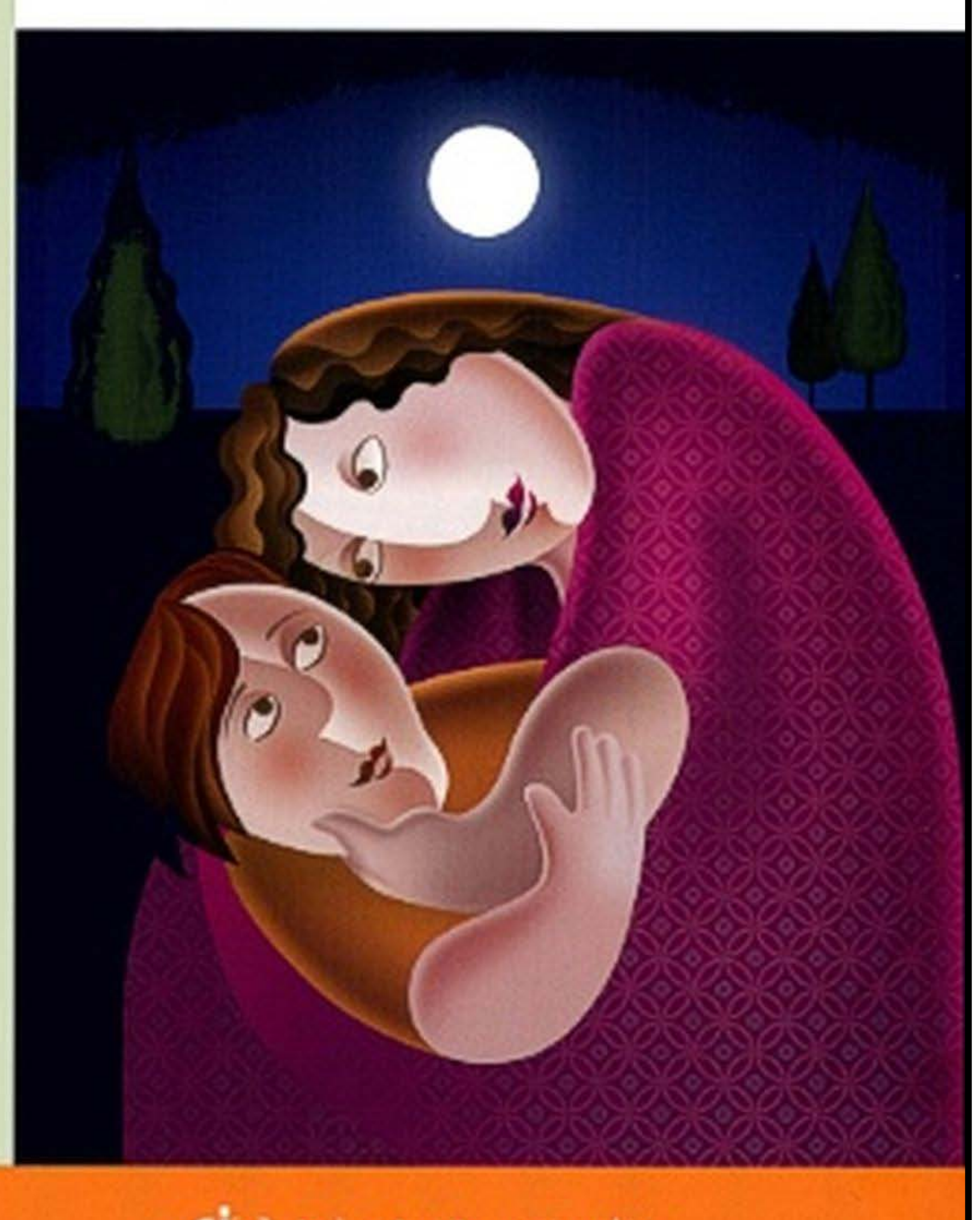
PENSAMIENTOS DE REALIZACIÓN

Bert Hellinger

COLECCIÓN PSICOLOGÍA



rigden institut gestalt

PENSAMIENTOS DE REALIZACIÓN

Bert Hellinger



Título original
Gedanken, die gelinden

Título
Pensamientos de realización

Primera edición
Julio 2009

Traducción
Luis Ogg

Ilustración portada
Francisco Solé

Diseño gráfico
Bárbara Pardo

Fotocomposición
Ida Rosiello

Impresión y encuadernación
Puresa S.A.

Impreso en España

Depósito Legal
B-25.230-2009

ISBN
978-84-936706-3-4

RIGDEN-INSTITUT GESTALT
Verdi, 94, bajos
08012 Barcelona
www.rigden-institutgestalt.com
e-mail: rinden-ig@rigden-institutgestalt.com

ÍNDICE

PUES PERMANECER ES EN NINGUNA PARTE

AUNQUE EL REFLEJO EN EL ESTANQUE A MENUDO SE NOS DEVUELVA: *SABE LA IMAGEN*

EN NINGÚN LUGAR, AMADA, HABRÁ MUNDO SALVO EN EL INTERIOR

ASÍ VIVIMOS Y SIEMPRE NOS DESPEDIMOS

SIEMPRE HAY QUE VER

INTRODUCCIÓN

Los pensamientos se logran en la consonancia. Cuando están en consonancia con todo tal como es, están en consonancia con aquel espíritu que lo ha pensado todo tal como es.

En esa consonancia pensamos en consonancia con un movimiento de ese espíritu, en consonancia con su movimiento creador. Por eso se logran esos pensamientos, pues en ese momento los piensa algo Más Grande. Los pensamos en consonancia con esto Más Grande o, más exactamente, esto Más Grande los piensa en nosotros y con nosotros y a través de ellos nos toma a su servicio. Estos pensamientos nos conducen a eso Más Grande de una manera que, en ellos, nos vivimos uno con eso Más Grande.

Estos pensamientos nos hacen sabios. Es decir: en consonancia con esos pensamientos sabemos si algo funciona, si algo sirve, si ponen en movimiento algo que lograremos.

Estos pensamientos son regalados. Primero a quien los tiene. Mueven en él algo que antes parecía estar más allá del pensamiento propio y más allá de las propias posibilidades, sobre todo de las propias posibilidades del amor.

Nuestros pensamientos en consonancia con eso Más Grande, en consonancia con ese espíritu que lo incluye todo en sus pensamientos, son pensamientos de amor. Por eso causan en nosotros, cuando se nos regalan, un movimiento que sirve al amor.

Esos pensamientos nos permiten volvernos amplios como ellos. Causan que más y más, tal como aparece en nuestra vida y en nuestro amor, pueda dirigirse mutuamente con respeto y amor: con el amor a todo, tal como ese espíritu lo mueve y puede ser tomado a su servicio.

¿Qué logramos realmente cuando nos son regalados estos pensamientos? Logramos el amor, el amor abarcador, el amor amplio.

Con esos pensamientos está en camino la sabiduría y nosotros estamos en camino con la sabiduría. Estamos en camino con la sabiduría que actúa dondequiera que le permitamos tomarnos a su servicio.

¿Cómo reconocemos en lo más profundo que nuestros pensamientos son sabios? Cuando nos superan y arrastran con nosotros a otros al movimiento del amor a todo tal como es.

SOBRE ESTE LIBRO

Este libro surgió sin propósito. A veces sentía que algo me tomaba a su servicio, pues a partir de ese momento no podía empezar nada, aunque a menudo pareciera urgente. A veces me resistía, quería intentar eso otro, pero era en vano.

Finalmente cedí, me senté, tomé una hoja de papel y me dispuse a escribir. Pero a menudo no sabía qué debía escribir ni qué tema tocar. Pero de repente me venía una palabra y empezaba a escribir sin saber adónde tenía que ser llevado. Así que empezaba con la primera frase. Luego venía la segunda. Seguía escribiendo y de repente salía de un tirón, renglón a renglón.

Mientras tanto descubría adónde debían llevar esos pensamientos. A veces me parecían increíbles. ¡Cómo podía decir algo así! Pero el movimiento me tenía en su poder, tenía que seguirlo.

Así surgió un texto sobre un tema, por sí solo, sin conexión con nada, con nada que le precediera.

Cuando había terminado dejaba la hoja aparte, la dejaba reposar un rato y trasladaba el texto a mi ordenador. Después, lo que había escrito desaparecía de mi conciencia y de mi memoria, como si sólo hubiera pasado a través de mí, de largo. De ese modo surgieron los capítulos de este libro, aparentemente inconexos, a lo largo de un período extenso, de más de un año.

No obstante, estos pensamientos han provocado en mí algo especial. Por increíbles que a veces me parecieran, mucho más allá de mis pensamientos cotidianos y de los límites de mi conciencia cotidiana, para mi alma, para lo más hondo de mí, donde me sentía portado, movido y tomado al servicio de un espíritu infinito, eran evidentes y verdaderos.

Aunque sin que pudiera asirlos como si me pertenecieran. Me entregaba a ellos mientras todavía me eran presentes, me dejaba guiar por ellos hasta que venían los pensamientos siguientes, que me llevaban más allá de ellos y los dejaban atrás. Por eso, estos pensamientos, por poderosamente que me atraparan, al cabo de un rato resultaban provisionales.

Partiendo de esa experiencia me pareció adecuado leer primero esos pensamientos antes oídos, acaso sólo un capítulo a la vez. De ese modo todos permanecían en sí: yo, que leía, y los lectores, que los dejaban penetrar en ellos tal como les correspondía en ese momento.

No obstante, con el presente también publico esos pensamientos en forma de libro. Es un libro contemplativo, un libro provisional. Porque la sabiduría está en camino. Prosigue de manera infinita. Es amor en camino. Sus pensamientos se logran... siempre.

Bert Hellinger

¿QUIÉN, CUANDO GRITÉ,
ME ESCUCHÓ
DE ENTRE LOS ÓRDENES
DE LOS ÁNGELES?

de *la primera Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

EN TI

Cuando Rilke, en su *Libro de horas,* pregunta: *¿Quién la vive? ¿La vives tú, Dios, la vida?*, ¿es posible todavía la idea de que estuviera ante Dios como frente a él? ¿Como si yo pudiera, por ejemplo, rezarle? ¿Como si pudiera pedirle algo? ¿Como si pudiera darle las gracias, amarlo, temerlo?

Si Dios vive mi vida, yo vivo en Dios y él en mí: en todo lo que realizo, dondequiera que me sienta unido a otros o separado de ellos. Pues también en todos los demás hombres vive, ama y actúa, hagan lo que hagan y como quiera que se sientan, culpables o no, buenos o malos.

Si es Dios quien vive toda vida, se acaba todo lo propio, también el propio yo.

A menudo me opongo aparentemente con mi yo al movimiento de la vida tal como Dios lo vive en mí. Me siento correspondientemente separado de este movimiento de vida, tanto en otros como en mí. Me pongo en oposición a este movimiento en otros y en mí, oposición a través de la que vivo dolorosamente la separación de la vida que Dios vive en otros y en mí, a menudo incluso de tal manera que ellos y yo perdemos nuestra vida antes de haberla vivido y convivido como eterna en su plenitud.

Con estos pensamientos me he puesto en oposición a Dios como si pudiera y me estuviera permitido hacerlo.

Otra cosa es cuando convivo en todos los aspectos la vida tal como Dios vive la vida en mí sin que yo diferencie entre él y yo. Cuando es él quien vive nuestra vida se acaba nuestro yo. Al vivir él nuestra vida nos disolvemos en un movimiento, en su movimiento, pues la vida es movimiento. Pero en este movimiento ya estamos y hemos llegado desde siempre a nuestro objetivo.

¿Cómo entramos en consonancia con la vida que Dios vive en nosotros?

Primero en nuestros pensamientos. Pensamos nuestra vida con él tal como él la piensa. ¿Qué pensamos con este pensamiento? Pensamos la vida, toda la vida, cómo la piensa Dios, nos hacemos uno con esta vida en todo como él la piensa.

Este pensamiento es asentimiento y acción sin que lo uno pueda diferenciarse ya de lo otro. En él nos disolvemos tanto nosotros como todo lo demás: vivido por Dios.

¿Hay algo más allá de ese pensamiento? Este pensamiento, como pensamiento de Dios, nos incluye en su vida, en su movimiento. En ese movimiento terminamos ya ahora en él.

La vida

La vida dura, y si no es así, para nosotros personalmente sí lo parece. Experimentamos que la vida termina para cada ser vivo individual.

¿Cómo es que la vida sigue entonces? Porque va más allá de cada ser vivo individual. Extrae de sí los seres vivos individuales sin disolverse en ello ni, cuando estos mueren, terminar con ellos.

¿Quién vive entonces realmente la vida? ¿De qué participan todos los que la viven? La vida es la revelación más grandiosa de un espíritu que piensa en forma inagotable, que la despide de sí ininterrumpidamente en una diversidad infinita para nosotros, que la mantiene creativamente en la existencia.

¿Qué pasa entonces con los seres vivos individuales cuando mueren? ¿Dejan de ser o siguen viviendo? ¿Siguen siendo abarcados por ese movimiento creativo? ¿Son sólo llevados en él, con él en el mismo movimiento, pero de otro modo? ¿Se diferencian de los seres vivos que todavía están aquí con nosotros como un otro? Éstos están porque otros estuvieron antes que ellos, porque éstos todavía están aquí con ellos, viviendo todavía en ellos.

¿Qué pasa, pues, con nosotros cuando morimos? ¿Morimos o seguimos viviendo, sólo que de otro modo?

Hasta ahora, esto todavía es superficial, visto sólo desde nuestro cuerpo. Porque ¿qué pasa, al morir, con nuestro espíritu? ¿Qué pasa con nuestra conciencia? ¿Puede haber también en este caso una transformación del individuo en algo abarcador? ¿Qué se transforma en el espíritu y en la conciencia? ¿Acaso el espíritu ha empezado pequeñito, luego ha crecido, se ha desarrollado y llega a un fin en que termina? ¿En el que termina como nuestro cuerpo y luego permanece de otro modo, acogido en algo que ya existía desde siempre antes que él, más allá de él? ¿Algo que después también recoge en sí al espíritu y lo lleva consigo en su movimiento? ¿Será el mismo proceso de transformación que con nuestro cuerpo cuando muere?

Oh vida vida, tiempo maravilloso

que abarca de contradicción en contradicción
en la marcha a menudo tan malo tan difícil tan serpeante
y de repente, con las alas desplegadas
indeciblemente amplias, semejante a un ángel:
Oh el más inexplicable, oh tiempo de la vida.

Aquí hay que considerar algo. ¿Con qué otra distinción está relacionada nuestra distinción entre vida y muerte? ¿Se anula esta distinción si se nos anula la otra?

El proceso interno en nuestra distinción entre vida y muerte es el mismo que en la distinción entre bien y mal. Porque en nuestra representación el bien puede vivir y permanecer. El mal, por el contrario, ha de desaparecer y morir.

Por la distinción entre bien y mal intervenimos en el gran movimiento de la vida. Queremos hacer desaparecer en él algo que igualmente forma parte suya. Con esta distinción ya convivimos ahora con la muerte y morimos mientras aún vivimos.

¿Qué pasa con nuestra vida si abandonamos esta distinción?

Nuestra vida sigue para nosotros. Prosigue en su abundancia, con la transformación que sea. Prosigue con todo creativamente.

Expulsados

De Adán y Eva se dice en la Biblia: fueron expulsados del paraíso. Tras ellos se cerró una puerta severamente vigilada por ángeles con espadas llameantes.

¿Por qué fueron expulsados? Por haber comido del árbol del conocimiento.

¿Qué conocimiento era ese? El conocimiento del bien y del mal.

¿Por qué este conocimiento los llevó a la expulsión del paraíso? Porque con este conocimiento se colocaban contra Dios. Porque por ese conocimiento se elevaban por encima de Dios y se colocaban en su lugar.

¿Por qué podía tener este conocimiento un efecto de tan largo alcance? Porque era un conocimiento falso, un conocimiento que se apartaba de Dios y quería independizarse de él.

¿Cuál fue la primera consecuencia de este conocimiento? Descubrieron que estaban desnudos. Es decir: descubrieron que ya no eran uno, sino distintos, hombre o mujer. Desde entonces tenían que ver las diferencias y comportarse de acuerdo con ellas.

Lo que eso significa se mostró pronto con sus hijos Caín y Abel. Caín montó en cólera cuando vio que Dios aceptaba el sacrificio de su hermano Abel, pero no el suyo. Se comportó de acuerdo con el conocimiento del bien y del mal, que su hermano era preferido. Como consecuencia de ese conocimiento mató a su hermano.

¿Qué significa en último término el conocimiento del bien y del mal? ¿Es un conocimiento? ¿O es un motín contra el saber que ante Dios todos son iguales? Igualmente amados por él, porque ante él no hay, no puede haber esas diferenciaciones.

Por eso el conocimiento de Caín de que Dios aceptaba el sacrificio de Abel, pero no el suyo, no era un conocimiento de Dios. Con ese conocimiento se enfrentaba a Dios y quería destruir lo que Dios parecía amar con preferencia. Porque distinguía entre bien y mal levantó la unidad entre él y su hermano, y la unidad de él y su hermano con Dios.

¿Qué significa eso para nosotros? Siempre que comemos del mismo modo del árbol del conocimiento del bien y del mal, es decir cuando también nosotros juzgamos a otros y los colocamos a un lado u otro y negamos su igualdad esencial con nosotros ante Dios, perdemos tanto la conexión con ellos como con Dios.

Pero si hemos comido de ese fruto podemos volver a escupirlo enteramente y volver al conocimiento paradisíaco de que Dios está entre los hombres, de que está con ellos y ellos con él, todos iguales ante él, aceptados con el mismo amor y todos uno con él.

Los ángeles con las espadas llameantes ante el paraíso vuelven a dejar franca la puerta. Esta se abre y nosotros volvemos.

¿Qué encontramos en el paraíso? El árbol de la vida. Probamos su fruto: vida y amor para todos, todos mutuamente iguales ante Dios, más allá del bien y del mal y en consonancia con todo lo que es regalado a todos.

LA CREACIÓN

Cuando hablamos de la creación nos referimos al mundo en su plenitud, con todo lo que hay y se mueve en él. Al mismo tiempo decimos con eso que la creación procede de algo que le está preordenado como su origen. Es como si en la creación se expandiera para nosotros su origen.

Eso significaría que la creación está unida a su origen y permanece en consonancia con él. Mas cuando la creación continúa y ha de ser creada de nuevo en cada instante para que continúe. No se puede imaginar más íntima la unidad duradera de la creación con su origen.

El origen no es por eso, para nosotros, un principio primigenio en el que comenzó todo. Es la actualidad permanente, que sigue actuando cada vez de nuevo.

¿Qué significa eso para nosotros? Hagamos lo que hagamos sólo puede hacerse en consonancia con y en dependencia de nuestro origen y en ese sentido nunca contra él ni por sus propias fuerzas. Permanece embutido en un movimiento creador permanente. La idea de nuestra libertad se encuentra aquí con sus límites.

¿También nos movemos creativamente cuando estamos involucrados de este modo en esa expansión permanentemente creativa? ¿Es decir más que movidos desde fuera, sino participando y con eso, en cierto modo, creativamente libres? Nuestras experiencias lo hacen pensar así.

En este sentido habría un juego libre de fuerzas del que se desarrolla creativamente algo nuevo. Por lo tanto, también en el curso de prueba y error y de vías muertas y de toma de conciencia.

Por eso, creativamente también significa que corregimos algo, que comprendemos más plenamente lo planteado y que podemos aplicarlo y desarrollarlo. Creativamente también significa por eso avance y progreso. Aunque, por cierto, sólo dentro de unos límites que nos están impuestos, personalmente y como especie. Mediante, por ejemplo, el tiempo.

También nos vivimos creativamente en nuestra conexión con nuestro

origen. También en este caso a través de rodeos y más estrechamente o no, en consonancia con él. A veces también en contradicción con él o en rechazo oculto, pero a menudo también obstinados y ciegos.

¿Nos separa eso de nuestro origen? ¿Puede separarnos, separarnos como si también ese origen se apartara y se separara de nosotros? ¿Es eso imaginable?

También el alejamiento y el olvido con sus consecuencias son movimientos creativos. Están embutidos en un movimiento abarcador que finalmente provoca creativamente algo que lleva adelante.

Pero también podemos entregarnos amorosamente a este movimiento creador y vivirnos creativamente de otro modo en consonancia con él. Podemos conscientemente vivirnos de forma creativa en consonancia con él. ¿Cómo? Agradecidos, con respeto por toda la creación tal como la encontramos.

De pronto nos vivimos unidos de otro modo a los movimientos creativos de nuestro origen. Inmediatamente, como si en consonancia con él desapareciera con creces la separación entre él y nuestra libertad. Como si volviéramos a él y nos supiéramos creadores de un modo muy amplio sin apenas movernos nosotros mismos. Nos vivimos movidos por él y con él.

La expansión

La expansión nos permite ocupar más sitio. Así se extiende, por ejemplo, una influencia. También una idea se extiende ganando más adeptos, y se extiende una creencia. Sabemos que también el universo se expande, y lo hace a la velocidad de la luz.

La expansión es un movimiento creativo. Aporta algo. Pero a menudo sólo para un lado, porque el otro lado se ve repelido y reducido por ella.

Una forma de expansión que aporta algo a todos es la expansión con amor. Más precisamente es la expansión del amor.

¿Qué significa eso exactamente? Cada vez incluimos más en nuestro amor. Es pues, sobre todo, el ámbito del amor el que se expande; su alcance se expande.

Mientas se expande, el amor se profundiza. También esto es una expansión, aunque en otra dirección. A través de esa expansión gana fuerza. Mientras se expande de este modo y cada vez abarca más, desde dentro reúne cada vez más fuerza para todo. No se agota por su expansión. Al contrario. La expansión le da en igual medida la fuerza de estar reunido en la expansión y, reunido, expandirse creativamente todavía más, hasta que finalmente lo alcanza todo con su amor y lo reconoce en todo tal como es.

Este amor se expande con la creación. Se expande creativamente. Se expande más allá de sus límites humanos y de allí recibe también su fulgor especial.

El uno

El yo siempre es un dos. Se enfrenta a otro y en contradicción con él. Por eso, para nosotros, el uno empieza donde termina el yo. Dicho más exactamente, empieza donde retornamos al uno del que, como yo, nos vivimos separados.

El uno es para nosotros el fondo primigenio en el que tiene su existencia todo lo que es. En este sentido parece distinto de él, y en relación con él, parece un dos.

Pero, puesto que todo lo que es sólo puede tener su existencia en la conexión continua con su fondo primigenio y que éste lo mantiene ininterrumpidamente en su existencia, permanece unido en su existencia con la base primigenia.

La idea de que todo lo que es —por diverso que se nos muestre— sea un dos es, por lo tanto, aparente y desacertada. También es aparente y desacertada en el sentido de que pudiéramos considerar a quien fuera o lo que fuera o cualquier acontecimiento en contradicción con este uno. Porque en este momento nos ponemos con ellos en la misma contradicción con ese uno.

¿Cómo logramos el retorno a este uno? Esta idea y todo intento en este sentido parecen desacertados en vista de lo dicho hasta ahora. Pues ¿cómo podemos retornar a algo de lo que nunca hemos estado separados?

En realidad, para nosotros se trata de reconocer que el dos sólo existió en nuestra imaginación. Se trata de olvidar el yo y el dos en nuestra imaginación... y ya nos sentimos uno con el fondo primigenio. Nos vivimos con él, quien quiera que seamos, hagamos lo que hagamos, sea lo que fuere lo que aparentemente sufrimos.

¿Qué significaba el uno? El uno significa y es... todo.

Sólo

«Sólo» significa, por regla general: nada más. «Sólo tú, sólo yo, sólo un poquito». Este «sólo» limita y excluye. Se opone a una relación y a menudo la anula.

Lo contrario de este «sólo» es: «también». «Tú también, yo también, esto también». Este «también» añade algo e incluye. Favorece las relaciones.

¿Qué nos ocurre cuando nos quedamos con el «sólo» antes citado: sólo yo, sólo tú, sólo eso? Nos volvemos solitarios y se nos evita.

¿Qué le ocurre a alguien cuando le decimos: «sólo tú»? También se vuelve solitario. Un «sólo» así sólo puede venir del yo, sólo el yo limita.

¿Qué se opone sobre todo a ese «sólo» limitador? ¿Qué incluye y excluye a la vez a este «sólo» y, con ello, lo anula? Este sólo es: todo, sólo todo y nada más. Incluso significa más. Más allá del todo significa: la totalidad, la totalidad que lo abarca todo por igual.

¿Dónde está ese todo? ¿Dónde está esa totalidad? Está en el espíritu, el espíritu que todo lo abarca, del que procede tal como es porque lo piensa tal como es. Sólo nos podemos imaginar este espíritu infinito. Eso significa: fuera de él no hay nada, sólo existe él, nada más. Este «sólo» lo incluye todo, también a lo que queríamos excluir con nuestro «sólo».

¿Qué significa esto para nuestro pensamiento? ¿Qué significa para nuestra vida, para nuestro amor, para nuestro hacer?

En este espíritu infinito que lo abarca todo no puede haber condiciones, limitaciones, restricciones. En este espíritu que lo abarca todo no puede haber culpa ni inocencia ni, por lo tanto, mérito ni fracaso. No pueden ser condiciones para que este espíritu prefiera o prohíba algo. Si no lo pensaríamos como somos cuando le decimos a alguien: «Sólo si...».

Lo infinito es plenitud, plenitud del amor sin condiciones, sin limitaciones. Como el todo es infinito.

¿Cómo vivimos este todo infinito en esta vida? ¿Cómo nos disolvemos en este infinito, ahora ya?

Cuando ese infinito se convierte para nosotros en la única realidad. En él nos movemos, en él nos vivimos regalados infinitamente, sin condiciones, amados infinitamente en todo.

Lo infinito es el «sólo» real, el gran «sólo», el «sólo» pleno, el único «sólo» permanente.

¿Cómo nos acercamos a ese «sólo»? ¿Cómo nos disolvemos en él hasta vivirlo tanto en nuestro cuerpo como en nuestro espíritu como el amor infinito?

Si conscientemente entregamos paso a paso cada «sólo» que todavía se opone aquí a nuestro amor a ese «sólo» infinito hasta que desaparezca en él, desaparece para siempre.

¿Existiremos entonces todavía? Sólo sin nuestro «sólo si...» existiremos realmente, infinitamente, infinitamente amados.

El futuro

El futuro se anuncia porque atrae hacia sí algo del presente. Mediante su fuerza de atracción pone algo en movimiento antes de mostrarse. Es decir que ya actúa ahora.

El futuro sólo está en la lejanía para nosotros. En realidad ya está aquí. Si no, no podría anunciarse.

Para nosotros, que pensamos en el tiempo, el futuro está por venir. Pero ¿cómo puede haber un futuro que no esté pensado previamente? ¿Cómo puede venir algo, algo razonable con muchas relaciones hacia todos lados, sin que ya esté pensado tal como viene, pensado de tal manera que pueda venir y ponga en movimiento muchas cosas a la vez?

Ese futuro está más allá de nuestro tiempo. Se hace realidad en el tiempo porque ya existe antes de nuestro tiempo, existe plenamente.

¿Quién ha pensado el futuro de tal manera que pueda, a la vez, venir y existir ya? Un poder creador que, desde nuestro punto de vista, se hace realidad consecutivamente, aunque para él, puesto que lo piensa todo a la vez, ni se añade ni se pierde nada.

¿Cómo tratamos ese futuro? Lo afrontamos como si ya existiera. Así que en nuestra imaginación anulamos el tiempo de modo parecido a como lo anula ese poder creador. Es decir: permitimos que ese futuro desarrolle ya su fuerza y él nos conduce ya ahora más allá de los límites de nuestro tiempo. El futuro ya está presente como imagen y como fuerza, sólo le queda mostrarse. Por ejemplo, la curación esperada de una enfermedad.

Podemos comprobar en nosotros qué efecto tiene si, en lugar de esperar la curación en el futuro, le damos ya espacio en nosotros como si ya fuera presente.

Viene aquel futuro que está pensado, que está pensado ahora. ¿Pensado por quién? Por el poder que ya lo ha pensado siempre y por nosotros, que ahora lo pensamos con él. ¿Cómo? Con confianza.

VEN Y PERMANECE

¿Qué esperamos sobre todo que venga y permanezca? También podemos preguntar: ¿qué es lo permanente cuya venida esperamos? Pues todo lo que percibimos, interna y externamente, cesa. Todo lo que hemos ansiado hasta ahora y que también hemos recibido, a veces con profunda felicidad: también eso se desvanece. Mucho ya se ha desvanecido así para nosotros. Lo que en el momento todavía existe para nosotros también se desvanecerá, como nosotros mismos, según parece, en la muerte.

Pero todo eso sólo puede desvanecerse porque algo de ello permanece. Permanece algo que actúa detrás, oculto para nosotros, algo que se renueva constantemente en él. Permanece evidentemente igual a sí mismo, aunque en una forma que se nos aparece mutada.

Sólo podemos atrapar eso permanente de manera imperfecta y sólo en nuestro espíritu. Nos es vedado apropiarnos de ello o incluso hacérnoslo útil.

Pero es eso oculto lo que nos atrae profundamente. Sobre todo porque lo vivimos al mismo tiempo activo en nosotros y en movimiento, porque lo intuimos en nosotros como nuestro fondo primigenio tanto más allá de nosotros y al mismo tiempo en nosotros y encarado a nosotros.

Si nos vivimos unidos a este fondo primigenio espiritual, nos sentimos uno con algo espiritual que permanece igual en todo lo que viene y se desvanece. ¿Cuán igual? Encarado al mismo tiempo a todo, encarado en permanencia de tal manera que, ocurra lo que ocurra con lo perecedero, sólo perezca algo transitorio. Pero lo esencial, lo espiritual permanente, sigue existiendo igualmente en cualquier cambio, pues ¿cómo podría perecer también como algo permanente?

A la inversa, si afrontamos espiritualmente eso permanente incluso donde nos sabemos perecederos, donde tememos perecer, si lo ansiamos y lo vivimos presentes en el recogimiento, si lo vivimos a la vez como por venir y permanente, nos sabemos permanentes en lo perecedero, esencialmente permanentes, ocurra lo que nos ocurra.

¿Adónde va, pues, nuestro ruego cuando decimos: «Ven y permanece»? A eso espiritual infinito, en donde también nosotros nos vivimos ya espiritualmente, nos vivimos espiritualmente permanentes. En donde nos vivimos infinitamente permanentes, también en lo aparentemente transitorio e infinitamente somos uno con ello, porque nos lo llevamos a ese movimiento espiritual.

AHORA ES LA HORA

¿Es hora de qué? De algo que se ha anunciado y ahora existe.

¿De dónde viene y adónde va? ¿De qué es hora ahora para nosotros? Por regla general es hora de una despedida. Algo ha cumplido su misión y deja sitio para un paso decisivo siguiente.

¿Adónde nos conduce ese paso? Aunque sea hora de darlo, no lo sabemos. Sólo vemos el paso que tenemos inmediatamente por delante. El siguiente que hay detrás no lo vemos, aunque también sea hora de darlo. Por ejemplo, cuando morimos. La muerte es propiamente la hora de la que es hora cuando llega.

También en la vida la hora a menudo es ahora. Por ejemplo para el amor y para un hijo que viene. Toda dilación evitaría la hora correcta.

¿Cuándo es, pues, hora para nosotros? Sobre todo es hora ahora, la hora de decidir algo y la hora de acompañar.

El tiempo también se termina. Por ejemplo el tiempo de vida y el tiempo de espera. Cuando se ha cumplido la hora, ese tiempo se termina.

Por regla general ese tiempo hace sitio a otro tiempo. Pero a menudo no. Entonces se termina realmente. Por ejemplo con una esperanza que no se cumplió, pues también ella estaba en el tiempo. Con esa esperanza se acaba también su tiempo.

Este tiempo está encarado atrás y, ya por eso, pasado, mientras que el tiempo correcto mira adelante y va adelante. Sobre todo para él es hora ahora.

¿Permanecemos en el tiempo? ¿También podemos dejar el tiempo atrás? ¿Llega a un límite y se detiene ante ese límite? ¿Es también transitorio en ese sentido? ¿Es transitorio porque algo permanece después de él? ¿Acaso algo igual en lo que terminan las diferencias y, con ello, su tiempo?

Y ASI, PUES, ME COMPORTO
Y ME TRAGO EL RECLAMO
DE OSCURO LLANTO

de *la primera Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

¿QUIÉN PIENSA, QUIÉN SUFRE, QUIÉN AMA?

Mi pensamiento, mi sufrimiento, mi amor causan algo. Son parte de un movimiento que pone algo en marcha, que cambia algo, que lleva algo adelante o también lo detiene. Es decir que mi pensamiento, mi sufrimiento y mi amor están incluidos en un movimiento significativo para mí y para otros. De ahí que nunca sean sólo personales. Dependen de algo Más Grande. Causan algo que va más allá de nuestros deseos y nuestra voluntad y nuestros temores y nuestra capacidad. No podemos ver ni fijar ni refrenar ni detener totalmente su dimensión, ni para nosotros ni para otros.

¿Quién piensa, pues, cuando pensamos? ¿Quién o qué sufre cuando sufrimos? ¿Quién o qué ama cuando amamos? ¿Cómo nos va cuando reconocemos que, cuando pensamos, piensa otra cosa que nos supera en mucho? ¿Si, por ejemplo, lo dejamos pensar como piensa a través de nosotros? ¿Si nos dejamos abarcar por su pensamiento, nos entregamos a él, sea lo que sea lo que piense en nosotros y con nosotros y nosotros sólo participamos en causar lo que piensa en nosotros y con nosotros? ¿Nos ha de preocupar adónde conduce ese pensamiento? ¿Cómo nos toma a su servicio de otro modo que como lo habríamos osado y podido hacer si ese pensamiento sólo surgiera de nosotros?

¿Qué pasa con nuestro sufrimiento? ¿Está en nuestra mano lo que provoca cuando con nosotros también alcanza a otros y, por ejemplo, los lleva con nosotros a la toma de conciencia? ¿Si nos hace pensar, a ellos y a nosotros, en el remedio y nos obliga a otro pensamiento, a un pensamiento creativo nuevo? ¿Está en nuestra mano adónde nos lleva a nosotros y a otros nuestro sufrimiento? ¿Es por eso sólo nuestro sufrimiento personal? ¿O está, como nuestro pensamiento, al servicio de un poder que nos supera en mucho? ¿De un poder espiritual para el que nuestro sufrimiento sólo es una transición a objetivos más altos y amplios?

¿Cómo manejamos, pues, nuestro sufrimiento en consonancia con estas fuerzas portadoras? Dejamos que nuestro sufrimiento nos conduzca a una

visión. Nos dejamos arrastrar por nuestro sufrimiento en un movimiento que ordena algo para nosotros y para otros. ¿Sigue siendo aún nuestro sufrimiento? ¿O está al servicio de un movimiento que con nuestro sufrimiento provoca a la vez algo para muchos?

Por lo tanto, miramos más allá de nuestro sufrimiento hacia ese movimiento poderoso, nos dejamos conducir con nuestro sufrimiento adonde nos lleve. Ese movimiento piensa a través de nuestro sufrimiento. Nuestro sufrimiento es una manera en que nos lleva a la toma de conciencia.

¿De qué toma de conciencia se trata ante todo? Nuestro sufrimiento nos obliga a pensar de otro modo. Nos obliga a pensar de otro modo de otras personas. De otro modo de su pensamiento, por ejemplo, pero también de otra manera sobre su y nuestra culpa. Pero ante todo nos obliga a pensar de otro modo de aquel poder espiritual cuyo pensamiento lo lleva todo a la existencia tal como es, que lo lleva a un movimiento hacia objetivos que nos permanecen ocultos.

Pero ese movimiento nos muestra ante todo una cosa. Está encarado a todo de igual manera, sin preferir una cosa a otra. Pues ¿según qué criterios podría preferir una cosa a otra cuando todo sólo puede ser como él lo piensa y quiere?

Pero nosotros, así parece, creemos que preferimos una cosa a otra y podemos considerarlo como mejor o peor. Que hemos recibido algo que otro no tiene y podemos excluirlo, como si pudiéramos y estuviéramos autorizados a hacerlo.

¿Cuál es entonces el resultado? ¿Y cuáles las consecuencias? Es el sufrimiento. A través del sufrimiento volvemos a ser conducidos a aquello que, desde el punto de vista nuestro o el de nuestro grupo, no debería existir, no habría de existir de la misma manera que nosotros u otros de los que dependíamos y a los que estábamos encarados.

¿Quién sufre entonces? Nosotros sufrimos. Pero sufrimos para que algo vuelva, para que nosotros mismos volvamos a estar completos con ello y, de ese modo, salvos de nuevo. Sufrimos porque otra fuerza nos conduce a ese sufrimiento, pero por un camino que lo supera para nosotros y otros.

¿Al servicio de quién está entonces el sufrimiento? Está al servicio del amor.

Hay otra cosa que se nos pone a la vista. El amor de ese poder creador ama de otro modo del que podemos amar nosotros. Por lo menos de otro modo a como podemos amar al principio de nuestro amor, hasta que ese otro amor nos lleva a su amor. ¿Qué clase de amor es? Es el mismo amor a todo tal como

es.

Cuando amamos así, ¿quién ama en ese amor? En ese amor ama aquel poder que actúa al fondo de todo, que acoge en su movimiento todo a la vez, en un movimiento de amor por todos. ¿Amamos entonces todavía? ¿O nos disolvemos nosotros en ese amor... con amor?

DESAPARECER

¿Puede desaparecer algo? ¿O sólo se transforma? ¿Se reduce al transformarse? ¿O se convierte en más porque se disuelve en algo Más Grande, donde permanece? Rilke dice de Orfeo:

¡Oh cómo tuvo que desaparecer, que lo entendierais!
Y aunque él también tuviera miedo de desaparecer
en cuanto su palabra superara el ser aquí,

ya está allí donde no lo acompañáis.
La reja de la lira no le oprime las manos.
Y él obedece en cuanto traspasa.

¿Qué, sobre todo, se disuelve cuanto más desaparece? Se disuelve algo perecedero. Por ejemplo, una cuita o un reproche o una queja. También se disuelve una esperanza y una expectativa.

Puede desaparecer lo que ha cumplido su misión. Así, por ejemplo, desaparece un camino en su destino. En el destino se queda atrás. Aunque, por cierto, también desaparece un destino en la mirada atrás.

Sólo porque algo puede desaparecer hace sitio para lo siguiente. De ese modo desaparece lo anterior ante lo nuevo y el principio antes de su final.

¿Ha desaparecido entonces realmente lo anterior? ¿Ha desaparecido realmente en nosotros? Desde el punto de vista del resultado todavía está presente. Al mismo tiempo ha sido dejado atrás, para siempre.

Por eso perdemos de vista lo desaparecido. Pero sólo si dejamos que sea desaparecido. La nostalgia nos aparta de lo actual. Reemplaza lo actual por algo desaparecido, lo hace desaparecer por algo desaparecido.

Pero si dejamos que lo desaparecido permanezca desaparecido, dejamos que se disuelva en lo actual, lo llevamos a su plenitud en lo actual. Sin mirada atrás, sin lamento, sin contrición, sólo presente como resultado.

LA POMPA

«No hagas tanta pompa», decimos a veces. Nos bastaría con menos. Porque la pompa a menudo encubre de qué se trata en realidad. A menudo distrae de lo esencial. Porque la pompa es exterior, aunque a menudo también eleve. Gracias a la pompa se reúnen muchos. De ahí que también junte, por ejemplo en una fiesta. En este sentido crea comunidad.

Cuando se trata de lo personal, del amor, por ejemplo, del diálogo íntimo, la pompa a menudo obstaculiza lo último que nos une. A menudo queremos llegar sin pompa al grano que en último término nos importa.

Nuestro interior necesita poca pompa. Nuestras comprensiones, por ejemplo, nuestras experiencias de la unidad con algo Más Grande, nuestra veneración por ello, nuestra entrega durante la transición de la vida a la muerte. En este caso todo es sencillo, infinitamente sencillo, dejándolo todo, perfecto al dejarlo.

Lo interior y último rehúye la pompa, pues es puro. Ya sólo es relación, pura relación. Está en el espíritu.

Así también la relación religiosa está sólo en el espíritu. Sólo permanece allí sin movimiento. ¿Cómo allí? ¿Existe antes que otra cosa? ¿O existe en algo? ¿Cómo? Uno con él. ¿Cómo uno? Uno espiritualmente, infinitamente uno, uno disuelto, uno sin propósito, perfectamente uno: uno sin pompa.

LA GRANDEZA

Es grande todo lo que está en consonancia con un movimiento de la vida. Por eso es grande sobre todo la transmisión de la vida: todo lo que le es útil y la hace posible. Por eso es grande el amor entre hombre y mujer, y su cumplimiento en la pasión los hace ser totalmente hombre y mujer, y a través de la pasión engendran una nueva vida. Ese amor es el verdadero placer de vivir junto con todo lo que conduce a él y le sigue.

Grande es también todo lo que ese amor nos exige cuando engendra nueva vida e impone su responsabilidad al hombre y a la mujer por los hijos.

Cuando miramos esta grandeza miramos sobre todo a nuestros padres. Son grandes porque son nuestros padres, porque a través de ellos hemos experimentado lo propiamente grande y hemos recibido lo que nos hace humanos, lo que nos hace ser hombre y mujer, y capaces de y dispuestos a, la transmisión de la vida.

Grande es también todo lo que sirve de otro modo a la vida. Todo trabajo que sirve a la manutención y el desarrollo de las posibilidades vitales, nuestras y de muchos, todo lo que permite a la nueva generación la preparación y las experiencias de aprendizaje que les permiten llevar, mantener, renovar y reproducir su vida.

¿Existe también una grandeza espiritual? En la medida en que sirve a la vida, sí. Es grande porque abre puertas nuevas y ayuda a superar muchas cosas que obstaculizan la vida plena y feliz. De eso forman parte, por ejemplo, la filosofía, en su séquito, las ciencias. Entre ellas aquella ciencia que sirve más inmediatamente al salvamento de vidas y de la salud: la medicina en todas sus formas.

De la grandeza también forma parte la alegría. Todo lo que nos alegra sirve a la vida, pues la verdadera alegría es alegría de vivir. Si les causamos un placer a otros servimos a su vida. Les hacemos la vida más hermosa y rica y también más soportable.

Así también nos ocurre a nosotros cuando otros nos causan un placer,

pues nos alegra lo que nos hace más vivos.

Lo grande engrandece. Está dirigido hacia adelante. Lo grande está en movimiento, en el movimiento vital propiamente, en un movimiento de amor.

La luz

La luz brilla sin moverse. Ilumina porque existe.

Eso vale sobre todo para la luz interior, la luz de la comprensión, la luz de la sabiduría e, íntimamente relacionada con ella, la luz del amor.

El amor brilla desde dentro. Brilla a través de nosotros, por ejemplo en nuestros ojos y nuestra cara.

Lo mismo vale para la alegría. También ésta brilla desde dentro. Entonces, a causa de ella, se ilumina nuestra cara.

La luz se expande como también se expande el amor, y con él la alegría. Se expanden porque existen.

¿Qué pasa entonces con la oscuridad y la noche? La noche empieza donde termina la luz. La noche es la no luz. Por eso no podemos ver la noche. Rodea la luz y pone límites a la luz.

A la inversa, la luz pone un límite a la noche, pero sólo mientras brilla. Cuando se apaga la luz se hace de noche. Por eso la noche, comparada con la luz, es lo último, el infinito donde perece la luz.

Al principio de la creación, Dios, que evidentemente es oscuro, dijo: «Hágase la luz». Es decir que la luz es lo creado. En este sentido es también lo temporal y finito. Así nos ocurrió también en nuestro nacimiento, cuando vimos la luz del mundo. Tiene un inicio. Nos da luz hasta que morimos y cae sobre nosotros la noche de la muerte.

En la muerte recaemos en la noche que hubo antes de nosotros y que será después de nosotros. Por eso la luz eterna, de la que deseamos que brille para los muertos, es oscura, infinitamente oscura.

Puesto que a nosotros se nos aparecen misteriosas y a menudo también amenazadoras, la oscuridad y la noche nos resultan soportables gracias a la luz. La luz nos protege de la noche y nos hace olvidarla por un rato. La luz nos une también con ella. En la luz se revelan la oscuridad y la luz de una manera que nos resultan familiares y un poco menos lúgubres. Se nos hacen luz de una manera que, al mismo tiempo, también nos atraen. A través de la luz se nos

aclaran en tal medida que nos sentimos atraídos más profundamente hacia ellas, como si nos esperara en ellas aquello que nos perfecciona.

Sin la luz algunos permanecen en la oscuridad. Sin una luz son atraídos hacia algo, oscuro. Esa oscuridad es sin secreto, sin el luminoso amor, sin la luminosa alegría. Esa oscuridad sólo es la sombra de la luz. Tira de nosotros hacia abajo, pero no a la noche, a la noche verdadera, a la noche luminosa.

¿Cómo escapamos de esa oscuridad? Salimos de su sombra para volver a la luz.

ERGUIDO

Erguido estoy derecho. Erguido reposo en mí y estoy en mi lugar. Erguido también soy un otro, a la altura del ojo de igual a igual. Erguido percibo y soy percibido.

Erguido guardo mi límite y mantengo a otros a la distancia que me corresponde a mí y a ellos. Erguido, otros permanecen ante mí dentro de sus límites, ya por el hecho de que para mí siguen siendo otros y con esto otros en sí ante mí.

Erguido estoy también extendido, extendido hasta mi altura posible, pero también por los lados hasta mi anchura posible. Extendido así estoy unido firmemente a la tierra, pues sólo extendido me sé llevado por ella de tal manera que puedo estar erguido de pie y permanecer erguido.

Erguido mantengo la visión panorámica, aún cuando me mueva poco.

YO Y NOSOTROS

Si quiero algo para mí, ¿con quién o qué estoy relacionado? ¿Estoy relacionado con aquel de quien quiero algo? ¿Está relacionado él conmigo? ¿Puede estar relacionado conmigo? Si, no obstante, intenta dármelo tal como quiero, ¿qué habré recibido? ¿He recibido algo que me ponga en consonancia con otra gente? ¿He conseguido algo que nos reúna? ¿He recibido algo que nos haga felices? ¿He recibido algo que sirva a nuestro amor y lo haga más íntimo y profundo y rico? ¿O me quedo finalmente con menos? ¿Con menos amor, más pobre y solo?

Pero si me sé como uno de muchos, vivo juntamente con ellos, hombre junto con ellos; así que quiero experimentar junto con ellos algo con lo que podamos crecer juntos, dejo ir mi yo. Espero algo que, también en casa, me relacione con muchos. Porque se anulan las separaciones, de pronto estoy abierto a experiencias que van mucho más allá de lo que antes quería tener para mí personalmente, acaso incluso en competencia con otros. De pronto estoy en el amor y crezco en el amor.

En este momento también aquel que me puede dar algo y está dispuesto a darlo, puede dar algo al mismo tiempo a muchos. También él está relacionado con muchos al mismo tiempo. También él está en otro amor, en el amor a muchos a la vez.

ESTAR JUNTOS

Cuando estamos juntos cada uno permanece al mismo tiempo en sí mismo tal como es. Estar juntos también significa depender uno del otro. Al estar y permanecer juntos somos como individuos más, nos hacemos más redondos y ricos de lo que éramos solos.

Curiosamente sólo estando juntos somos también nosotros mismos. Sólo somos realmente nosotros mismos, totalmente en nosotros y plenamente cumplidos cuando estamos juntos.

Juntos están en primer lugar hombre y mujer. Sólo cuando el hombre está junto con la mujer, y la mujer con él, ambos están juntos de una manera que viven juntos, están juntos plenamente en la vida y se experimentan totalmente en la vida.

Estar juntos también significa crecer juntos, convertirse juntos en más, con lo que cada uno llega a su propia plenitud, pero al mismo tiempo con el otro, junto al que permanece.

Sólo podemos estar juntos y crecer juntos de este modo y permanecer sin embargo en nosotros, cuando cada uno puede crecer a su propio modo, a su manera pero también incluyendo al otro, sin que el otro le señale la dirección o lo empuje en una dirección.

Poder crecer juntos de ese modo es amor. Ambos permanecen en su camino, como les corresponde. Se sostienen y, sin embargo, sueltan.

¿Hacia dónde están entonces en camino? Hacia donde se viven juntos infinitamente, como más allá de sí y del otro. Donde se viven juntos con todo lo que fue y será, ilimitadamente con algo infinito.

INFINITAMENTE AQUÍ

Nos imaginamos lo infinito como sin límites. En ello se disuelve todo lo limitado. En ello también nos disolvemos nosotros. Queremos disolvernos en ello para existir infinitamente. Existir disueltos, ¿no es una contradicción? ¿No es, para nosotros, limitado todo lo que existe?

No el amor. El amor se adhiere a algo que existe, pero no por eso se limita. ¿No es un movimiento que no puede llegar a ningún término?

Sólo un amor infinito no llega a término. ¿Es imaginable ese amor? Es imaginable como el movimiento del fondo primigenio de todo ser, que pone en movimiento todo lo que es, pero que él mismo, en lo último, permanece más allá de todo movimiento, también más allá del ser que despide de sí.

Este movimiento quiere que algo sea y que sea tal como es. ¿Por qué quiere que algo sea y que sea tal como es? ¿Podemos imaginarnos ese movimiento como otra cosa que un movimiento del amor, como el movimiento de un amor infinito, sin principio ni fin, ilimitado, infinito?

Cuando este movimiento nos abarca, cuando amamos cómo nos abarca, ¿podemos parar? ¿Puede acabarse nuestro amor? ¿No existimos infinitamente en ese amor? ¿No existimos disueltos en algo infinito? ¿Infinitamente en algo infinito?

¿Por qué digo eso? ¿No tiene todo amor humano que sea profundo y duradero, si permanece en el movimiento de ese amor infinito, algo infinito también? ¿No tiene algo infinito cuando en la proximidad de ese movimiento, permanece ilimitado e impensable? ¿No es como un cumpleaños eterno? ¿Nuevo cada día?

LA ILUMINACIÓN

La iluminación es personal. Por una parte se vive como procedente de fuera, externa y sensorial. Por ejemplo visible en una aparición o audible como sonido o voz, a veces como música. También se vive como contacto: a veces vehemente, otras suave, a veces estirado y conducido, otras como elevado a la altura o lanzado a la tierra.

A veces somos conscientes de ese movimiento, otras estamos como idos. Los sanadores, por ejemplo, a veces están poseídos por una fuerza y realizan cosas sorprendentes, como si estuvieran conscientes. Después despiertan sin saber al servicio de qué habían sido tomados. Ellos y otros que han participado de la experiencia miran el resultado y se admiran de lo que ha causado.

La cuestión es si podemos hablar en este caso de iluminación, puesto que con esta palabra relacionamos conciencia y saber. Pero el abarcado por ese movimiento sabe que fue acogido. A menudo también por quién, por ejemplo por un difunto que sigue actuando a través de él y a través suyo quiere servir a la vida.

En este contexto existe también la otra experiencia de que alguien es poseído por una idea que lo arrastra a él y a otros hacia actos heroicos, pero a cuyo final amenaza el hundimiento, tanto para él como para muchos junto a él.

También en este caso el movimiento procedía de fuera, irresistible, tan grande y poderoso que se vivió como un llamado divino y una iluminación divina que tomó posesión de él y con él de muchos otros.

¿Qué distingue un movimiento del otro? Los poseídos por él, ¿son capaces de distinguirlos? ¿Les está permitido, incluso, hacerlo?

La cuestión es: ¿cómo nos prende un movimiento así? ¿Nos prende en forma mediata o inmediata? Es decir: ¿somos libres o somos igualmente siervos como los prendidos inmediatamente?

Algunos seguramente lo son, sobre todo cuando los arrastra el primer movimiento, de modo que pierden personalmente sus sentidos. No obstante están prendidos mediatamente por ese movimiento. Siguen a alguien que

estaba prendido inmediatamente por él.

Así nacen los grandes movimientos de masas. Por ejemplo las religiones que se remontan a un fundador. Pero también movimientos sociales que siguen las ideas y consignas de un dirigente, quien les da dichas ideas, de modo parecido al que los fundadores religiosos las dan a sus discípulos, como una promesa, reuniéndolos a su alrededor para su difusión e imposición.

Naturalmente, ya he hablado aquí también de los movimientos interiores, que también se viven como una iluminación procedente desde fuera. La vivimos, por ejemplo, como una comprensión repentina, a menudo de efecto muy vasto. La vivimos sobre todo como el saber seguro sobre el paso siguiente, tanto para nosotros mismos como para los otros.

En este sentido la vivimos como una iluminación regalada para una acción concreta. A veces también la vivimos como si fuéramos retenidos repentinamente ante un peligro o, al revés, como acercamiento urgente hacia alguien que nos espera y necesita ayuda. En ambas ocasiones sólo descubrimos posteriormente que ha intervenido desde fuera una fuerza sapiente.

La iluminación se vive sobre todo como una experiencia de unidad con todo tal como es. En ella caen los límites que se han interpuesto entre nosotros y otros, y caen los límites entre nosotros y el mundo tal como es. Por eso la iluminación es, en el fondo, una experiencia de amor, de un amor abarcador.

Esta experiencia es sin encomienda, sin que algo del exterior tome posesión de nosotros. En ella no hay dirigente ni dirigido, nadie que vaya por delante o siga. En ella tampoco hay objetivos que haya que alcanzar. En ella nos vivimos perfectos con todos y con todo.

PUES PERMANECER
ES EN NINGUNA PARTE

de *la primera Elegía de Duino,* de Rainer Maria Rilke

LA DESPEDIDA

Despedida significa: se permite que se haya acabado. Eso vale sobre todo para nuestra despedida de los muertos. En el caso de personas amadas sólo logramos esa despedida al cabo de un tiempo. A esa despedida todavía precede el duelo por ellos. Nuestra despedida necesita ese duelo.

¿Qué significa aquí duelo? Duelo significa: recordamos lo que han significado para nuestra vida. Recordamos lo que les debemos. Sobre todo significa que con nuestro duelo reconocemos que honramos el bien que hemos recibido de ellos, de modo que puedan seguir actuando en nuestra vida y ellos siguen así presentes para nosotros. Entonces podemos despedirnos de ellos, y ellos de nosotros.

Al duelo a menudo se opone el que queramos de los muertos algo que ya no nos pueden dar. Si todavía les reclamamos algo, como una herencia. O si nos peleamos por una herencia, como si nos perteneciera y no todavía también a ellos. Si, por lo tanto, no estamos dispuestos a administrarla en su sentido, como si fuera con su bendición.

Al duelo también se opone el que todavía les guardemos rencor por algo de lo que los acusamos, como si hubieran podido ser diferentes a como eran y como si hubieran podido actuar de otro modo de como actuaron. Con ese rencor nos despedimos de alguna manera de nuestra vida aquí y permanecemos entre los muertos, a pesar de que, para nosotros, ellos y lo que fueron e hicieron aquí han terminado para siempre. O los volvemos a traer con ello del reino de los muertos, los ponemos ante nuestro tribunal, los mantenemos presos todavía aquí y les negamos poder ir hacia los muertos y a despedirlos libres de nosotros.

Pero sobre todo se opone al duelo si todavía nos sentimos culpables frente a los muertos. Por ejemplo, porque les hemos hecho daño, porque los hemos dejado solos, porque les hemos amargado la vida y los hemos dañado y acaso incluso fuimos con ellos responsables de su muerte. Sabemos que por nuestra parte no podemos indemnizarlos. Permanecemos impotentes.

Al duelo y a la despedida de los muertos se opone igualmente si culpamos a otros por su muerte. En lugar de mirar a los muertos miramos a los culpables y excluimos con ellos también a los muertos. Con eso les negamos a los muertos su propia muerte. También les negamos su muerte por lamentar su muerte y las circunstancias de su muerte. Eso vale del mismo modo si también nos sentimos culpables de la muerte de una persona.

Detrás de esto actúa la idea de que alguien pudiera morir contra su asentimiento interno, como si perdiera por las circunstancias de su muerte la consonancia con aquel poder creador que determina igualmente sobre su principio y su fin; que determina con amor.

Estas confusiones llegan tan lejos que algunos creen incluso que pueden y deben vengar a los muertos. Pero ¿en quién quieren vengar a esos muertos? ¿De qué les sirve a los muertos si esos vengan su muerte en personas? Esa venganza, ¿no se dirige al mismo tiempo contra Dios? ¿No pierden de vista entonces que la muerte les ha aportado algo a los muertos? Por su venganza, ¿no pierden justamente los vengadores su relación con esos muertos e impiden la despedida, el que para ellos todo haya terminado?

Sin esta despedida nos faltan los muertos. Sólo gracias a nuestra despedida queda de ellos algo que sigue sirviendo a nuestra vida, y a la paz. Sólo gracias a la despedida de ellos con amor alcanza nuestro amor su plenitud.

También nos faltan los muertos que condenamos. Por ejemplo los asesinos. Sólo cuando también nos despedimos de ellos puede acabar todo, acabar totalmente y para siempre, para ellos y para nosotros.

Al igual que los muertos, al morir, bendicen la temporalidad, nosotros la bendecimos con ellos cuando nos despedimos de ellos. Asentimos a que para ellos y para nosotros haya terminado. Al mismo tiempo asentimos a que permanezca algo de ellos, que permanezca para nosotros, sabiendo que también de nosotros, cuando muramos, permanecerá algo, cuando podamos terminarnos en nuestra hora, bendiciendo y bendecidos a la vez.

SOLO

¿Cómo me siento solo? En mí, sólo en mí.

Pero ¿estoy solo? Si en mi vida he experimentado tanto amor de tanta gente. ¿Cuántos han acudido cuando los necesitaba? ¿Con cuántos me he encontrado que se alegraban por mí? ¿Cuántos estaban allí en el momento adecuado cuando estaba en peligro?

¿Dónde están cuando me siento solo? En mis imágenes internas, en mi alegre espera, en mi felicidad de antaño todavía existen como entonces. Sólo he de imaginármelos internamente como entonces para estar de nuevo en amorosa compañía.

Pero también conviene prestar atención a la otra parte. ¿A quién he dejado solo? ¿A quién he rechazado? ¿Quién ha tenido que esperarme mucho hasta que yo volviera?

También en este caso puedo modificar y aclarar algo mediante mis imágenes internas. Sólo necesito imaginarme que siento alegría por ellos. Que recupero internamente aquello a lo que entonces no presté atención. Me hago una imagen interna del esfuerzo necesario para ir lo antes posible hacia ellos. Por ejemplo hacia mi madre, cuando me esperaba. Hacia mi pareja, cuando me echaba de menos. Hacia mi hijo, que ya desesperaba porque nadie podía ir a él. Puede que también hacia un enfermo que estaba solo.

Me imagino estas situaciones y modifico mis imágenes internas anteriores. Me vivo también a mí mismo en esa espera. Me imagino qué daría una alegría a esos otros, lo que podría llevarles, cómo les regalo mi tiempo, mi amor y mi alegría, y ellos me regalan su tiempo y su amor y su alegría. Y ya no estoy solo.

Así mi tiempo se llena de mucha gente, de muchos recuerdos valiosos, de muchas horas felices junto con otros.

Acaso podría imaginarme, desde el principio, quiénes se alegrarían conmigo y yo con ellos. Entonces, a diferencia de lo acostumbrado hasta ahora, a ese sentimiento sigue inmediatamente la acción, y pronto ya estoy ancho y abierto y en buena compañía.

Algunos desean estar solos con Dios. ¿Están entonces solos con él? ¿Cómo se consigue mejor cuando deseamos estar solos con Dios? Nos dirigimos a otras personas, llenos de expectativas, nos perdemos en su compañía, alegres y felices, olvidándonos a nosotros mismos y nos sentimos en casa. ¿Con quién?

Transitorio

Cuando nos vivimos unidos con nuestro fondo primigenio, con aquel movimiento espiritual indecible del que procedemos y hacia el que estamos en movimiento, sabemos que nada puede caer fuera de tal movimiento.

¿Adónde habría de caer? ¿Puede permanecer algo fuera de ese movimiento? ¿Puede llegar a un movimiento en el que deje de ser?

Es decir que todo lo que nos parece transitorio permanece en relación con eso último que lo soporta, que va dirigido a ello comoquiera que se mueva, haga lo que haga.

Sólo ante nuestros ojos, con su ángulo de visión limitado y su visión limitada, parece, al pasar ante nosotros, haber terminado.

Lo mismo vale para todo lo que preferiríamos terminado. También allí donde termina permanece, pues el fondo primigenio de donde surgió sigue siendo su fondo primigenio.

Es decir que lo transitorio vuelve a nosotros. Pero no tal como era. Puesto que su movimiento sigue, vuelve a nosotros diferente. Ya por el hecho de que terminó con otras cosas junto con las cuales se puso en movimiento se vio movido de una manera que se convirtió en algo conjunto, algo más amplio. Puede que vuelva a nosotros de una manera que se nos lleve en ese movimiento, que acaso se nos lleve permanentemente.

¿Cómo procedemos, pues, con lo transitorio? Dejamos que sea transitorio durante un tiempo, hasta que vuelve, vuelve nuevo, más rico, más espiritual, vuelve para nosotros.

Del mismo modo, también nosotros somos transitorios para otros, también por un tiempo. También nosotros volvemos, diferentes, más ricos, nos los llevamos en nuestro movimiento y ellos a nosotros en el suyo.

ANÓNIMO

Lo espiritual no tiene nombre. En cuanto le doy un nombre rehúyo su esencia. Con ello pongo la mano sobre lo que causa en mí, lo que causa hasta lo más interno y último de mí.

Lo mismo ocurre si nombro un movimiento en mí. Por ejemplo un dolor, una preocupación, un deseo. ¿Siguen siendo entonces movimientos del espíritu? ¿O me opongo, con el nombre, a un movimiento del espíritu en ellos? ¿Obstaculizo con el nombre un movimiento del amor del espíritu en mí? ¿Me opongo, a causa del nombre, incluso en el lugar de ese amor en mí y de eso que está dispuesto a darme a través de ese amor?

¿Qué nombres se oponen sobre todo al amor del espíritu? ¿Qué nombres lo detienen y lo convierten incluso en su contrario?

No es que pudiera haber un contrario de esos movimientos del espíritu. Pero en nosotros a menudo se convierten de inmediato, a causa de los nombres, en su contrario. Esos nombres nos separan sobre todo en nuestro comportamiento del espíritu, de su movimiento de amor hacia todo por igual, hacia todo exactamente tal como es. Distraen nuestra atención de su amor en todo lo que se encuentra con nosotros, y en todas partes en aquello que existe por su causa.

Esos nombres son: tú y yo. Y son: tuyo y mío.

IMÁGENES CAMBIANTES

¿Cómo se convierte algo pasado en mi realidad? Al hacerme de él una imagen que atrae mi atención, incluidos los sentimiento relacionados con él. No importa qué ocurrió ni si ocurrió. Es la imagen que me hago de él lo que hace que esa realidad sea real para mí. Se hace real por los sentimientos que en mí se relacionan ahora con él.

Lo mismo vale para el futuro. Lo que me imagino en el futuro se hace real por la imagen que me hago de él, igualmente relacionado con determinados sentimientos que los hacen realidad ahora para mí.

Es decir que el pasado es una imagen que despierta en mí determinados sentimientos y me relaciona así con él.

¿Podemos soltarnos de ese pasado? ¿Puede perder su realidad para nosotros?

Una forma sería verlo bajo otra luz, es decir hacernos de él otra imagen unida a otros sentimientos. Entonces vemos, por ejemplo, el pasado embellecido. Nos hacemos una imagen de lo que nos ha aportado, también una imagen de lo que nos hizo crecer con él. De pronto nos reconciliamos con ese pasado.

Claro que también eso sólo es otra imagen con la que, de otro modo, hacemos real el pasado para nosotros. Es una imagen con otros sentimientos, que nos permite superar la pesadez unida a la imagen anterior. Sigue sin tener importancia si ese pasado existió, pues pensemos de él lo que queramos, y sean cuales sean los sentimientos con que se hacen realidad para nosotros: el pasado se hace ahora real para nosotros sólo a través de una imagen interior que nos hacemos de él. En este sentido tenemos nuestro pasado en nuestras manos. Lo tenemos en nuestras manos por el significado que le damos.

Lo mismo vale para nuestro futuro. También éste es una imagen. Se hace real a través de las imágenes que nos hacemos de él y por los sentimientos que estas imágenes provocan en nosotros.

Pero también puede ser al revés, que nuestras imágenes surjan de

determinados sentimientos, es decir que primero tengamos determinados sentimientos y que luego nuestras imágenes interiores sean su resultado. A veces, esos sentimientos e imágenes se condicionan mutuamente y se convierten para nosotros en una realidad que consideramos dada, sin ser real.

Es decir que la realidad está ampliamente en nuestras manos: la pasada, la futura y la nuestra actual. Depende de nuestras imágenes y del significado que le damos, y depende de los sentimientos con que mantenemos dicha realidad en pie.

¿Podemos vivir también sin imágenes? ¿Podemos, por ejemplo, olvidar nuestro pasado sin hacernos ya imágenes de él, ni de uno ni de otro modo? ¿Podemos así librarnos también de los sentimientos que unimos a esas imágenes? Entonces el olvido es el paso decisivo para abrirnos a otra realidad más allá de esas imágenes. A una realidad espiritual sin imágenes, también sin sentimientos, en la que nuestras imágenes y sentimientos se disuelven en un presente en el que todo se mantiene abierto a algo nuevo sin pasado, también sin futuro, sólo presente, pleno.

REGALADO

Cuando creemos que se nos reprocha algo, en este caso en un doble sentido, reprochado como obligación, como si nos hubiéramos hecho culpables de algo, y con el sentido de denegar, que se nos niega algo, a menudo se nos escapa que se trata de pensamientos propios que se cumplen porque los pensamos. Con eso nos cerramos ante muchas cosas que nos son mostradas, que nos son presentadas como regalo, de tal manera que sólo hemos de tomarlo para que nos pertenezca, sin reservas, sin condiciones, sin restricciones.

También esto es un pensamiento. También él se cumple si lo pensamos.

Puede que no nos atrevamos a pensarlo porque tenemos reservas interiores de merecer un regalo así, por ejemplo la salud plena, o el éxito pleno, o el amor pleno.

¿Qué se opone, pues, a nuestra disposición a dejarnos regalar de ese modo? Nuestros pensamientos de ser culpables y de no merecer un regalo tan grande, liberador, alegre y sorprendente. También esos pensamientos se cumplen porque los pensamos.

¿Cómo manejar estos pensamientos para que pierdan su poder y podamos librarnos de ellos?

Nos perdonamos nuestra culpa. También perdonamos a aquellos de los que pensamos que nos tienen por culpables. Nos perdonamos a nosotros cuando pensamos que otros son culpables. Es decir que nos desatamos interiormente de cualquier culpa en nosotros y en otros. Sobre todo nos desatamos del pensamiento de que nosotros u otros tuviéramos que pagar una culpa.

¿A quién deberían pagar por una culpa? ¿Quién espera y exige ese pago? ¿Qué pensamientos hay tras este pensamiento para esperar que se cumplan?

Es el odio: el odio contra nosotros, el odio contra otros. Porque los sentimientos de culpa son sentimientos de odio. Proceden de pensamientos que quieren reducir o quitar algo, a nosotros y a otros. También estos pensamientos se cumplen porque los pensamos.

¿Cómo superamos estos pensamientos? ¿Cómo podemos dejarlos atrás? ¿Cómo nos hacemos amplios y abiertos a pensamientos de amor?

Nos perdonamos estos pensamientos. También se los perdonamos a otros.

¿Cómo logramos crecer más allá de estos pensamientos y volvernos amplios para lo que en todo momento se nos regala en abundancia si estamos abiertos a ello y lo agradecemos?

Pensamos pensamientos de amor. Pensamos sobre todo aquel pensamiento de amor de que somos amados, que somos amados tal como somos. Y que también todo otro es amado así. Por eso nos amamos a nosotros y al otro y lo dejamos allí donde es amado así. Donde tanto él como nosotros nos abrimos para todo el regalo, toda la vida, todo el amor, toda la felicidad, toda la gracia.

SERVIR

Somos convocados a servir, porque servir significa: ser tomado en servicio. ¿Por quién? Por aquel poder creativo que nos arrastra en su movimiento creador. Este poder servir y deber servir es una gracia.

Esta gracia es nuestra vida. Porque, al fin y al cabo, ¿qué significa la vida más que ser tomado al servicio de algo que prosigue creativamente?

Quien espera un salario por este servicio cae fuera de la gracia. Sería lo mismo que si esperáramos un salario por nuestra vida, como si más allá del servicio hubiera algo más a quien sirviera este servicio. El propio servicio es el mayor salario pues en servir se cumple nuestra vida. Quien se niega a servir se niega a la vida.

Está claro que por nuestro servicio entre humanos y por nuestras prestaciones esperamos el salario correspondiente. ¿A quién sirve este salario? Sirve a nuestro servicio, puesto que sólo así podemos seguir sirviendo. Este salario no se puede separar de nuestro servicio.

Pero si primero miramos el salario, eso afecta a nuestro servicio y al final a nuestro salario. ¿Qué queda de nuestro salario sin nuestro servicio? ¿Sigue siendo creativo nuestro salario? Sólo a través de nuestro servicio sirve también a la vida.

¿Servimos también a Dios? ¿Nos sirve incluso él a nosotros? ¿Nos premia por nuestro servicio? Si esperamos de él un salario por nuestro servicio, ¿qué queda de nuestro servicio? ¿Seguirá siendo un servicio creativo, en consonancia con él, portado por su gracia?

También en este caso nuestro servicio es al mismo tiempo nuestro salario. Este servicio en consonancia con su movimiento es amor, amor pleno.

LLEVADO A CASA

Ahora te llevo a casa. ¿A quién? A ti, con quien estaba enfadado porque creía que ejercías poder sobre mí por el cual me sentía amenazado en mi vida. Desde entonces has estado obviado por mi amor. Desde entonces me faltas y acaso yo también te falte a ti.

Ahora te llevo a casa, por fin. Porque ¿quién soy yo sin ti? ¿Y quién eres tú sin mí? ¿Acaso no eres tú también uno con algo infinito, y conmigo de camino hacia él? ¿Acaso no actuaba también en aquello, por lo que estaba enfadado contigo, aquel otro movimiento que nos ha tomado a su servicio a ti y a mí?

Ahora miro sobre ti y lo que en aquel entonces ocurrió a ese infinito, ante el que nosotros y lo que sentimos y hacemos sirve a otros fines, ante el que conjuntamente somos movidos de manera diferente para esos fines. En ese movimiento ambos somos llevados conjuntamente a casa, por fin llevados a casa.

También llevo ahora a casa con amor a aquellos sobre los que ejercí poder de tal manera que se enfadaron conmigo, se enfadaron con razón, porque había desdeñado y rechazado su amor.

Puede que también vosotros me hayáis desterrado de vuestro amor y os falto tal como me faltáis vosotros. Ahora estoy dispuesto a respetar y a aceptar con amor lo que me habéis regalado. Os doy las gracias y llevo a casa a mi alma y a mi amor lo que habéis cargado por mí. A través de vosotros me vivo rico y completo. Gracias.

Al mismo tiempo miro más allá de vosotros a aquel espíritu que nos ha reunido por un tiempo, que nos ha tomado a su servicio para muchas cosas que han sido útiles para muchos.

En este movimiento vamos juntos a casa, por fin a casa, plenos a casa, con amor a casa.

Mejor

Si me siento mejor que otros, ¿soy mejor? Si me siento peor, ¿soy peor?

La cuestión es: ¿qué ha precedido a que me sintiera mejor, qué ha precedido a que me sintiera peor? ¿De dónde vienen esos sentimientos?

¿Qué me premia, por ejemplo, porque me sienta mejor? ¿Qué vivo como contra mí cuando me siento peor?

Me siento mejor cuando me sé en consonancia, y me siento peor cuando me siento abandonado, como separado de algo que he perdido.

¿Qué he perdido cuando me siento mal de ese modo? ¿He perdido algo que puede permanecer? ¿O he perdido algo que de todos modos había terminado? ¿Algo que todavía aprecio aunque obstaculiza otra cosa, algo más grande y permanente, ante lo que finalmente tendrá que ceder?

Es decir que el hecho de que me sienta peor viene de otro sitio. Viene de un amor que me lleva fuera de mí a otro sitio. Me siento peor porque otro amor me ha tomado a su servicio.

Pero ¿qué pasa cuando me siento mejor? ¿Con qué poder estoy entonces en consonancia?

Puede que me sienta mejor porque puedo tener menos miedo a estar solo. O porque me imagino que alguien me ama más.

Pero ¿quién es o son aquellos cuyo amor era importante para mí? ¿Están ahí todavía? ¿O sólo me siento mejor porque me hago una imagen de cómo me aprueban por haber pensado con vistas a ellos y he hecho algo bueno y esta imagen me da valor y promete estar seguro de su amor? ¿Cuánto puede permanecer ese sentirse mejor sin que tenga que renovarlo constantemente e intentarlo de nuevo para poder desterrar el miedo que se oculta detrás?

Me siento realmente mejor en consonancia con mi fondo primigenio, del cual tengo mi existencia, la actual y la pasada. Pues ¿cómo podría empezar sin haber existido ya siempre? En esta consonancia me hago uno con un fondo primigenio infinito en el que ya estuve siempre y en el que siempre estoy, sea lo que sea que me ocurra en cada momento.

¿Me siento entonces mejor que antes? ¿Soy entonces mejor que antes? En ese caso, lo que hubo antes habría estado menos unido a ese fondo primigenio. ¿Es eso imaginable?

En consonancia con ese fondo primigenio siempre nos percibimos en movimiento. Sea como sea que nos sintamos y percibamos en el momento, siempre somos guiados, en consonancia, guiados permanentemente, guiados con seguridad.

¿Tienen entonces aún algún papel mejor o peor? A veces sí, supuesto que nos reconozcamos a nosotros y a todos los demás con los que estamos o estuvimos en relación o con los que entramos o queremos entrar en relación en el momento como procedentes del mismo fondo originario y guiados por él. Pues entonces podemos despedirlos de nuestro cuidado y de nuestro amor en la medida en que nosotros y ellos seguimos igual de impotentes ante nuestro fondo originario, confiando sólo en él.

Entonces nos sentimos mejores y peores en consonancia con él, sólo cuando somos guiados por él, permanentemente en consonancia, igualmente amados mejores y peores, y seguros.

ENTREGADO

Entregado, suelto. Entregado soy retenido. Entregado soy llevado a otro movimiento, a otro amor. La entrega se mantiene porque en ella estoy seguro de mí y mientras me sienta seguro de mí en ella.

Así entregado, ¿soy menos o más? Esa entrega es llegar, llegar allí adonde tira lo más profundo de mí. En ella me crezco mayor que yo mismo, más allá de mi yo, me suelto de mi gravedad, como si flotara, y estoy, no obstante, profundamente recogido, libre y atado a la vez.

Esta entrega se realiza en el espíritu. Tira de mí por encima de mí a una amplitud infinita.

¿Soportaré una entrega así? Sólo si tira de mí adentro de ella, llevado y entregado a la vez. Atento y sobrecogido, sapiente y vacío, amante y disciplinado, disoluto y recogido.

Entregado así estoy en mi destino, ya estoy en él. Entregado así encuentro el reposo, plenamente el reposo. Esta entrega es presente, presente permanente.

¿Dónde queda entonces mi cotidianeidad? También ella es llevada en esta entrega. Permanece como es. Pero ya no tira de mí en otra dirección, ni hacia abajo ni fuera de mí. Sigue siendo transitoria, como un acompañante que, al cabo de un rato, se queda atrás como si hubiera completado su servicio.

Entregado estoy en paz. En paz con todo, tal como es. En paz conmigo, tal como soy y he sido, y en paz con lo que me espera.

En la entrega se disuelve, permanentemente, con amor. Entregado me disuelvo en otra cosa permanente, en algo infinito, eterno: en un amor permanente.

AUNQUE EL REFLEJO
EN EL ESTANQUE
A MENUDO SE NOS DISUELVA:
SABE LA IMAGEN

del soneto IX de la primera parte
de los *Sonetos a Orfeo* de Rainer Maria Rilke

EL OTRO DIOS

De la idea de un motor primero, del que habla Aristóteles, de un motor primero que lo mueve todo porque lo piensa, de modo que su existencia y su movimiento debe al pensamiento un espíritu que lo impregna todo, resulta la idea de que este espíritu sigue pensando lo por él pensado en todo lo que se mueve. De ahí que veamos inmediatamente la obra de ese espíritu y este motor primero en todo lo que se mueve y en cómo se mueve.

Si miramos las experiencias que hacemos, por ejemplo, con nuestras imágenes internas, que ampliando a placer imágenes reductoras con nuevas posibilidades y provocando, de uno u otro modo, algo diferente; hemos de comprender y observar el movimiento surgido de este motor primero en un sentido, para nosotros, infinitamente amplio. Es decir que corresponde más bien a nuestra experiencia suponer que a lo movido por este motor primero le queda un margen para aprender cosas nuevas y crear cosas nuevas, incluidos los errores, desvíos y fracasos que conllevan.

Eso significaría que este motor primero permite que lo movido por él participe de una manera independiente de su pensamiento creador como si pudiera permitirse concederle ese margen sin intervenir, por lo demás, en los detalles.

De esa manera, a pesar de nuestra dependencia esencial de ese otro movimiento, somos los artífices de nuestra felicidad y nuestra desgracia. ¿De qué manera? Por nuestro pensamiento, por nuestras experiencias, por nuestros objetivos, por nuestra conciencia, estrecha o amplia.

Pero como en todo lo que podemos pensar y vivir, pensamos y sentimos en dependencia de muchas otras personas, nuestro pensamiento creativo se desarrolla junto con muchos otros. Nuestra conciencia creativa se desarrolla, por lo tanto, en diálogo dentro de una amplia conciencia humana, tomando y dando a la vez.

No obstante, siempre se desarrolla en dependencia de ese primer movimiento creativo, dentro de su amplio movimiento y portado, acompañado

y guiado siempre por él, tanto desde su inicio y origen como en cada instante.

Eso se muestra en que a veces nos sentimos abarcados y poseídos por un movimiento que nos lleva, como procedente de fuera, más allá de nuestra voluntad y nuestros deseos personales. Sobre todo cuando en este movimiento se nos regala una comprensión nueva que amplía nuestra conciencia y, con ella, la conciencia de la humanidad.

Aquí nos muestra ese motor primero que, en último término, lo mueve todo.

Se nos muestra una cosa más. Podemos esperar ese movimiento, a veces también rogarlo, aprestarnos internamente a él, confiar también en él y, en cuanto se nos muestra, seguirlo incondicionalmente.

Puede que ese espíritu que lo piensa todo y todo lo pone en movimiento juegue con nuestra libertad, también con nuestra conciencia y con nuestras imágenes, temores y deseos. ¿Cómo participamos entonces en el juego? Transitoriamente, esperando, entregados a todo el movimiento, hasta que nos une permanentemente con su principio y su final.

COMPARAR

Comparar significa, por regla general, que considero una cosa más bonita o mejor que la otra, más bonita o mejor para mí. Con eso prefiero una cosa a otra y excluyo la otra de mi aprobación. Pero puede ser que la otra me oculte una belleza especial. Tanto más cuanto la desprecio en comparación con otra cosa y me cierro ante ella. Con eso me empobrezco, en particular si comparo algo que tengo con algo que no tengo. Mi amor se va entonces de lo que tengo, lo que tengo ahora. Lo rechazo en comparación con lo que no tengo. Por eso me empobrezco doblemente, pobre por lo que tengo y pobre por lo que no tengo.

Pero a menudo precisamente lo que tengo es un desafío especial en comparación con lo que no tengo. Con eso crezco, a menudo más que si tuviera lo otro, que quisiera preferirle.

La cuestión también es: ¿dónde tengo mayor libertad? ¿La tengo con lo que tengo o en lo que sólo tengo en comparación? ¿Con qué obtengo más y con qué lo obtengo con mayor facilidad?

No obstante, a veces perdemos lo que tenemos. Por ejemplo, en una relación. Tenemos entonces que dejarla atrás y buscarnos otra cosa. Pero sin compararlo. Sólo ha terminado. Lo anterior puede ir conmigo sin comparar lo pasado con lo nuevo. Participa portando lo nuevo, de modo que se me conserva todavía.

Así comparamos a veces lugares y personas, uno u otro trabajo, uno u otro placer, una u otra pérdida o ganancia, y a menudo perdemos ambas cosas por la comparación.

¿Cómo evitamos las comparaciones limitadoras? Le decimos sí a una y a otra cosa, tal como es y como fue y como vendrá. En ese sí nos vivimos enteramente. Nos vivimos únicos, y todo lo demás y a todos los demás también.

LA REALIDAD

Cuando algunos discípulos de Jesús contaron que éste se les había aparecido físicamente después de su muerte y que ellos habían hablado con él, Tomás les dijo: «Si no veo en sus manos la llaga de los clavos y no puedo poner mis dedos en la llaga de las manos ni mi mano en su costado no lo creeré». Así se convirtió en el proverbial incrédulo Tomás.

Cuando Jesús después volvió a aparecerse a sus discípulos, le pidió a Tomás que colocara su mano en la llaga de su costado para que pudiera convencerse de la realidad de su resurrección.

La cuestión es: ¿reconoció Tomás así esa realidad? ¿Sólo se hizo real para él por el hecho de palparlo? ¿Podía convertirse en una realidad a través de sus manos al palpar la herida de Jesús?

¿Qué clase de realidad sería eso? ¿Podemos vivir realmente una realidad espiritual palpándola? ¿O más bien se nos evade si sólo la queremos vivir y reconocer como real de ese modo y sólo en esas condiciones?

Lo que llamamos real y consideramos real de ese modo, ¿para qué ha de ser real para nosotros esa realidad? ¿Para qué queremos esa realidad?

Hacemos algo con ella. Sabemos qué podemos hacer con ella y la ponemos a nuestro servicio. De ese modo también la comprendemos y ella se deja comprender por nosotros. Ella deja tomarse al servicio de nuestra vida, supuesto que la respetemos, que le dejemos su lugar y que nos sometamos a ella. Someternos, ¿cómo? Nos sometemos a ella con la vida.

Esta realidad, si la comprendemos y aprovechamos, también nos da poder: poder para la vida y poder contra la vida. En ese momento perdemos la conexión con una realidad última que actúa detrás de lo que sólo percibimos superficialmente. Más aún, en ese momento nos ponemos contra esa realidad, creemos tener ese poder y que podemos comportarnos correspondientemente. Entonces esa realidad se vuelve contra nosotros. Nos muestra que nos hemos de someter a ella en lugar de ella a nosotros.

¿Cómo nos mantenemos en consonancia con aquella realidad que actúa

detrás de lo visible y tangible superficialmente para nosotros? Moviéndonos con su movimiento, en consonancia con su dirección y con su fuerza.

DESPEDIDA DE JESÚS

Jesús, te dejo ir, te suelto. ¿Puedo mirar cómo te vas? ¿Realmente has estado? ¿O eran otros que te han anunciado sin haberte conocido, sin haberte escuchado ni obedecido?

Para mí te pierdes en la oscuridad. Sólo llevo adheridas todavía algunas palabras que has dicho. Conmovido por ellas vivo y amo de otro modo.

Pero ¿son sólo tus palabras? ¿Eres tú quien habla a través de ellas? ¿O es otra conciencia, otro espíritu creador que ha hablado a través de ti, el único al que finalmente puedo y debo obedecer, tal como tú también le has obedecido y nos lo has dicho?

No obstante, estas palabras me han alcanzado a través de ti. Sin ti y aquellos que las han pasado yo no las habría oído.

Pero ¿cómo las escucho correctamente? ¿Cómo las entiendo correctamente? ¿Cómo actúo correctamente según ellas? Si me alcanzan como palabras de aquel a cuyo servicio estabas, tal como te alcanzaron a ti, si me abro a ellas tal como tú te abriste, si actúo según ellas, en la medida en que, como hombre, puedo hacerlo, tal como también tú has actuado según ellas como hombre, y si yo también fracaso con ellas tal como tú fracasaste con ellas.

¿Todavía vale hoy eso? ¿No has sido, mientras tanto, distorsionado muchas veces, hasta haberte convertido de amigo de los pecadores en su enemigo? Todavía vale.

¿Puede valer también para mí? ¿Puede preocuparme? ¿No estás todavía ahora en otras manos, y no lo estamos también yo y todos los demás hombres?

¿Puedo retenerte? ¿Puedo amarte? ¿Puedes tú amarme? ¿No estamos solos los dos? ¿Solos ante otra cosa, solos juntos?

EL ESPÍRITU SOPLA DONDE QUIERE

¿Qué lleva el mundo adelante en lo más profundo? ¿Qué dirige sus movimientos decisivos? ¿Y hacia dónde conducen?

Podemos observar que en muchos lugares a la vez y llevado por muchas personas, hay actualmente en marcha un movimiento que empieza a superar las diferencias entre tradiciones y religiones diferentes a un nivel superior.

Diferentes personas repartidas en diferentes lugares del mundo muestran por el modo en que piensan y aman que van con un movimiento espiritual que conecta y reúne las diferentes maneras de ver, de ver el mundo y a la gente. Se viven abarcadas por este movimiento y lo siguen con amor.

¿Qué significa eso para nosotros? En primer lugar, que no es necesario que nos preocupemos por nuestro mundo ni por la gente. Actúan aquí otras fuerzas, fuerzas espirituales, de otra conciencia. Calladamente y sin llamar la atención ponen algo en movimiento hacia otro futuro sin que los individuos tocados por esa conciencia tuvieran otra opción que obedecerle a ella y a los conocimientos que regala a cada individuo.

La impresión exterior de este mundo parece contradecir estas observaciones. Por ejemplo los temores que muchos relacionan con el futuro. Este miedo es el que divide, y los malos pensamientos que lo acompañan. Pero al lado ya ha empezado efectivamente otra cosa.

En segundo lugar se dice que ya nos conectamos internamente con estos movimientos y nos dejamos abarcar por ellos. Todos esos movimientos van en la misma dirección. Toman en serio que todos son iguales ante algo Más Grande, conducidos y amados por igual por ello, con un futuro común, en este mundo y más allá de él.

¿Qué actúa en esos movimientos? Un movimiento de amor. ¿Qué amor? El amor del espíritu. Sopla con amor donde quiere y como quiere. Ese amor vendrá.

¿QUIÉN ES COMO DIOS?

«¿Quién es como Dios?» Así gritó el arcángel Miguel cuando otros ángeles a las órdenes de su cabecilla, Lucifer, se alzaron contra Dios. Por ese grito obtuvo su nombre, pues Miguel significa: ¿quién es como Dios?

Ese combate, ¿tuvo realmente lugar en el cielo? ¿O acaso tuvo y tiene lugar en la tierra y nosotros lo trasladamos al cielo para servir de modelo a nuestro combate por el predominio de nuestro dios?

En la tierra todavía tiene lugar, en nombre de Dios y muchas veces oculto bajo otros nombres.

Dejo al margen lo evidente. Por ejemplo, el combate de las religiones y confesiones por el predominio de su dios y su fe y, de modo comparable, el combate de las ideologías por su reconocimiento mundial. En uno y otro caso, a menudo con violencia extrema.

Aquí me importan más bien los enfrentamientos y combates interiores. Por ejemplo, por el predominio de nuestras imágenes sobre lo que es correcto o erróneo, y en este sentido también sobre lo que es superior o inferior. Pues tras cada una de esas representaciones hay una imagen de Dios que justifica estas diferencias y las quiere llevar a la victoria.

Si prestamos atención exacta a nuestro interior, ¿qué significa entonces para nosotros, traducido a la lengua vulgar, el grito de batalla? ¿Quién es como Dios? Significa: ¿quién es como yo?

¿Cómo termina ese combate, en nosotros y en el mundo? Cuando estamos dispuestos a decirle a toda persona: eres como yo. Entonces todos hacemos honor por igual al Dios sobre nosotros, y a cada persona también.

RECOGIDO

Recogido significa: muchas cosas quedan reunidas en un lugar. Allí se reúne. En lugar de disperso ahora está junto. De ese modo recogemos tesoros y los guardamos a resguardo seguro. También coleccionamos recuerdos, por ejemplo fotografías. Las miramos para recordar algo bonito.

También reunimos a personas a nuestro alrededor, por ejemplo en un encuentro familiar. Algunos llegan de muy lejos para volver a estar juntos con todos.

Mucho de lo que recogemos envejece al cabo de cierto tiempo. Entones nos separamos de ello, a veces con pesar. Lo recogido más bien nos pesa y nos limita, en lugar de ser todavía importante y de ayuda.

También reunimos saber y experiencia. Los conservamos. Podemos recurrir a ellos en cualquier momento. Son para nosotros un tesoro que siempre llevamos encima.

A veces tenemos que reunir nuestros pensamientos y fuerzas para realizar algo. Así nos recogemos, por ejemplo, para un trabajo. Estamos en él con toda nuestra atención para lograrlo. Vale algo parecido para estudiar.

También estamos recogidos cuando rezamos. Estamos recogidos cuando disfrutamos plenamente de algo. Recogidos escuchamos una música hermosa, recogidos atendemos una carrera tensa y un juego fascinante.

Sólo con el recogimiento estamos plenamente con un asunto, con toda la atención y todas las fuerzas. En el recogimiento vivimos el cumplimiento de nuestro tiempo.

A la inversa, nos perdemos mucho por la dispersión. Se pierde en lugar de llevar a un fin y al éxito. También internamente estamos distraídos en la dispersión y nos sentimos vacíos.

A la larga apenas soportamos el recogimiento pleno. Hemos de recuperarnos de él. En la recuperación recogemos fuerzas para el próximo recogimiento.

Una forma especial de recogimiento es nuestro recogimiento en el espíritu,

nuestro recogimiento especial. En él nos superamos en cierto modo hacia otro nivel. Al cabo de un rato vivimos este recogimiento de otro modo de aquel al que estamos habituados cuando nos recogemos desde nosotros. Nos recogemos hacia él. Nos sentimos atraídos por una fuerza espiritual hacia su ámbito, a menudo de modo irresistible.

También sentimos una atracción similar en otros casos, cuando algo nos atrae y fascina. Con esta atracción y recogimiento nos perdemos a menudo en ella. Estamos entonces como fuera de nosotros.

Pero en el recogimiento espiritual, si somos atraídos en él hacia algo que nos supera de lejos, nos vivimos al mismo tiempo más profundamente con nosotros mismos.

Con este recogimiento aún vivimos algo más. En él nos sentimos en nuestro objetivo, en nuestro final verdadero, último.

Reservado

A algunas personas se las considera reservadas. Les podemos decir todo aquello que no queremos que otros sepan de nosotros. Ellas lo guardan, lo mantienen reservado. Sólo pueden hacerlo porque también en ellas permanece reservado, es decir que también en ellas lo cierran como en una especie de cajón secreto al que nadie tiene acceso, ni siquiera ellas.

De ese modo les resulta fácil reservarse, pues tampoco ellas, en el fondo, pueden acordarse. Por eso, lo que se les confía tampoco les resulta una carga. Lo callan con amor. Su amor lo cubre, puede haber pasado para el amor.

Lo que se calla tiene una fuerza especial. Actúa porque se calla. A menudo divulgamos algo porque no podemos guardárnoslo para nosotros. Al divulgarlo pierde su fuerza. Si, por ejemplo, nos callamos un buen consejo, cuando lo reservamos, pues, ante otro, lo callamos con amor, él de pronto sigue el consejo que le queríamos dar. Porque lo reservado no ha desaparecido. No lo ha hecho porque lo hemos callado por respeto y amor. El respeto y el amor provocan que el otro, porque percibe el respeto reservado y el amor, se vea conducido por ellos de una manera que le permite quedarse en sí en lo que hace. Sigue su propio impulso y se mantiene independiente y libre de nosotros. Pero no del todo. Lo han acompañado nuestro respeto y amor callados.

Cuando volvemos a vernos, siente este respeto y amor callados y se encuentra bien con nosotros. También nosotros con él. Es como si conjuntamente calláramos algo y respetáramos mutuamente lo callado.

A veces se calla ante los demás conocimientos profundos. Los respetamos y los retenemos, hasta que, de repente, el otro también se ve conducido desde dentro a ellos. Puede que también él los calle. ¿Puede callarlos realmente? Me tocan porque él los calla, de la misma manera que mis conocimientos lo han tocado porque también yo lo callé.

Lo mismo vale para las experiencias profundas. Si las callamos, si las callamos mayormente, permanecen. Actúan aunque las callamos, porque las callamos por respeto y amor. Porque, puesto que nos fueron regaladas, sólo

podemos comunicarlas a otros en consonancia con aquellas fuerzas de las cuales las recibimos.

También ante Dios somos a menudo reservados. Por ejemplo, cuando rezamos. ¿Qué le vamos a decir, cuando ya lo sabe todo de antemano? Así que le callamos nuestros deseos y temores, sin nombrarlos, sin dejar que nos arrastren a decir cosas que afectarían el respeto por él y la confianza en él.

También Dios se mantiene a menudo reservado frente a nosotros. Precisamente entonces percibimos con especial profundidad su cercanía. Entonces también nosotros nos sumimos en el silencio, nos quedamos reservados ante él en una contemplación silenciosa. Aquí ya no se necesitan palabras. Aquí todos han llegado a su destino.

LA INTERVENCIÓN

Intervenimos a menudo en la vida de otras personas, amorosamente o con desconsideración, ayudando u obstaculizando, dando o tomando.

También sacamos a veces una ventaja de una desventaja o un mal de otro. Por ejemplo, de su desgracia o de su muerte prematura. Si reclamamos esa ventaja, su destino se convierte en parte de nuestro destino. Su destino interviene en el nuestro, a menudo sin que tomemos conciencia de ello. Pero vemos por los efectos que ya no somos los mismos que antes. Tenemos otros pensamientos, otros temores, otras preocupaciones. Estamos menos en nosotros que antes y a menudo somos en muchos aspectos más pobres en lugar de más ricos por esta ventaja. Lo mismo les ocurre a aquellos en cuya vida intervenimos, sea intencionadamente o por las circunstancias.

La cuestión es: ¿perdemos algo por esta intervención? ¿Ganan algo los otros cuando por esta intervención nos convertimos en parte de su vida? ¿Pierden algo ellos cuando por nuestra ventaja de su desgracia se convierten en parte de nuestra vida y de nuestro destino?

En este caso todo depende del amor. Si tomamos con amor lo que de ellos se convierte en ventaja para nosotros, también ellos pueden aprobar con amor nuestra ventaja. Gracias a ese amor algo sigue de buena manera. Por eso también puede permanecer esa ventaja. Se da con amor, se toma con amor y sirve a la vida. Damos con amor si otros sacan una ventaja de nuestra desventaja, y tomamos con amor si tenemos ventajas por su desventaja.

Pero ¿qué pasa cuando la intervención procede de una postura arrogante, de nosotros hacia los otros o de los otros hacia nosotros?

Si hemos intervenido de manera arrogante, primero hemos de detenernos. Comprobamos en qué medida nuestra intervención ha traído bien o mal. Asumimos con amor en nuestra alma a aquellos cuya desventaja devino en nuestra ventaja, asumimos incluso una desventaja en favor de ellos, nos esforzamos por un equilibrio que nos relacione con ellos de manera amable, de modo que podamos empezar conjuntamente algo nuevo y crecer

enriquecedoramente por ambas partes junto al destino del otro, crecer con amor.

Si otros han intervenido de modo arrogante en nuestra vida, comprobamos de igual forma si realmente nos produce un mal. O si acaso nos obliga a algo nuevo a lo que no habríamos estado dispuestos ni hubiésemos sido capaces de hacer sin la intervención del otro. De ese modo su intervención, independientemente de su intención, se convierte para nosotros en estímulo y bendición.

¿Qué nos exige finalmente nuestra intervención en el destino de otro, y a ellos su intervención en nuestro destino?

Los vemos a ellos y a nosotros con nuestro destino en manos de un poder en todo aspecto superior a nosotros, que interviene más allá de nuestras ideas de ventaja o desventaja, que lo lleva todo a lo mejor para todos por igual.

¿Cómo nos conducimos frente a ese poder? Dejamos que intervenga cómo y a través de quien sea. Le dejamos intervenir en todo lo que emprendemos, con la intención y los objetivos que sean. Confiamos en que él lo guíe finalmente todo para bien para todos. También le dejamos que intervenga en aquello que nos beneficie por la desventaja de otros. ¿Cómo? Con amor en todo.

ESPERAR

Esperamos un final o un principio. Pero en el fondo ambas cosas son lo mismo. Algo empieza después de que algo termina, y algo termina porque empieza algo nuevo. ¿Qué esperamos, pues, en el fondo? Esperamos que algo continúe.

¿Hacia dónde ha de continuar? Ha de continuar más allá del instante. Esperamos porque queremos apartarnos del instante, hacia algo exterior al instante.

Si permanecemos en el instante, éste se hace pleno para nosotros. Sólo en el instante nos vivimos completamente tal como somos en el instante.

¿Podemos ser de otro modo que en el instante? ¿Podemos estar más con nosotros mismos que en el instante? ¿Puede cambiar algo para nosotros salvo en el instante?

¿A qué esperamos pues? ¿Qué nos aporta esperar algo más allá del instante? ¿Qué perdemos por esperar? ¿Termina algo realmente salvo en el instante? ¿Empieza algo realmente salvo en el instante?

¿Para qué esperar, pues? El final y el principio son ahora.

EN NINGÚN LUGAR, AMADA, HABRÁ MUNDO SALVO EN EL INTERIOR

de *la séptima Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

LA BENDICIÓN

Nos vivimos bendecidos cundo otros nos desean algo bueno. Originalmente, bendecir significa decir el bien.

Pero no sólo decimos cosas buenas por nosotros mismos. Al hacerlo nos sentimos relacionados con una fuerza buena, con una fuerza sanadora y amante. En consonancia con ella deseamos a otros el bien y provocamos el bien. Si deseamos y decimos algo bueno a otros, damos precedencia a esta fuerza.

Bendecir es una postura interior. Pero bendecir también significa despedirse. Así, por ejemplo, decimos de un muerto que ha bendecido lo temporal. También si estábamos enfadados con alguien y lo bendecimos con buenos deseos desde esta postura interior nos despedimos de él. Debido a nuestra bendición puede haber terminado algo.

Esta bendición es de igual a igual. Une, mientras que al mismo tiempo separa.

También existe la bendición de arriba hacia abajo. Por ejemplo, cuando los padres bendicen a sus hijos. Del mismo modo que les dieron la vida, siguen dándosela mediante su bendición. Los bendicen, por ejemplo, en una despedida, a fin de que se mantengan salvos y protegidos. También en este caso bendicen en relación con una fuerza superior, aquella fuerza que los ha tomado a su servicio como padres para sus hijos. Por eso esta bendición viene de modo especial desde arriba y es vivida así por los hijos. La bendición de sus padres los conecta con esa fuerza más grande.

De modo semejante bendicen los sacerdotes a sus creyentes. Al igual que los padres por sus hijos, ellos también son vistos en relación con poderes más altos. Mediante su bendición ponen a aquellos que la reciben en relación con esas fuerzas. Transmiten la bendición de esas fuerzas a aquellos a los que bendicen en su nombre.

A veces alguien nos pide también nuestra bendición. Por ejemplo, para que algo salga bien. De ese modo nos coloca a veces por encima suyo. Para que podamos seguir en el mismo nivel humano que él, hemos de corresponder a su

deseo de una manera que permanezcamos junto con él en el mismo nivel inferior. Por ejemplo, deseándole sólo suerte de hombre a hombre. O diciéndole que deseamos que los buenos poderes acompañen y fomenten su proyecto. También esto es una bendición, pero de igual a igual.

De ese modo podemos mantenernos mutuamente con otros en la postura de la bendición sin necesidad de expresarla. Permanecemos en la postura de la benevolencia hacia otros, sobre todo con todos aquellos con los que tenemos una relación estrecha. Les deseamos que les vaya bien en todos los aspectos. De ese modo nos convertimos en una bendición para ellos, y ellos en una bendición para nosotros, en consonancia con los poderes que nos guían.

CONFIANZA

¿En quién podemos confiar? ¿Podemos confiar en una persona? ¿Pueden otros confiar en nosotros? ¿Tenemos la sensatez y la fuerza que nos permitan justificar la confianza que otros depositan en nosotros? ¿Tienen otros la sensatez y la fuerza que les permita justificar la confianza que nosotros depositamos en ellos? ¿Qué pasa cuando otros esperan de nosotros que los podamos ayudar, cuando lo que esperan no podemos ni estamos autorizados a concederles?

¿Qué pasa cuando, de modo parecido, esperamos de otros que nos concedan algo que, de por sí, ni pueden ni están autorizados a concedernos? En este caso, nuestra confianza en otros y su confianza en nosotros se encuentran con un límite.

Sólo podemos confiar realmente en aquel poder creador que lo sabe todo, lo puede todo, que está encarado a todos por igual de modo que, sea lo que sea lo que concede, beneficia a muchos al mismo tiempo. No excluye a nadie ni prefiere a nadie. Pone todo ampliamente en orden.

¿Nos hace entonces una cuenta de algo? ¿Nos tiene rencor, por ejemplo por una culpa? ¿Hemos de justificarnos ante él para poder confiar en él?

Es un poder que lo abarca todo, todo con amor. Confiamos en él también cuando nos sentimos culpables, antes nosotros y ante otros. Podemos confiar plenamente en él.

Más aún. Este poder creador se nos adelanta en muchas cosas con amor. Está allí antes de que intuyamos qué ayuda necesitamos. Podemos contar con él antes de estar en una situación de necesidad. Viene en nuestra ayuda con gran previsión.

¡Cuánto podemos, pues, confiar en él, confiar plenamente! Confiando en él, soltamos, soltamos totalmente, despreocupados en todos los aspectos.

¿Mantenemos esta confianza, esta confianza plena? Si ya no tenemos otra salida, si todos los otros medios están agotados, sí. Logramos esa confianza en la entrega total, con amor.

¿DÓNDE ESTOY?

Si me pregunto: ¿dónde estoy?, ¿estoy conmigo? ¿Estoy conmigo en mi cuerpo? ¿Estoy conmigo en mi alma? ¿Estoy conmigo en mi espíritu? ¿Estoy de otro modo conmigo en mi cuerpo? ¿De otro modo en mi alma? ¿De otro modo en mi espíritu?

¿Dónde estoy cuando me siento atraído, por ejemplo a una persona o a muchas personas? ¿Dónde estoy cuando me siento atraído a algo espiritual? ¿Por ejemplo a una música sublime, o a un pensamiento, o a una historia que me tiene preso?

Cuando después vuelvo en mí y despierto, ¿dónde he estado? ¿He estado conmigo? ¿O he estado en otro sitio? Curiosamente, a veces he estado más conmigo en otro sitio que si mi atención se hubiera quedado conmigo.

Es decir que a menudo nos sentimos más con nosotros cuando estamos en otro sitio y, en este sentido, fuera de nosotros. ¿Significa eso acaso que fuera de nosotros estamos más ampliamente con nosotros?

Más ampliamente significa aquí: no separados, relacionados con algo más allá de nosotros. En sentido estricto significa que en ese momento hemos olvidado nuestro yo. Estábamos olvidados de nosotros mismos, presos y arrastrados por otra cosa. Es decir que el yo nos separa y nos empobrece. También nos hace mezquinos.

A menudo nos cuesta quedarnos con nuestro yo. Preferimos escapar de él. ¿Cómo? A menudo hacia algo pequeño, sólo para olvidarlo. Por ejemplo, a través del entretenimiento. Con él nos recuperamos de nuestro yo. Entre estos entretenimientos se cuentan los trabajos sencillos, la buena compañía y la diversión.

Pero también escapamos del yo de otra manera. Por ejemplo, con todo hacer creativo. Con éste nos movemos en un ámbito espiritual. Aquí, sobre todo, entramos en contacto con algo que nos supera, somos apartados por él de nosotros mismos y nos vivimos, sin resistencia, siendo uno con algo permanente.

¿Dónde estamos entonces? ¿Estamos todavía? ¿Importa eso todavía?

AVISADOS

A veces nos sorprendemos porque algo se atasca. Por qué aparece de repente un obstáculo que se nos interpone en el camino. Por ejemplo si enfermamos repentinamente y hemos de adaptarnos.

Si hemos aprendido a tomar en serio estas señales, lo tomamos como un aviso. Si queremos proseguir y continuar como antes nos faltan, de pronto, las fuerzas. Es decir que hemos sido avisados. ¿Por quién?

Por una fuerza que espera otra cosa de nosotros y tiene dispuestas otras cosas para nosotros: algo más grande, más exigente, más amoroso. Ella nos lleva a otro camino.

Cuanto antes tomamos en serio estas señales, tanto menores las consecuencias de nuestras acciones anteriores y tanto más breve el tiempo que necesitamos para nuestra adaptación. Tanto antes recuperamos la fuerza que nos ayuda a seguir.

El aviso se vive a menudo físicamente, pero viene del espíritu. Por eso hemos de encontrar el cambio en consonancia con él. En ese instante miramos más allá de lo desagradable que nos ha avisado y sólo nos detenemos en ello el tiempo necesario para el cambio interior. Esperamos otras señales desde otra dirección.

Así avisados nos volvemos más cuidadosos, también más prudentes. Buscamos ayudantes, actuamos junto con ellos y realizamos con ellos, en lugar de algo individual, algo común.

A menudo hemos sido avisados temprano, puntualmente, pero no nos tomamos en serio las señales. Si aprendemos a percibir esas señales de inmediato y regirnos en seguida por ellas, también vigilamos su aparición. Las percibimos de inmediato como señales del amor, como señales de una buena providencia. Con ellas encontramos el amor y permanecemos en el amor. Nos vivimos amados avisados, dirigidos avisados, seguros avisados, despreocupados avisados, preparados avisados, confiados avisados, avisados precavidos, cándidos precavidos, precavidos con amor, dispuestos para otro

amor.

PERDIDO

Cuando alguien nos dice: «Aquí te has perdido algo», ¿nos hemos perdido algo realmente? ¿Nos hemos perdido algo importante para nosotros? Los otros, los que estaban presentes, evidentemente han ganado algo para sí. ¿Pero nosotros nos hemos perdido, por eso, algo para nosotros?

Perdido significa: se nos escapa algo que era importante. ¿Importante para qué? Importante para nuestra supervivencia, importante para nuestro crecimiento, importante para una experiencia que nos hace ricos y más humanos, más amorosos, relacionados y siendo uno con más personas.

¿Qué pérdida nos duele más profundamente? El amor evitado: el amor evitado de tomar, el amor evitado de dar. Ese amor es irrecuperable. ¿Realmente? ¿O se puede recuperar ese amor?

Nunca es demasiado tarde para el amor. Porque el amor sana también lo perdido. Recupera. ¿Cómo? Con mayor amor y humildad todavía.

Ante Dios, el espíritu creador que lo piensa todo, no hay pérdida. Sólo nos podemos perder algo perecedero. Nunca nos perdemos lo que en último término permanece para nosotros. Viene a su tiempo y permanece a su tiempo. ¿Cómo? Finalmente.

ATEMPORAL

Cuando el tiempo aprieta nos movemos con el tiempo hacia donde éste empuja. El tiempo nos mantiene en movimiento, pues todo movimiento corre en el tiempo.

Pero al igual que el mar profundo reposa en el fondo y sólo las olas y la corriente de su superficie se mueven, así ocurre con el tiempo. Sólo se mueve arriba. Puede moverse porque en lo profundo bajo él reposa algo atemporal.

Es decir que, cuando el tiempo aprieta, podemos retirarnos a eso profundo, a eso permanente, que reposa en sí, inalterado. Aquí también nosotros encontramos reposo. Arriba, en la superficie, sigue andando el tiempo. Pero nunca se nos escapa.

Todo lo esencial es atemporal. Es atemporal porque permanece. También el amor es atemporal, aquel amor que permanece. También nuestro destino es atemporal, porque está establecido desde el principio, como también nuestra muerte.

¿Cómo nos movemos, pues, en el tiempo? Nos movemos con él atemporalmente. Ya no nos arrastra porque permanecemos en otro sitio.

De ese modo también nosotros nos vivimos esencialmente permanentes. Al igual que el mar profundo sólo rozados en la superficie por las olas, movidos y en reposo al mismo tiempo.

ALLÁ

¿Adónde quiero ir? Hacia allá. Hacia allá estoy en movimiento, siempre en movimiento. Pero cuando estoy allí, ¿permanezco allí? ¿O desde allí quiero siempre seguir más allá hacia otro lugar?

¿Cómo es que sigo así en movimiento? Porque todo allí es percibido como provisional, desde el «dónde» hasta el «qué quiero» y el «qué debo seguir».

¿Existe un allí permanente adonde llegue definitivamente mi movimiento?

Cuando descubrimos que todo movimiento sólo llega temporalmente, tenemos no obstante, en lo profundo de nosotros, la certeza de que todavía existe otro allí a donde todo movimiento conduce en último término. Si no existiera ese allí no sentiríamos en nosotros esa fuerte intuición de que somos atraídos y arrastrados hacia allí. Intuición significa aquí que ahora ya estamos relacionados con ese lugar, pues sin relación no tendríamos ni idea de él.

Esta intuición se convierte en certeza cuando alcanzamos la consonancia con un movimiento del espíritu. Éste nos lleva ya a un ámbito más allá de nuestras posibilidades sensoriales. Por ejemplo, que en él ya conocemos por adelantado nuestros pasos siguientes y percibimos qué nos sobrevendrá. A menudo se trata de un desafío que conduce mucho más allá de nuestras representaciones anteriores, que nos conduce, pues, a un allí que siguió inaccesible incluso como intuición sin esa experiencia. Es saber que, conducidos desde dentro y desde fuera, somos arrastrados espiritualmente hacia algo más allá de lo necesario para nuestra vida aquí.

Es decir que estamos en camino hacia allí y ya estamos allí... con nuestra intuición, y seguros de él. Seguros con amor.

EL ESPACIO

Experimentamos el espacio como limitado. Cuanto más se extiende para nosotros, cuanto más amplio deviene para nosotros, para nosotros sigue siendo limitado. Incluso el espacio abierto sólo es abierto para nosotros en la medida en que nos permite un movimiento aparentemente ilimitado. No siempre real, a menudo sólo en pensamientos. Pero no hay pensamientos realmente abiertos, pues todo pensamiento, como siempre sólo puede ser uno, ya queda limitado por eso.

Queremos salir de nuestro espacio limitado. Queremos pasar de lo estrecho a lo pleno. Como cuando nacimos, así también más tarde. Al cabo de cierto tiempo queremos salir más allá de todo lo que nos limita. Nos conquistamos espacios nuevos y alcanzamos nuevamente nuestros límites.

Lo ilimitado es nuestro afán más profundo, hacia ello va nuestro movimiento. Vivimos ahora aquel movimiento espiritual por el que somos arrastrados incluso desde el estrecho espacio de nuestro cuerpo hacia un espacio espiritual. También en este caso, al principio, a un espacio limitado, porque todavía estamos en movimiento en él.

¿Cómo acaba entones ese movimiento? En primer lugar termina el movimiento de los pensamientos, luego el movimiento del tiempo. Dejan paso a una visión apacible de algo infinito.

Pero también aquí estamos todavía en un movimiento espiritual. ¿Puede seguirle algo todavía a esa visión? ¿Cómo termina también aquí ese espacio?

Al final se disuelve el yo y, con él, toda otredad, sin espacio, sin amor, sin ser, pues también el ser, tal como lo conocemos, estaba en el espacio, limitado por él.

Allí empieza ahora el infinito como experiencia para nosotros. Aunque todavía limitado, todavía en el espacio, porque volvemos de esa experiencia. Pero en el saber, en lo profundo, ya estamos allí, más allá de todo espacio, infinitamente allí.

Secreto

Lo esencial para mí, ¿es secreto? ¿Puede ser secreto para mí? ¿Dónde se oculta lo esencialmente secreto para mí? ¿Se oculta en mí o fuera de mí?

Si se oculta en mí, ¿es verdaderamente secreto? ¿Por qué habría de ocultarse ante mí? Si es esencial para mí, ¿por qué ha de permanecer secreto para mí?

Mucho de lo que se me dice del saber secreto y de un pasado secreto y un futuro secreto y que me ha de introducir incluso en ese saber secreto, sigue siendo no esencial para mi vida. De eso forma parte, por ejemplo, todo el llamado conocimiento secreto sobre otras personas. Porque ¿qué puede modificar ese conocimiento para mí? ¿Me sirve ahora? ¿Me transmite una visión más clara de lo que he de saber para ser esencialmente hombre?

En cierto modo mi futuro es accesible para mí. Pero sólo desde dentro, desde una intuición y un movimiento que me lleva ya a algo que vendrá. Pero sin secretos, más bien de manera evidente. Sólo las aseveraciones sobre el futuro en general, bajo la condición de que se apoyan en un saber secreto, es mejor que sigan secretas para mí. Si fueran ciertas y yo me rigiera por ellas, ¿estaría más en mí? ¿Estaría, sapiente, en mí? ¿Estaría esencialmente en mí?

De modo que también en este caso prefiero quedarme con lo evidente, con lo ahora evidente. Ya es bastante misterioso. Tras ello actúa otra cosa más, algo oculto. Sólo se revela en lo evidente en la medida que lo necesito en el momento. Por ejemplo, para la acción debida ahora. De ese modo también permanece oculto, pero nunca secreto. Pues se me muestra cuando lo necesito en la medida que ahora es esencial.

¿Necesito más?

El progreso

Progreso significa: «Hemos avanzado» y: «Lo hemos hecho mejor». El progreso sigue a una visión nueva. Ésta lo prepara.

¿Con relación a qué se mide el progreso? Con lo que aporta a la vida y a la supervivencia. Y se mide con relación a lo que reúne en lugar de separar. En este sentido, la globalización es un gran progreso. El progreso supera fronteras y conduce más allá de ellas. En este sentido vivimos en una época de grandes progresos.

Estos progresos tienen, por supuesto, un precio. Sólo al cabo de cierto tiempo se hace visible y perceptible cuán alto ha sido ese precio. El progreso también puede progresar por encima de ese precio, contenerlo y superarlo.

El progreso atemoriza a mucha gente porque también exige algo a cambio de lo que le da. Por ejemplo, más conocimientos y habilidades. Es decir que el progreso también hace nuestra vida más exigente.

Por este temor, algunos quieren detener o retrasar el progreso. Pero el progreso también los atrapa al cabo de cierto tiempo.

Puesto que el progreso no se puede detener, la única opción sensata es sumarse a él e ir con él. Más aún: dedicarse al progreso y alegrarse por él. Porque sirve a la vida.

A menudo no sabemos aún cómo. Pero si le servimos y lo llevamos adelante, vivimos nuestra vida más rica y amplia.

También hay un progreso en el espíritu, sobre todo en el espíritu. Porque sin prestaciones espirituales no hay progreso, como tampoco sin esforzada investigación espiritual y habilidad espiritual.

Pero aquí me refiero a otro progreso espiritual. Se trata del progreso de la ilustración.

Ilustración significa aquí que nos ilustramos sobre en qué medida determinadas imágenes y presunciones espirituales existen antes que sus consecuencias comprobables. Se refiere también a la ilustración acerca de qué temores ocultos se alimentan esas imágenes, a menudo contra toda razón.

Esas representaciones son las que más obstaculizan el progreso propiamente dicho, el que reúne y lleva adelante, con respeto mutuo, a las personas y culturas más diversas.

Este progreso es primero una prestación personal, una prestación de individuos que se atreven a rehuir la fe ciega y el afán ciego que separa a personas y grupos. Que se atreven a rehuir de ello con amor. En consonancia con un movimiento del espíritu que, por ser espíritu, no conoce fronteras, también superan esas fronteras con amor.

¿Quién es en este caso el más progresista? Ese espíritu, y nosotros, en consonancia con él, también.

ASÍ VIVIMOS
Y SIEMPRE NOS DESPEDIMOS

de *la octava Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

VOY

Voy cuando soy llamado. Es decir que mi ida está precedida por una invitación o una llamada. Mi ida responde a esa llamada o gesto. Me conduce a alguien que me espera.

A veces titubeo por ir inmediatamente. Pues ir también significa permanecer. Es decir que mi ida tiene consecuencias. Me ata y relaciona.

¿De dónde viene un gesto así? ¿De dónde viene una llamada así? A menudo viene de fuera. Contesto a esa llamada por amor, y a veces por obligación o por fuerza. El ir por obligación o por fuerza no es ir realmente, pues, a pesar de ir, quiero rehuir esa obligación y esa fuerza.

Ocurre al revés al ir con amor. Voy porque quiero permanecer, a veces incluso toda una vida.

Cuando soy llamado para acudir, he de irme a la vez de otra cosa. Sólo cuando estoy dispuesto a irme y dejar algo atrás y terminado, acudo realmente y acudo del todo.

También morir es ir de ese modo. Depende en gran medida de nosotros si es un ir con amor o un ir por obligación o por fuerza. La mayor parte de los moribundos ya han oído antes esa llamada y están dispuestos para ir y venir. Entonces hay un ir y venir beatíficos, serenos y entregados.

¿Quién llama cuando morimos? ¿Quién nos espera cuando morimos? ¿Quién nos acoge? Alguien o algo con lo que podemos permanecer liberados de toda preocupación y molestia. Con ese ir volvemos al lugar de donde venimos.

¿Aún nos falta algo entonces? Sólo la despedida. También ésta con amor.

JUEGOS DE PENSAMIENTOS

Puedo jugar sobre todo con los pensamientos de otras personas. Por ejemplo, con sus pensamientos sobre Dios. Puedo darles la vuelta como quiera, siempre giran en el mismo círculo. Con sus pensamientos sobre Dios me protejo de mis propios pensamientos. Porque mis propios pensamientos a menudo me atemorizan porque percibo de repente que son insensatos. Si los tomo en serio temo que más bien me separan de lo que realmente quiero pensar.

Aquí terminan los juegos de pensamientos. Es decir: de repente me enfrento cara a cara a un pensamiento que, discurriendo en mi interior, pone algo en movimiento y lo mantiene en movimiento, un pensamiento que me acompaña a cada paso, incluso cuando quiero olvidarlo o eliminarlo: el pensamiento de mi muerte.

A la vista de la muerte los juegos de pensamientos sobre Dios se muestran dependientes de ese temor último. Son juegos de ensayo antes de que vaya en serio, el entretenimiento antes de que llegue la hora.

¿Cómo manejar de buena manera, pues, los pensamientos de los demás sobre Dios?

Nos preguntamos: ¿están pensados a la vista de la muerte? Lo que esto significa finalmente lo reza Rilke en su último poema.

Ven tú, el último al que reconozco,
dolor irremediable en el tejido corporal:
como ardía en el espíritu, mira, ardo
en ti; la madera se ha resistido mucho
a asentir a la llama que tú llameas,
pero ahora te nutro y ardo en ti.
Mi clemencia en esta parte se convertirá
en una ajena saña infernal en tu dolor.

Totalmente puro, sin previsión, libre de futuro

ascendí a la caótica pira del sufrimiento,
tan seguro de no comprar nada futuro
por este corazón en que callaba la provisión.
¿Soy todavía yo quien arde irreconocible?
No arrastro recuerdos.
Oh vida, vida: estar fuera.
Y yo en llamas. Nadie que me conozca.

Lo que se sostiene a la vista de la muerte también se sostiene ante Dios. Pero llevado sin pensamientos, sin saber adónde. Disuelto, aquí de otro modo. ¿Cómo aquí? Provisionalmente aquí.

LA SERIEDAD

Las cosas se nos ponen serias cuando llegamos a un límite. En él bien algo termina para nosotros; bien se nos abre, al cabo de un rato, una salida.

¿Qué nos ocurre cuando, en ese límite, buscamos una salida, aunque antes tengamos que asentir a este límite, incluso si tememos que sea definitiva? ¿Por ejemplo, cuando nos espera la muerte?

Eso vale tanto para nuestro límite como para otros, si tememos que han llegado a sus límites. Entonces puede que busquemos una salida para ellos, incluso contra nuestro más leal saber y entender.

¿Les sirve de algo? ¿Nos sirve a nosotros? ¿Los tomamos en serio y nos tomamos en serio? ¿Tomamos en serio que también nosotros hemos alcanzado un límite?

¿Cómo nos comportamos entonces de un modo amoroso y serio a la vez? Nos detenemos con ellos en su límite. Estamos con ellos sin movernos por nosotros mismos. De ese modo nos mantenemos en consonancia con ellos y con su destino. Nos mantenemos en consonancia con aquellos poderes que disponen sobre ellos y nosotros, sobre su destino y el nuestro.

A partir de esa consonancia ganan ellos y ganamos nosotros otra fuerza, ante la que aquel límite se retira al cabo de un tiempo tanto como para que, más allá de lo superficial, se abra para algo permanente.

¿Para quién se abre ese límite? También para nosotros si lo hemos tomado en serio. Porque serio era también nuestro amor.

SIMULADO

Nuestra imagen del mundo nos es simulada, sensatamente simulada. Podemos orientarnos con las imágenes simuladas de nuestro mundo. Sin ellas estaríamos perdidos.

Esas imágenes son nuestras imágenes. Son comunes a todos los humanos. Por eso podemos orientarnos con ellas de tal manera que incluso podemos comprobarlas y aplicarlas científicamente. Pero esa ciencia es nuestra ciencia. Sólo es válida y útil para los humanos y dentro de su imagen del mundo.

Un topo tiene una imagen del mundo totalmente diferente, que concuerda perfectamente con él y su modo de vida. Con nuestra imagen del mundo, tal como nos es simulada, perdería la vida al cabo de poco, como nosotros, claro está, perderíamos la vida con la suya. Lo mismo vale para un gusano o una hormiga. Su imagen les simula lo que los mantiene con vida, sin que necesiten saber algo de otras imágenes del mundo ni tengan que regirse por ellas.

¿Podemos comparar entre sí esas imágenes del mundo? Para nosotros, los humanos, ya es difícil por el hecho de que las otras imágenes del mundo nos resultan, internamente y por propia experiencia, inaccesibles. Nos mantenemos ligados a nuestra imagen del mundo, tal como los demás seres vivos a la suya.

¿Cómo se origina una imagen del mundo así? En nosotros por la percepción impuesta. Nuestro ojo, por ejemplo, dialoga con determinados estímulos sensoriales. Está adaptado a ellos. De ese modo surgen nuestras imágenes del mundo. Nos son simuladas en la interacción de nuestro ojo con esos estímulos sensoriales.

Lo mismo vale para nuestro oído y todos los demás sentidos, incluidos nuestros sentimientos y nuestro pensamiento. Con su ayuda percibimos aquel detalle de la realidad que necesitamos para nuestra vida.

Algo parecido vale para cualquier otro ser vivo. Sólo que para ellos sus imágenes son otras que las que nos hacemos nosotros mediante nuestros sentidos.

Imagen o representación del mundo sólo se refiere aquí a la respuesta

dada por el cuerpo a la percepción que le es posible, a lo que sirve a su supervivencia y la de su especie. Esa respuesta se muestra en un movimiento, en un movimiento dirigido a un fin. Eso vale para todas las imágenes del mundo, incluida la nuestra.

Así como los objetivos y los caminos hacia ellos son diferentes para todos los seres vivos, así se diferencian también las imágenes que sirven a esos objetivos. Todos simulan una realidad, sólo que en cada caso otra. Son vitales para aquellos que las tienen y por eso, dentro de esos límites, veraces.

La cuestión es: ¿existe para el hombre otra realidad más, más allá de la realidad percibida sensorialmente, es decir una realidad más allá de nuestras imágenes de nuestro mundo?

Nuestras intuiciones de que en todo actúa algo más, que en todo actúa algo espiritual que sabe todo lo que hay, que lo piensa tal como es, ¿también son algunas de esas imágenes? ¿Hay en nosotros un órgano de la percepción afinado con esa realidad a fin de que podamos percibirla de manera semejante a aquella realidad que nos permite vivir en este mundo? No hay ningún órgano que nos permita percibir sensiblemente una realidad tal más allá de nuestra imagen del mundo. Incluso si hubiera un órgano sensorial así, ¿podría añadir algo a nuestra imagen del mundo, algo que sirviera más a nuestra vida y su desarrollo? Al igual que los animales con su imagen del mundo y su conciencia, nosotros también tenemos con nuestra imagen del mundo y nuestra conciencia dependiente de ella, todo lo que necesitamos para nuestra vida aquí.

Esa intuición y el movimiento que sale de ella se dirigen a algo que está más allá de nuestra imagen del mundo. Se dirigen a algo que actúa con independencia de todo lo que nos simula esa imagen del mundo. Se trata de algo que, por una parte, nos marca esa imagen del mundo, porque quiere y soporta nuestra vida en este mundo simulado, pero que, por otra parte, nos atrae hacia sí, hacia un ámbito donde fracasan nuestros sentidos.

Aquí se acaba lo simulado: la vida simulada y la muerte simulada. Porque también la muerte forma parte de nuestra imagen simulada del mundo y tiene su lugar en él... provisionalmente.

EL CUERPO

¿Dónde está mi cuerpo? ¿Está en mí? ¿Estoy yo en él? ¿Está fuera de mí, de modo que me puedo hacer una imagen de él, como si me encontrara frente a él?

También puedo modificar esa imagen. Puedo hacerme otra imagen de mi cuerpo. Esa imagen tiene un efecto. Según la imagen que me hago de mi cuerpo me siento mejor o peor.

¿Qué determina, pues, cómo está mi cuerpo? ¿Tiene mi cuerpo otra realidad según la imagen que me hago de él? ¿Tiene, de hecho, una realidad propia o sólo tiene su realidad por mi imagen suya?

¿Qué determina esa imagen? ¿Hay detrás una intención especial, un fin especial? ¿Cuál es ese fin? ¿A qué fin ha de servir esa imagen?

Aquí interrumpo estas reflexiones y señalo otras relaciones.

Sabemos: la materia es energía. Esa energía se solidifica para nosotros en una imagen, la imagen de la materia, de muchas clases de materia, también en la materia de nuestro cuerpo.

Vivimos nuestro cuerpo pleno de energía. En él todo está en movimiento. Lo mueve una energía. Percibimos esa energía en su efecto, en el modo en que mueve algo. Pero no podemos ver la energía. Sólo nos hacemos una imagen de ella a través de lo que mueve. La cuestión es: ¿se mueve la energía junto con lo que mueve? ¿Podemos hacernos, de hecho, una imagen de ella o escapa esa pregunta a nuestra imagen?

Si nos hacemos otra imagen de nuestro cuerpo y él, a continuación, se mueve de otro modo, nuestra imagen influye evidentemente también en la energía. En este sentido, también ella depende, para nosotros, de una imagen.

¿Cómo puede tener ese efecto una imagen? ¿Sobre qué actúa esa imagen? ¿Actúa sobre algo más allá de nuestras imágenes? ¿O sólo actúa sobre otras imágenes que dependen de ella y de las que ella depende?

¿Qué queda entonces de nuestro cuerpo para nuestro conocimiento? Una imagen. ¿Sólo una imagen?

DESCENDIDO

De viaje, descendemos de noche para poder pasar la noche en algún lugar. Allí reposamos después de un largo viaje. Nos alegramos de haber podido apearnos y de ser acogidos.

Algunos también descienden del caballo y vuelven a poner los pies en el suelo. Porque no se puede cabalgar largo rato sobre un alto caballo. Quien vuelve a estar en el suelo se siente seguro. Por fin abajo.

Es decir que el descenso es desde una altura. Va hacia abajo, donde depende de otros y donde es acogido por ellos. Después del descenso nos sentimos mejor, pues sólo abajo, después de haber descendido, nos sentimos humanos, humanos como todos los demás humanos. Por eso muchos se sienten aliviados cuando tienen que descender. El descenso les permite seguir adelante, empezar cosas nuevas y estar unidos con muchos de otro modo, más humano.

En lo que respecta a lo humano, para muchos la hora del descenso es para volver a sentirse hombres entre iguales. Se hacen posibles nuevas relaciones y nueva acción y nuevo amor.

El descenso propiamente dicho es el descenso del yo, el descenso de lo que nos ha delimitado de otros y nos ha alejado de ellos. Sólo ese descenso nos conduce humanamente adelante. Mediante el descenso vamos hacia los otros.

Lo contrario del descenso es el ascenso. Aquí se trata de que ascendamos de tal manera que no haya descenso desde allí, es decir que no haya de seguirle un descenso para equilibrarlo.

¿Cómo ascendemos de ese modo? Ascendiendo juntos con muchos, sin estar por encima ni por debajo de ellos. De lo igual no hay descenso, como tampoco hay ascenso desde él. Todos ascienden conjuntamente. Conjuntamente se protegen del descenso. Conjuntamente se mueven adelante. ¿Cómo? Con respeto mutuo, con unión mutua, con amor mutuo.

Quien desciende a ese nivel verdaderamente asciende, humana, humildemente, con amor.

Adonde asciende de ese modo, allí permanece.

OH, ADELANTE PUES, SÓLO ADELANTE

Sea lo que sea lo que alcanzamos nos empuja adelante. Si se quedara parado sería su fin.

Adelante empujan sobre todo nuestros pensamientos. Sabemos que sólo abarcamos una fracción de lo que espera nuestro conocimiento. De modo que empujamos adelante.

Lo mismo vale para nuestras experiencias. Sea lo que sea lo que hemos experimentado hasta ahora empuja adelante, hacia nuevas experiencias, hacia algo que no ha existido nunca antes. Así se mueve adelante nuestra vida y la vida de la humanidad.

¿Adónde? ¿Hay un fin para este movimiento? ¿O estamos en un movimiento infinito? Sólo que primero vemos, como nuestro fin, un fin más cercano, aunque pronto tomamos conciencia de que nuestro movimiento quiere ir más allá de esa meta.

¿A qué nos ajustamos, pues? A que siga adelante, siempre adelante.

¿Es que nunca encontramos reposo? Ese movimiento nunca encuentra reposo porque es un movimiento creador. Nosotros encontramos reposo en él si nos dejamos mover por él adonde quiera que nos conduzca infinitamente.

Si nos entregamos a ese movimiento y le asentimos con amor y entrega, él también nos porta. Al dejarnos en manos de ese movimiento encontramos reposo, aunque, por cierto, un reposo en movimiento. Ese reposo es un movimiento vivo que, puesto que prosigue, nos llena de amor. Pues todo lo nuevo resulta nuevo para nosotros porque nuestro amor se adapta en él a cada vez más.

Es decir que aquí sigue adelante sobre todo nuestro amor. Este amor es apacible, pues está por igual en todo, totalmente.

OH, VEN Y VE

Tal como has venido puedes también irte. Tal como he venido puedo también irme. Todo venir es por un tiempo. Espera el irse, pues se completa en el irse. ¿Adónde va? Va más allá de un límite.

¿Quién viene aquí, y quién se va? Nuestra vida viene y va. Así lo percibimos. Venimos a esta vida, permanecemos vivos cierto tiempo, y nos vamos de la vida cuando morimos.

Así vienen también los demás, que comparten la vida con nosotros, a quienes incluso se la damos. Permanecen con nosotros por un tiempo y se van. Como nosotros, también se van de la vida a su tiempo.

Oh, ven y ve. Yo vengo y me voy, y tú vienes y te vas. Todo viene y todo se va. Lo dejamos venir cuando quiera que venga y lo dejamos ir cuando quiera y deba irse. Todo.

¿Qué nos ocurre cuando nos vamos? ¿Nos terminamos cuando nos vamos? ¿Terminan otros cuando se van? ¿Se termina el mundo cuando se va?

En lo más profundo de nosotros intuimos que nuestro ir y venir sólo es una campanada de una hora que vino y que prosigue hacia la siguiente. ¿Adónde? A otro movimiento que ni viene ni se va porque reposa en sí.

De modo que nuestro venir es provisional, y nuestro irnos también. Sólo en esta vida, de la que no sabemos su comienzo ni su fin último, experimentamos esta llegada provisional a la vida y la salida de ella. Y asentimos a que nosotros y todos los demás estemos incluidos en ese movimiento sin poder detenerlo ni modificarlo, y sin conocer su dirección.

¿Cómo, pues, venimos y nos vamos? Venimos y nos vamos dentro de un movimiento en el que todo permanece como quiera que venga y como quiera que se vaya.

¿Importa entonces todavía quién viene y quién se va, y qué viene y qué se va, y cuándo viene y cuándo se va? Porque viene permanece, cuando quiera que venga y cuando quiera que se vaya, y cómo venga y vuelva a irse. Viene y regresa, regresa con todo por igual, regresa para siempre.

AL FINAL

Lo que viene al final viene finalmente. Todo ha esperado este final. Completa lo que le precedió. Por eso decimos: «Quien ríe el último ríe mejor», lo que le precedió ya no cuenta.

Lo que viene al final siempre estuvo ya allí. Sólo que quedó oculto a muchos. Por eso no viene, sino sólo se muestra, se muestra al final.

¿Por qué esperamos entonces el final? Porque de momento no lo soportamos todavía. Pero no podemos huir de él.

Al final llega para nosotros la muerte. Así por lo menos lo creemos a menudo. Con ella llega a su fin lo que hubo antes. ¿O es que, en el fondo, no hay final alguno? ¿Está todo en un movimiento en el que no espera ningún final?

En ese movimiento se acaba toda espera. En él todo continúa.

No obstante, para nosotros hay un final. Hay un final para nuestro yo. Ese final no puede venir, sólo se va.

Cuando se va empieza el puro presente, el presente tal como todo es y todo permanece. Pero, por cierto, dentro de un movimiento.

Ese presente siempre es un antes, pues siempre es nuevo. Es nuevo sin pasado y sin futuro: infinitamente nuevo.

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA

Miramos hacia el final porque creemos que con él se habrá terminado todo. Pero cuando miramos el final nos perdemos lo que aporta. Pues sólo hay un final con todo lo que lo precedió.

Por eso sólo podemos ver el final junto con su principio y con todo lo que hay entre él y su principio. De pronto descubrimos que sin un principio tampoco hay un final y que entre ellos hay un movimiento cuyo principio se nos mantiene oculto y cuyo final también.

¿Por qué decimos entonces: «Bien está lo que bien acaba»? Porque esperamos el final de un movimiento sin ser movidos ya por él.

¿Por qué esperamos un final? Si permanecemos en ese movimiento, ¿por qué esperamos un final? ¿Qué nos lleva a su final? ¿Qué provoca en nosotros si esperamos su final? Con la vista puesta en su final nos sustraemos a ese movimiento, acaso incluso nos lo perdemos.

¿Qué movimientos alcanzan un final? Aquellos movimientos que parten de nosotros, en los que queremos terminar algo para nosotros.

¿Por qué lo queremos? Porque un movimiento infinito nos da miedo. ¿Qué miedo? Que, en él, perdamos el control. Que nos veamos llevados en un movimiento que prosigue ilimitadamente, ilimitadamente sin principio, ilimitadamente sin final, en un amor ilimitado.

Si ese amor no alcanza ningún límite ni a ningún final, no nos queda nada que podamos aferrar para nosotros y que podamos iniciar y llevar a su término desde nosotros. Es decir que finalmente soltamos. Porque todo está bien, el principio y su final, porque en último término no cuenta lo uno ni lo otro. Cuenta lo que permanece, lo que permanece sin nosotros y con nosotros, lo que siempre permanece en movimiento porque es en cada momento creativamente nuevo.

ME MANA EN EL CORAZÓN EXISTENCIA EXCEDENTARIA

de *la novena Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

CULPABLES

Sólo podemos sentirnos culpables en nuestras relaciones de dar y tomar. Nuestros sentimientos de culpa regulan esas relaciones de una manera que conduce a un equilibrio entre dar y tomar. En esa medida sirven a la vida y también al amor.

Esa culpa actúa de modo ligero como sentimiento. Pasa en cuanto tomamos lo que nos es regalado y en cuanto damos, después de haber recibido algo de otros. Lo que hemos recibido de otros no nos deja en paz, porque nos sentimos acreedores de ellos hasta que les devolvemos algo a cambio. O si no se lo podemos devolver, lo transmitimos en su sentido y en consonancia con ellos. Entonces desaparecen de inmediato nuestros sentimientos de culpa y nos sentimos ligeros y libres. Es decir que, en todo, ambos permanecen en el amor.

¿Pero qué pasa cuando no se alcanza un equilibrio? Por ejemplo, si le hemos hecho algo a alguien por lo que está enfadado con nosotros. O si alguien nos ha hecho algo por lo que estamos enfadados con él. En este caso empieza una lucha por el poder, por el predominio sobre el otro con la idea del derecho a desquite, donde uno es mejor, porque tiene razón, y el otro peor, porque no la tiene.

Pronto ambos tienen malos pensamientos y malos sentimientos. Esos sentimientos a menudo permanecen incluso cuando el otro ya ofrece una reparación. Porque cuesta sacrificar a la igualdad y el amor entre ellos.

¿Dónde está aquí la solución? ¿Estamos dispuestos a renunciar a ese sentimiento de superioridad aparejado con el sentimiento de tener razón de manera que el otro pierda su sentimiento de culpa?

¿También a la inversa, por supuesto, cuando el otro renuncia a su sentimiento de superioridad y, con él, acaso incluso a su exigencia de reparación, si está dispuesto a volver a encontrarse con nosotros de persona a persona, igual a nosotros en todo, incluso con esa culpa?

Sólo si ambos se sienten igualmente humanos, igualmente justos e injustos, dependiendo igualmente el uno del otro e igualmente dispuestos para

un futuro común puede volver a empezar el amor y con él el intercambio de dar y tomar. El intercambio con aquella culpa leve que enriquece a ambos. Esta culpa une donde la otra separa.

En el Padrenuestro se describe ese proceso aplicado aquí a nosotros los humanos de igual a igual: «Perdona mi culpa como yo también perdono la tuya». Entonces ambos vuelven a ser iguales también ante Dios.

Peor y de alcance mucho mayor es la idea de que también nos hacemos culpables ante Dios, que él se enfade con nosotros si lo tratamos injustamente y que él entonces nos castigue severísimamente por nuestra culpa. La idea de que también castigue severísimamente a otros, mucho más allá de una medida humana si resultan culpables ante él, culpables ante él y, según nuestra idea, también ante nosotros.

Es decir que aquí proyectamos en Dios nuestros malos pensamientos, y proyectamos de retorno en nosotros los malos pensamientos que nosotros le adscribimos. Entonces nos castigamos a nosotros y a otros con el auxilio de esas ideas, como si procedieran de Dios y no de nosotros.

¿Cómo manejamos esa culpa? Dejamos esos malos pensamientos en nosotros, sólo en nosotros, y los superamos con amor: con amor a nosotros y con el mismo amor a los otros.

¿Cuál es el efecto entonces? Proyectamos también en Dios nuestros buenos pensamientos, lo vemos actuando en nuestro amor y, a través de la consonancia amorosa con otras personas, alcanzamos al mismo tiempo la consonancia con Dios.

¿O es más bien al revés? Si en el Padrenuestro decimos, también aquí levemente cambiado: «Perdónanos nuestra culpa al igual que nosotros perdonamos a aquellos ante los que nos hemos hecho culpables y que se han hecho culpables ante nosotros», volvemos a ser iguales a ellos, sin culpa, y ante Dios.

Lo espiritual

¿Qué imágenes actúan detrás de la idea de que hay una vía espiritual que nos conduce más allá de lo anterior a un nivel espiritual superior?

Lo que actúa detrás de la idea de esa vía espiritual es un sentimiento de culpa. ¿Qué culpa? La culpa ante algo superior, ante algo espiritual. Ante eso superior o espiritual reducimos la culpa a través de una vía espiritual. Por eso forma parte necesariamente de esa vía espiritual la renuncia, es decir de poco en lugar de mucho.

En sentido estricto, esta vía espiritual se dirige contra la vida tal como es; es en lo profundo un movimiento de odio contra nosotros mismos, pero también de odio contra aquello superior y espiritual, a lo que, en nuestra idea de nuestra culpa, debemos esta renuncia, el odio contra nosotros mismos. Esta vía espiritual es una vía sin amor.

Pero en la práctica muchos que siguen esta vía superan tanto la culpa como el odio. Empiezan a servir.

Este servicio sería la otra vía espiritual. Se hace espiritual si, en consonancia con un movimiento espiritual, servimos al amor: primero al amor a nosotros, un amor espiritual a nosotros.

¿Dónde empieza este amor? Dejamos de lado la idea de que somos culpables ante algo superior, como si le debiéramos algo. Nos comportamos, por el contrario, en nuestros pensamientos y en nuestro hacer servicial como si en todo lo que somos fuéramos amados por esa realidad espiritual: amados de tal manera que en todo nos da y desea más de lo que ya tenemos. Que, por lo tanto, nos alcanza desde ella un amor que da, en nuestra vida y en nuestro amor, más en lugar de menos.

Aceptamos pues de ello ese amor y amamos como ello siempre que servimos. También nosotros con más en lugar de menos, en consonancia con todo como se encuentra con nosotros y también nos sirve.

¿Somos entonces espirituales? ¿O somos simplemente sólo humanos? ¿Realmente humanos?

EXTRAVIADO

Se extravía quien ha perdido su camino y su dirección. A menudo también se extravía un deseo o un pensamiento o una empresa. También se extravía más de un amor.

El extravío nunca lleva a un fin. Cuanto más lo seguimos tanto más nos extraviamos. Nos extraviamos todavía más si queremos justificarlo, pues nuestras justificaciones no modificarán el resultado. Sólo retrasan la vuelta atrás.

Se extravían sobre todo nuestros sentimientos de culpa, pues apartan del amor. Primero del amor a nosotros mismos, pues con nuestros sentimientos de culpa nos dañamos. Para librarnos de ellos podemos, por ejemplo, enfermar. Muchos incluso quieren morir por sus sentimientos de culpa.

A causa de nuestros sentimientos de culpa nos apartamos del amor del espíritu, de aquel espíritu que actúa detrás de todo movimiento, que actúa con amor. También detrás del movimiento por cuya causa nos sentimos culpables.

Nuestros sentimientos de culpa son extravíos, sobre todo porque a causa de ellos nos imaginamos tener el poder de intervenir en el destino de nuestra vida y en los destinos de la vida de otras personas, de tal manera que vida y muerte están en nuestras manos. A través de ellos nos atribuimos a nosotros, y también a aquellos a quienes damos la culpa y a los que declaramos culpables, un poder como sólo puede tenerlo aquel poder creador de quien parte y depende todo movimiento de la vida.

La cuestión es: ¿cómo podemos encontrar el camino de regreso de ese extravío? Mediante la entrega a ese movimiento que nos supera en todos los aspectos, también donde nos hemos dañado a nosotros y a otros, sabiendo que él lo tenía en sus manos. Él nos ha llevado, a nosotros y a otros, a aquel límite de donde queremos y tenemos que volver atrás.

¿Adónde? Al reconocimiento de que todos somos iguales ante ese poder que lo porta todo: culpables o inocentes, felices o desgraciados, como quiera que discurra nuestra vida y la suya, porque al fin, sostenidos igualmente en

otro amor, el mismo amor a todos, todos amados igualmente por él y en ese amor recogidos y en casa, cualquiera que sea nuestro destino.

EN MEDIO

«No te me pongas en medio», decimos a veces cuando alguien nos entorpece en un movimiento, físico o espiritual. Pero, ¿cómo se me pone en medio? ¿Qué quiere de mí? A menudo quiere algo para sí que me aparta de lo mío y se pone en su lugar.

Pero a menudo, si asiento a su asunto o su propuesta, lo ayudo o él me ayuda a mí. A veces también se mete en medio cuando estoy en peligro. Me retiene y me ayuda. Por eso le estoy agradecido.

En un «en medio» así se muestra que dependemos unos de otros de muchas maneras. En medio aquí también significa: juntamente.

Como más nos metemos en medio de nosotros y de otros es mediante ideas de correcto y equivocado y, peor todavía, de bueno y malo. Con esas ideas les simulamos algo sin comprobar si nos sirve o daña a nosotros y a ellos.

De esta clase de «en medio» forman parte nuestros juicios e interpretaciones. Tras ellos se oculta a menudo una pretensión de superioridad del tipo: «Yo lo sé mejor», o «yo soy mejor».

¿Qué le pasa a alguien que se mete en medio de los demás de esa manera? Se lo evita y se queda solo.

Pero ¿en medio de quién se mete en realidad? Sobre todo de sí mismo. Porque por regla general sólo transmite lo que se le metió en medio a él mismo.

¿Cómo podemos meternos en medio de él de buena manera? Vemos su necesidad y lo amamos independientemente de sus juicios e interpretaciones. Al mismo tiempo seguimos apaciblemente nuestro camino en consonancia con un amor que une.

En ese amor todos quedan por sí solos, pero al tiempo quedan juntos. Van juntos, sin obstaculizar al otro. Si esto ocurre, en una situación determinada su obstaculizar sólo es otra manera de ir juntos. De ayuda, pero sin valoración. Sólo existen juntos y el uno para el otro, con amor.

Para qué

Cuando nos encontramos con un dolor inesperado, acaso también cuando nos cae encima algo con peligro de muerte, como por ejemplo una enfermedad, nos preguntamos a menudo: ¿para qué? Es decir que buscamos una relación, algo que le precedió y podría haberlo causado. Al buscar así tenemos la imagen y reconocemos que todo lo que nos encontramos de ese modo está en relación con muchas otras cosas. Nada viene para nosotros solos.

Muchos se preguntan, por eso, cuando se enfrentan con algo así: ¿qué he hecho mal? Buscan una culpa y consideran el daño que los ataca como consecuencia de una culpa. Si lo pueden relacionar con una culpa se sienten aliviados. Como expiación de una culpa les es a menudo más fácil soportar un daño porque se imaginan que pueden pagar la culpa con su dolor y esperan saldarla así.

Pero ninguna culpa se puede saldar, porque con la idea de que tenemos una culpa con la que causamos un dolor y con la idea de que podemos saldar la culpa mediante nuestra expiación, nos comportamos como si fuéramos los señores, y la culpa y la expiación fueran nuestros criados. Es decir que secretamente queremos la culpa y la expiación para sentirnos poderosos. Aunque ciertamente sin amor.

Pero también podríamos preguntarnos: ¿adónde soy conducido por ese dolor? ¿De qué soy apartado ahora y qué se me prepara ahora? Siempre se me prepara un amor diferente y más grande.

En ese amor nos soltamos, tanto de la culpa como de la expiación. En lugar de estrechos nos hacemos anchos. Por eso, en lugar de la pregunta «¿para qué?», que a menudo mira atrás, también la podemos hacer de modo que mire adelante. Entonces, en lugar de «¿para qué?», preguntamos «¿adónde?» Y ya estamos en otro camino, en un camino de amor.

Pero no sabemos adónde. Dependemos de una indicación que sólo puede venir de fuera, de una fuerza que tiene en sus manos nuestra vida con todo lo que forma parte de ella, también nuestra culpa. También en este caso, en lugar

de «¿para qué?» preguntamos «¿adónde?» Y ya nos apartamos de culpa y expiación y vamos hacia el amor. Hacia el amor a muchos que antes no tenían sitio con nosotros, pero que ahora son devueltos y vuelven a ser acogidos. Nosotros somos conducidos a ellos y ellos a nosotros. ¿Para qué? Para que seamos unos iguales a otros, sin culpa, sin expiación, sin mirada atrás, presentes conjuntamente: presentes con amor ante Dios.

La purificación

Puro significa: libre de. ¿Libre de qué? De algo que es menos: menos valioso, menos importante, menos conducente al objetivo. Pero puro aquí significa sobre todo: querer librarse de algo.

Pero muchas cosas mejoran si se les añade algo, si añaden algo. Por ejemplo, cuando el espíritu viene al cuerpo y en cierta medida lo espiritualiza. El cuerpo, ¿es entonces menos o es más? ¿Pierde o gana pureza? ¿Es por eso menos libre o más?

Aquí se contraponen dos movimientos. ¿Qué pasa si nuestro cuerpo quiere estar puro del espíritu? ¿Si nos sentimos predominantemente en nuestro cuerpo y obedecemos de tal manera sus movimientos que consideramos los movimientos del espíritu como un obstáculo y algo que nos molesta? Por ejemplo si apartamos un conocimiento que abre camino para permanecer totalmente con una necesidad de nuestro cuerpo sin tener en cuenta, al mismo tiempo, adónde nos conduce ese conocimiento a nosotros y a otros. Ese modo de purificación y libertad conduce a menos y no a más.

A la inversa, ocurre lo mismo si consideramos al cuerpo como una molestia para un movimiento del espíritu y queremos, de alguna manera, librarnos de él. Por ejemplo a través del ayuno y otras formas de abstinencia, a menudo llamadas mortificación. ¡Que palabra más horrible!

También esa purificación lleva a menos en lugar de a más, y por ambos lados: tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Es decir que si aquí queremos tener, por una parte, más, nos falta algo por otra. Puro aquí significa al mismo tiempo pérdida.

Realmente puro significa para nosotros: todo a la vez. Pero acordado mutuamente, acordado mutuamente con amor. Puro significa aquí: amor para todos y todo a la vez. La pureza es aquí la vida plena y el amor pleno. Esta pureza es plenitud.

LA PACIENCIA

La paciencia espera. Se toma su tiempo. Espera a que algo suceda en el momento adecuado. Porque confía en otros poderes mayores.

Esta paciencia está encarada. Tampoco exige nada. ¿Para qué? Sabe que a su debido tiempo algo ocurre para bien, a menudo como por sí mismo.

Por eso la paciencia es sin preocupación. No necesita acelerar nada. Para ella todo va lo bastante deprisa, todo a su debido tiempo.

Esta paciencia es benefactora. Nadie se siente empujado por ella. Deja crecer nuestras fuerzas hasta que podemos actuar. Pero entonces con fuerza.

Aquí se muestra cuán fuerte es la paciencia, y cuán recogida. Ella es la fuerza reunida, reunida porque tiene tiempo.

¿De dónde saca la paciencia esa fuerza? De su confianza en una fuerza mayor que a su debido tiempo pone en marcha lo decisivo.

Pero sobre todo saca su fuerza del amor, del amor por todo tal como es y viene. Por su paciencia se ejercita en ese amor y gana ese amor.

Esta paciencia está consolada. Sabe que llegará al objetivo. Porque es, si la ejercitamos, como la entrega última. En esa entrega ya está allí aquello a lo que todavía espera.

El espíritu tiene esa paciencia, pues nada se le escapa. Y nosotros tenemos esa paciencia en consonancia con él.

LA MORAL

La moral se proclama. La proclama quien cree guardarla, que también la defiende y la prescribe a otros.

Pero ¿qué es la moral en último término? Es nuestro esfuerzo por formar parte, es decir de someterse al ordenamiento y a los valores de aquel grupo importante para nuestra supervivencia. Sin la pertenencia a ese grupo estaríamos perdidos.

La moral se sostiene por el miedo a perder nuestra pertenencia a ese grupo. Por eso los llamamientos morales sirven de poco mientras tengan poca o ninguna influencia en nuestra pertenencia. La moral procede del grupo al que debemos o queremos pertenecer.

Es decir que todos tienen una moral: sólo que cada uno otra diferente, según el grupo en que hayan nacido y en el que, para sobrevivir, permanecen y se han de someter. La moral sólo quiere lo que es importante para nuestra pertenencia; pero entonces lo quiere todo.

Esta moral no necesita que nadie la predique. Es lo bastante fuerte. Aunque sólo dentro del grupo que nos la exige y al tiempo la impone hasta el extremo.

Por eso tampoco existe una moral general. La moral es una de grupo, que sirve al grupo y a sus miembros, que mantiene unido a ese grupo y asegura a sus miembros la supervivencia por su pertenencia a él.

En esta moral es cuestión de vida y muerte. Donde es cuestión de menos queda vacua y sin seriedad.

Al mismo tiempo, la moral también es enemiga del hombre. Azuza conflictos entre los grupos, sobre todo si un grupo quiere prescribir e imponer su moral a otros grupos. De ahí que muchas guerras sean guerras morales, al servicio de la moral del propio grupo. De ahí que sobre todo la moral separe a los hombres.

En contra de la opinión común de que la moral salva a la humanidad —¿qué moral? Naturalmente la propia— se revela, cuando va más allá de su

función para el propio grupo y se extiende a otros grupos, como el bacilo de la descomposición que impulsa a los pueblos a la guerra para expulsar a otros su moral e intentar someterlos a la propia.

Esta moral se opone sobre todo a la paz. La paz es posible cuando cada grupo sacrifica algo de su moral a la otra.

¿Cómo escapamos de esta moral? A través de otro amor.

AFECTADO

Afectado significa: simulado. A menudo no con mala intención, sino porque las circunstancias lo sugieren o incluso exigen.

A menudo reconocemos como afectada determinada conducta moral. Pero ¿por qué ha de simular alguien? Porque otros, si mostrara realmente lo que vale para él, lo excluirían de su comunidad. Por eso, para protegerse de ellos y de su moral, se adapta a su moral. Aunque hipócritamente. Les da gato por liebre.

La hipocresía es parte de una lucha por el poder en la que a menudo se juega la propia supervivencia. Si alguien simula mal y los demás perciben su hipocresía, se pone en peligro. A muchos judíos españoles les ocurrió así, aunque se bautizaran.

Aquí se muestra cuan inmisericorde puede ser la moral y que sólo la hipocresía nos salva a veces de ella. Por eso afectamos moral frente a la moral de otro grupo. En nuestro propio grupo, al que pertenecemos para nuestra supervivencia, no necesitamos simular. En él estamos seguros.

Si aquellos que nos acusan de hipocresía dependieran de nuestro grupo para su supervivencia pero quisieran sentirse internamente unidos a su propio grupo, deberían simular ante nosotros, para evitar nuestra amenaza, como nosotros ante ellos.

Por lo tanto, la hipocresía es en gran medida fidelidad al grupo propio e intento de protegerse contra los ataques que amenazan de otro grupo con otra moral.

Donde no hay moral tampoco se requiere hipocresía. Donde vamos más allá de los límites de nuestra moral reconociendo, por ejemplo, los otros grupos y su moral como equivalente e igual a la nuestra, se acaba también la hipocresía. Cada cual puede ser como es, como es en su grupo y como ha de ser en su grupo.

¿Cómo superamos esa moral y, con ella, la hipocresía? Por el amor del espíritu.

CONTRA

¿Está el contra delante de nosotros? ¿O está al lado o detrás de nosotros? Desde la imagen general es, delante de nosotros, como algo que nos obstaculiza en nuestro camino, que detiene nuestro impulso adelante. Esta imagen nos seduce a obviar el efecto del contra en una relación más amplia.

Si analizamos el efecto del contra en nosotros, eso nos obliga en primer lugar a comprobar si estamos en el camino correcto. Entonces el contra está a nuestro servicio. Acaso desagradable en el primer momento, pero útil para proseguir.

Otro efecto más del contra es que nos obliga a reunir nuestras fuerzas. Con las fuerzas reunidas podemos calibrar si podemos con el contra. Podemos medirnos con él y experimentar así si cede ante nosotros, o si incluso va con nosotros, o si tenemos que someternos a él.

A veces, si nos hemos medido con el contra y él nos respeta por eso, está detrás de nosotros, pero sin ir con nosotros. Nos apoya estando allí. Del mismo modo estamos también nosotros con respeto detrás de él. Todo eso se desarrolla en el nivel interhumano.

Pero ¿qué ocurre en el nivel el espíritu? ¿Hay también en él un contra? ¿Puede haber en él un contra? Donde todo depende de las fuerzas espirituales que nos portan, todo puede ser en forma conjunta y mutua. No podemos colocarnos contra los movimientos de estas fuerzas, o contra otros movidos al igual que nosotros por ellas, ni pueden estar otros contra nosotros, salvo al servicio de estas fuerzas y así, finalmente para nosotros y contra nosotros.

¿Cómo nos mantenemos en consonancia con estas fuerzas? Si percibimos en todo conflicto en que nos encontramos la obra de las mismas fuerzas creadoras por todos lados, y por eso llevamos adelante en consonancia con ellas tanto en el pro como en el contra, tanto en el conjuntamente como en el enfrentamiento, algo que sirva igualmente a todos.

Pero aún existe un contra muy diferente, que permanece distanciado y oculto a nuestra voluntad y nuestra acción. Actúa más allá de nuestra

cotidianeidad en otro nivel en el que aquello que nos tiene presos aquí parece, en todos los aspectos, provisional y vacío. En nuestro nivel cotidiano nos tiene preso sobre todo nuestro yo y todo lo que referimos a nuestro yo. Por ejemplo nuestros sentimientos de culpa y de inocencia, y de mejor y peor.

En ese otro nivel no cuenta nada de lo que nos separa aquí, tampoco un sentimiento a favor o en contra ni de banal o importante. En él sólo cuenta el movimiento que procede de nuestro fondo primigenio y nos devuelve a él, vacío de todo lo que ha ocurrido mientas tanto. Se disuelve permanentemente en este movimiento. En él todo es ya a favor y presente. Presente con todo, pleno.

¿OYES RETUMBAR Y TEMBLAR, SEÑOR, LO NUEVO?

del soneto XVIII de la primera parte de
los Sonetos a Orfeo de Rainer Maria Rilke

LA FUERZA

La fuerza es la energía que pone algo en movimiento. La cuestión es: ¿de dónde viene esa energía?

La vivimos en nuestro cuerpo como energía corporal. La vivimos también como energía anímica y como energía espiritual. Si bien estas energías están relacionadas, hay que diferenciarlas.

Por ejemplo, todo el tiempo se desarrollan en nuestro cuerpo procesos energéticos sin que los percibamos. Dichos procesos energéticos requieren un aprovisionamiento constante de aire, agua y alimento. A veces también se interrumpen, por ejemplo por una enfermedad o por un accidente, y han de ser mantenidos en funcionamiento o vueltos a ser puestos en funcionamiento mediante medidas especiales.

No sabemos qué es esa energía. Sólo observamos y vivimos su efecto. Al mismo tiempo también podemos apoyarla u obstaculizarla. Podemos influir en ella sin comprender su esencia ni su origen. Su fuerza sigue siendo misteriosa.

El alma tiene una energía propia, diferente. Actúa a través de nuestros sentimientos, y a través de nuestros sentimientos también sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu.

Los sentimientos en sí no son un movimiento. Ponen algo en movimiento. Suministran la energía para un movimiento.

¿De dónde viene esa energía? ¿De dónde toma su fuerza? Toma su energía de nuestras imágenes interiores y exteriores. Según las imágenes que tenemos o que nos hacemos tenemos otros sentimientos y otra fuerza. Vamos entonces a otro movimiento.

¿Dónde está esa energía? ¿Está en el alma? ¿O influye en el alma desde fuera mediante una imagen y, en este contexto, mediante un pensamiento? Pero también el pensamiento provoca en nosotros una imagen. Por ejemplo, una imagen de lo que es deseable y posible. Es decir que el pensamiento y la imagen ponen algo en movimiento, primero en el alma y sus sentimientos, y luego en nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo es el órgano ejecutivo de ese movimiento y de

la energía que hace posible tal movimiento. Por eso hablamos con toda naturalidad de la fuerza de los pensamientos y de la fuerza de nuestras representaciones e imágenes.

¿Tiene también el espíritu una fuerza propia? ¿Tiene una energía propia? ¿De dónde saca nuestro espíritu su energía? ¿Necesita esa energía aprovisionamiento? ¿O nuestro espíritu está siempre en movimiento, independientemente de cómo nos sentimos corporal y anímicamente? Pues nuestro espíritu sigue despierto y en movimiento incluso durante el sueño.

Aquí, sobre todo, hemos de reconocer que este movimiento no puede proceder de nosotros y que obtiene su fuerza y su energía del exterior, también de fuera y más allá de nuestro espíritu.

¿De dónde procede, pues, en último término toda fuerza? ¿Qué la pone en movimiento y qué la hace creativa? Porque toda fuerza provoca algo que antes no existía.

Porque esta fuerza es creativa y con ello se dirige a un fin está portada por una conciencia. Por un lado la porta nuestra conciencia, por ejemplo, por lo que pensamos y sentimos. Al mismo tiempo está portada por otra conciencia en la que en último término se fundamenta.

La fuerza y la energía proceden por lo tanto de un espíritu creador con el que estamos unidos de manera íntima hagamos lo que hagamos y sea lo que sea que nos ocurra.

¿Puede terminarse esta fuerza? ¿Puede terminarse ese espíritu? ¿Podemos terminarnos nosotros? ¿Ha de preocuparnos? Así como esta fuerza actúa ahora desde fuera y nosotros somos movidos por ella, así sigue actuando. ¿Cómo? Creativamente.

ENIGMAS

Los enigmas esperan que los resolvamos. No nos dejan en paz hasta que los hemos resuelto.

Cada tarea especial contiene aún enigmas sin resolver. Sólo sus enigmas nos las hacen interesantes.

El mundo y nuestra vida están llenos de enigmas. Resolvemos muchos en el curso de nuestra vida. Seguimos con vida si los resolvemos paso a paso, si los resolvemos hasta tal punto que nuestra vida pueda continuar.

Muchos enigmas de la vida tienen que ver con nuestras relaciones. Nuestras relaciones nos proponen el mayor número de enigmas. Pero el mayor enigma somos nosotros mismos.

Enigmática es para nosotros nuestra procedencia. ¿De dónde venimos realmente? ¿Qué hubo antes que nosotros, y qué vendrá después de nosotros? No podemos resolver estos enigmas. Tenemos que enfrentarnos a ellos sin comprenderlos. Contienen también un ensalmo. Esto enigmático tiene profundidad.

A menudo no soportamos esos enigmas. Entonces nos hacemos imágenes de ellos. Estas expulsan de ellos el temor. Por ejemplo, la imagen de cielo e infierno. Nos imaginamos que con esas imágenes hemos resuelto algo decisivo para nosotros. Nos aferramos a ellas aún cuando, observadas exactamente, proponen más enigmas que los que resuelven.

¿Cómo vivimos con estos enigmas de un modo que les hagan justicia? Los dejamos como están, nos sometemos a ellos y los soportamos. Sin resolver despliegan su belleza y fuerza propias y siguen misteriosos y grandes. Porque sin resolver escapan a nuestra curiosidad y nos muestran nuestros límites.

Mientras tanto nos ocupamos como entretenimiento de los enigmas pequeños, los crucigramas, por ejemplo, porque estos podemos resolverlos. Pero ¿qué hacemos cuando los hemos resuelto? Los apartamos.

Pero los grandes enigmas nos tienen presos toda una vida y puede que incluso después.

EL PENSAMIENTO

¿Dónde está el pensamiento? Algunos creen que el pensamiento está en la cabeza. Pero nuestro pensamiento es referido. Se orienta por algo que actúa sobre él. Se deja dirigir por ello. Se mide por ello. Comprueba en qué medida coincide con ello y en qué medida difiere. En esta medida se corrige con algo y se somete a ello. Así hace progresos el pensamiento.

Sin referencia no hay pensamiento. Incluso los delirios son referenciales. A veces demuestran ser, al cabo de un rato, los pensamientos más precisos que han reconocido y comunicado algo que hasta entonces no había sido observado ni pensado.

Necesitamos este pensamiento para superar nuestras tareas y problemas diarios... y en la ciencia práctica.

Al lado y antes de este pensamiento hay el pensamiento inmediato. Este es un pensamiento a la espera. Este pensamiento espera hasta que se muestra algo. Es un pensamiento que contesta. Contesta a lo que se muestra con una acción correspondiente.

Es un pensamiento obediente. Se somete a un movimiento del espíritu que lo hinche como procediendo de fuera. Por ejemplo, a través de una inspiración. Es una inspiración que provoca al mismo tiempo acción, que pone en marcha una acción, la acompaña y la lleva a su fin. Forman parte de eso las inspiraciones artísticas y aquellos entendimientos que permiten una acción nueva en las relaciones. Estas últimas inspiraciones forman parte para nosotros de la sabiduría.

También este pensamiento es referencial. Se mide por lo que provoca y es llevado ello a nuevos entendimientos.

Puesto que este pensamiento es uno dependiente, nos preguntamos: ¿qué poder espiritual actúa detrás de este pensamiento? La otra pregunta es: ¿cómo alcanzamos nosotros una consonancia con este pensamiento, una consonancia consciente con él?

Mediante el amor: mediante un amor amplio, un amor abierto, mediante

un amor que asiente a todo tal como es.

Sólo a través del amor alcanza nuestro pensamiento la consonancia con aquello a que se puede referir su acción. Nuestro pensamiento está conducido también en la acción por ese poder espiritual, conducido espiritualmente. Está inspirado inmediatamente por él también en la acción.

SUPERADOS

Somos superados cuando hemos de quedarnos atrás porque pasa a nuestro lado algo más fuerte. Sea lo que sea que ha sido superado de este modo, ha perdido la conexión. Entonces decimos de ello: ha quedado superado. A menudo eso también significa: ya sirve de poco.

Muchos pensamientos están superados. Puede que todavía estén apegados a representaciones familiares, por ejemplo una representación de lo que es bueno o malo, lo que es útil o dañino, sin que las confrontemos con la realidad evidente.

Entre los pensamientos superados hay muchas representaciones, esperanzas y temores religiosos. También se cuentan entre ellos muchos pensamientos científicos en cuanto se oponen a nuevos descubrimientos.

También están superadas muchas costumbres. Las seguimos a pesar de saber que nos dañan. Por ejemplo muchas costumbres alimentarias.

¿Qué hacemos cuando comprendemos que nos han superado y que nos hemos dejado superar? Buscamos la conexión dejando algo atrás, quizás algo querido. Eso nos resulta tanto más fácil cuando comprendemos que lo nuevo y progresivo que nos ha adelantado nos ofrece más, aunque a menudo también exija más.

A la inversa, lo nuevo nos quita mucha carga. Hace más fáciles muchas cosas, y tiene futuro.

¿Queda superada también nuestra vida, por ejemplo, cuando morimos? ¿Queda superada continuando de un modo nuevo, de un modo espiritual?

Ya en esta vida podemos percibir una fuerza espiritual detrás de todo lo visible, que lo pone en movimiento y lo mantiene en movimiento. Esta fuerza espiritual no la podemos equiparar con lo visible, puesto que prevalece sobre lo visible y le antecede. Es una fuerza espiritual. Nada de lo que podemos experimentar o pensar puede superarla. En consonancia con ella superamos todo lo que para nosotros sigue provisionalmente aquí, incluso nuestra vida.

ESPERO

Hagamos lo que hagamos, esperamos el resultado. Emprendamos lo que emprendamos, queramos lo que queramos, cualquiera que sea nuestra ansia y nuestro temor, esperamos que ocurra algo. Nuestra espera está dirigida a lo por venir. También atrae lo por venir, pues nuestra espera causa algo.

Por eso importa cómo esperamos. Por ejemplo si esperamos algo con alegría o con miedo o temor, como un castigo por una culpa.

También esperamos que les ocurra algo a otros, algo bueno o algo malo. A menudo lo esperamos porque se lo deseamos. También en este caso nuestro deseo y espera atrae lo esperado para suerte o desgracia de otros.

Es increíble lo que causa nuestra espera, para nosotros y para otros.

La cuestión es: ¿podemos protegernos contra la espera de otros? ¿Por ejemplo, cuando tememos que nos deseen algún mal?

Si lo tememos también lo esperamos. ¿De qué hemos de protegernos, pues, sobre todo? De nuestras propias expectativas y de las imágenes que nos hacemos de otros y de nosotros. Porque son nuestras imágenes interiores las que determinan qué esperamos.

¿Podemos cambiar estas imágenes? ¿Cómo podemos cambiarlas?

Sobre todo por la imagen de que dependemos de poderes mayores dirigidos a todos con el mismo amor.

¿Podemos, pues, dañar a alguien con imágenes que están contra él? ¿Pueden otros dañarnos con imágenes que están contra nosotros? ¿Qué pueden contra nosotros esas imágenes si seguimos en consonancia con la benevolencia de estas fuerzas para todos?

No obstante vivimos que nuestras imágenes, buenas o malas, tienen un efecto. ¿Cómo se puede aunar esta experiencia con la imagen de que todos estamos conducidos y portados por poderes benevolentes?

Depende del fin, adonde somos conducidos. Pues aprendemos el bien y la benevolencia, aun cuando vivimos lo contrario, en nosotros y en los demás. Lo contrario nos purifica para lo que se impone al final.

Por eso la experiencia de la espera de lo bueno o lo malo y la experiencia del efecto que lo uno y lo otro tienen para nosotros y otros, nos conducen al descubrimiento de que todo tiene su sitio a la vez, es decir que ambas cosas actúan conjuntamente de tal manera que nos llevan más allá de los límites tanto de lo uno como de lo otro.

¿Qué significa eso para nosotros? Al final soltamos tanto lo uno como lo otro, porque ni lo uno ni lo otro contaba.

Tanto la experiencia del bien como la del mal son expresiones del yo, porque sólo con relación a nuestro yo y con relación al efecto que uno y otro tienen para nuestro yo, podemos distinguir el bien del mal. Sin el yo desaparece tanto el uno como el otro. Ambos son provisionales.

¿Qué esperamos, pues, finalmente? Ser conducidos más allá del uno y del otro, más allá de nuestras imágenes, y a ser acogidos y llegar a otra parte del mismo modo con amor. Esta espera se cumplirá con seguridad.

También esta espera actúa. Ya ahora nos vemos a nosotros y a todos los otros, independientes unos de otros y cada uno en su espera respectiva diferente, iguales ante ese final.

RAMIFICADO

Lo que se ramifica se extiende en muchas direcciones. Por ejemplo, un árbol, solo en el exterior, que se puede ramificar en todas las direcciones. De este modo se hace amplio y alcanza toda su extensión y plenitud.

También una empresa con éxito se ramifica en muchas direcciones. Se extiende a su pleno tamaño y a la plenitud que estén a su alcance.

En este sentido hablamos también de una familia muy ramificada, de una influencia ramificada, de relaciones muy ramificadas. Hablamos de efectos muy ramificados, en los que lo mismo se ramifica en relaciones diversas con efectos subsiguientes diferentes.

Donde sea que algo se ramifica así, tiene una raíz común, de donde extrae su fuerza. Sus ramificaciones son la continuación y extensión de un origen creativo común. De ahí que algo sólo pueda ramificarse mientras permanezca unido a su origen y en consonancia con él.

Podemos observar aquí una cosa más. La raíz se renueva a través de sus ramificaciones. Porque sólo aporta frutos y beneficio en sus últimas terminaciones. Sólo allí sigue algo. Por eso la raíz se nutre de sus ramificaciones, como sus ramificaciones de ella. Da y toma a la vez. Por eso tampoco puede haber entre la raíz y sus ramificaciones una oposición o una competencia sin que ambas sufran por ello y se conviertan en menos.

¿Por qué digo todo eso? ¿Dónde está nuestro origen esencial, nuestra raíz esencial, de la que nos nutrimos y que en nuestra representación se ramifica creativamente al infinito? Por mucho que se ramifique ese origen, no puede agotarse. Sigue igual a sí mismo en todas partes, donde quiera que y cuánto se ramifique.

Puesto que está por igual en todo, actúa por igual en todo, ni en uno menos ni en otro más. Por eso, en este caso la presentación y la exigencia: «retorno a las raíces», tal como la oímos a menudo, nos extravía, como si la raíz fuera más plena en otro sitio que en sus ramificaciones. Con este origen, nuestra imagen habitual de la raíz y sus ramas alcanza su límite. Ya por el mero hecho

de que en este caso las ramas toman sin dar.

¿Cómo nos mantenemos unidos, en calidad de ramas, con esta raíz? Abriéndonos a todo movimiento procedente de ella. Dejándonos mover gustosos por ella adonde quiera que nos lleve, sólo rama y nunca raíz. ¿O sí?

¿Se pueden distinguir raíz y rama en este movimiento? Movidos con ella y por ella en todo, ¿no nos hacemos esencialmente unos con ella?

Lo igual

Lo igual une, porque con lo igual ya no hay mejor o peor. Lo igual actúa uniendo porque con ello ya no hay gradiente. Es evidente que el ser superior o inferior se opone a este efecto.

¿Cómo me hago igual? Por ejemplo, si le digo a otro lo que tengo contra él. ¿Qué ocurre en ese momento? Al decirlo, el otro descubre que digo algo contra él tanto como algo sobre mí mismo. De pronto estamos al mismo nivel. En lugar de separados, somos uno. Somos uno por lo igual.

Algo parecido ocurre si le digo a alguien, a quien he hecho daño: «Lo siento». En ese momento siento el mismo dolor que él. Volvemos a ser iguales. En lugar de separados, nos sentimos unidos, a menudo mucho más que antes.

¿Qué pasa si alguien me hace daño? ¿Cómo me haré igual a él? Queriendo hacerle daño también. Puedo, por ejemplo, decirle: «Quiero hacerte tanto daño como tú me lo has hecho a mí». En ese momento me convierto internamente en un delincuente como él. Tal como yo era una víctima, víctima por aquello con que él me ha hecho daño, él se convierte en víctima mía. Y ya volvemos a ser internamente iguales.

¿Seguirá él haciéndome daño? ¿Le haré daño yo? Porque volvemos a ser iguales, estamos libres el uno del otro: libres de estar juntos y libres de seguir nuestros propios caminos.

Iguales en este sentido lo somos entre humanos. Mientras sabemos que somos iguales, iguales en todos los sentidos, seguimos en paz entre nosotros. Cada cual puede ser igual que nosotros y nosotros igual que él.

¿Somos también iguales ante aquellos poderes de los que venimos y a los que vamos? Precisamente ante ellos somos iguales: iguales abajo, amados igual, conducidos igual, iguales de acuerdo. Humildes siendo uno, siendo uno con amor.

DICHO

«Por fin está dicho», decimos a veces cuando un secreto hacía tiempo que quería salir a la luz, pero hemos temido el efecto cuando finalmente se dijera. Por ejemplo, cuando en una familia hay otros hermanos de otra relación que se mantuvo oculta ante los otros, o cuando un hijo se entera de quién es su verdadero padre. Todos suspiran aliviados y todos se sienten mejor. Sobre todo es posible una acción nueva con otra orientación y un nuevo amor mayor.

Pero a menudo es mejor si algo queda sin decir. Por ejemplo, una culpa. En lugar de confesarla, nos la guardamos. Preferimos asumir una carga que cargarla sobre otros para sentirnos mejor. También en este caso decimos a veces: «Por fin lo he dicho». Pero ¿para qué? ¿Ayuda a los otros o me ayuda a mí, sobre todo, el haber aliviado mi mala conciencia? ¿Es posible para mí otra acción más amorosa? ¿Crezco por haberlo dicho? ¿Me convierto por ello en más o en menos? ¿Sigo grande con ello o me empequeñezco?

¿Qué más es mejor que quede sin decir? Si quiero cantarle a uno las cuarenta. Por regla general es mejor no cantarlas. ¿Hace mejor al otro si lo hago? ¿Me hace mejor a mí?

Si me lo reservo, el movimiento, en lugar de ir afuera, va adentro. Pues ¿por qué quiero realmente cantarle las cuarenta a otro? Si lo hago, me siento mejor. ¿Por qué me siento mejor? Cargo sobre otro algo de mí, que me afecta a mí. Pues esa opinión me pertenece a mí, sólo a mí. Es la sombra de mi luz.

A menudo decimos algo sobre otras personas, sin conocerlas, y decimos tanto cosas buenas como malas. También en este caso sería mejor que ambas cosas no fueran dichas. Pues con ambas cosas intervengo en algo que pertenece al otro. No dicho, tanto lo bueno como lo malo queda en mí, sólo en mí. Los otros quedan libres de mí, y yo de ellos.

También sería mejor que quedaran sin decir muchas interpretaciones de un acontecimiento y las interpretaciones de la conducta de otras personas. Con nuestras interpretaciones, ¿hacemos justicia a un acontecimiento o una conducta? ¿Nos hacemos justicia a nosotros?

Se dice, sobre todo, lo que sirve a nuestras relaciones. Decimos a los otros, por ejemplo, qué necesitamos, qué deseamos, y decimos lo que mantiene y profundiza nuestra relación con ellos. Por ejemplo, le decimos a una pareja que la queremos, que nos alegra su presencia, que le agradecemos lo que nos regala. Si ella también nos dice lo mismo a nosotros, le decimos: «Gracias por decirlo». Le agradecemos que también nos haya dicho que nos quiere.

¿Qué pasa si nosotros u otros decimos algo sobre Dios? ¿Podemos hacerlo? ¿Estamos autorizados a hacerlo? Si lo decimos de una manera que se mantenga en consonancia con un movimiento de amor por todo tal como es, también con el amor por nosotros tal como somos, está bien dicho.

Todo lo que sirve al amor está bien dicho. Y es bueno que se diga.

EL MOVIMIENTO

Lo que puede moverse por sí mismo se mueve correctamente. Pues se mueve en consonancia con su entorno.

Un animal siempre se mueve correctamente, como le corresponde. También una planta se mueve correctamente, como le es posible a ella y a su entorno y, por lo tanto, correctamente.

También el morir es un movimiento. Cuando a un animal le ha llegado la hora de morir se mueve en consonancia con su entorno, también en este caso correctamente. Por ejemplo, porque sirve de alimento a otro animal. El morir y este hacer sitio a otra vida es un movimiento correcto. No se topa con ninguna resistencia interna precisamente porque es correcto.

Lo mismo vale para una planta y, claro está, para nosotros como humanos. El movimiento correcto va tanto adelante como hacia su fin. Pues también el fin es en su momento un movimiento correcto.

Todos los movimientos en consonancia son correctos porque, más allá de lo propio, están en consonancia con otros movimientos y tanto dan como toman, principian y terminan en esos movimientos. Con ellos siguen, cuando terminan, otras cosas.

¿Qué pasa entonces con los movimientos del espíritu, de nuestro espíritu? También ellos son correctos. Empiezan y terminan, desembocan en algo que viene después de ellos, terminan en eso y al mismo tiempo continúan.

Pero, más allá de sus propios límites, nuestro espíritu se mueve al mismo tiempo en consonancia con aquel espíritu del que procede y que lo porta. Por esos movimientos se ve a veces arrastrado sin darse cuenta de ellos, pero también en consonancia consciente con ellos.

¿Puede terminar ese movimiento?

UNA CATA

Una cata es, en realidad, una prueba. Se toma una prueba y se prepara para lo pleno.

Con la cata también comprobamos si algo tiene futuro, según como se deguste y acepte.

Pero a menudo una cata es demasiado poco. Por ejemplo, en el amor. Este exige de inmediato lo pleno. También en el trabajo es demasiado poco una cata, al igual que en el éxito. También en este caso sólo vale el todo, lo perfecto.

Tampoco la verdad tolera una cata. Sólo toda la verdad, la que es de aplicación ahora, y su pleno asentimiento a ella, conduce a la acción que le corresponde. Por ejemplo, la verdad de que el amor del espíritu abarca por igual a todos, sin nuestra justicia ni nuestra valoración. Aquí sólo existe todo.

A veces la cata es adecuada. Por ejemplo, un poquito de prudencia. Pero ese poquito preserva el valor. El valor siempre es necesario íntegro.

También en otros casos la cata anula lo propio. Por ejemplo, un poco de fidelidad, un poco de tiempo, un poco de placer y un poco de alegría.

Todo lo esencial nunca viene en forma de cata. Por ejemplo, la comprensión decisiva y el riesgo decisivo y el acto decisivo. En este caso se trata de todo o nada.

Pero a veces es bonito prolongar un poco algo hermoso. A veces también la vida, cuando ya parece terminada, y sobre todo el amor. Con una cata a veces se renueva. Mediante una pequeña señal, por ejemplo.

A menudo nos damos por satisfechos con una cata, cuando no se puede esperar más. Entonces una cata le añade algo a la plenitud.

La última cata posible para nosotros se convierte en todo lo que nos queda. Esta última cata da la perfección.

HAY UNO QUE LOS TOMA A TODOS EN LA MANO

del *primer libro de las imágenes* de Rainer Maria Rilke

EL TEMOR

El temor sigue a una imagen. Es sobre todo temor futuro, el temor de que algo ocurra en el futuro. Así tememos, por ejemplo, que una persona en el futuro nos haga algo malo. O tememos la culpa por una falta. O tememos una catástrofe, sobre todo si incluso está predicha, sin que haya ya indicios de ella.

También tememos una pérdida. Sobre todo la pérdida de nuestra seguridad y la de una persona amada.

Puesto que este temor esta situado en el futuro, ahora todavía no nos podemos enfrentar a él, pues de momento se queda sólo en nuestra imaginación. Pero tomamos medidas de precaución a causa de estas imaginaciones. Por ejemplo, para una jubilación. O aseguramos la casa contra robos. Concluimos seguros para estar asegurados contra pérdidas y tomamos toda clase de medidas de prevención más. Todas ellas atizan el temor en lugar de desterrarlo.

Aún hay que considerar aquí una cosa más. Una fortaleza atrae enemigos. Donde no hay ninguna fortaleza tampoco aparecen los enemigos.

El temor no sólo teme, espera cumplirse. Cuando se cumple, a veces respiramos aliviados. Por fin podemos y debemos hacer algo. Curiosamente, el temor entonces incluso se termina, pues ha perdido su futuro.

Lo contrario del temor, lo que nos lo anula, es la confianza: la confianza en que la vida quiere tratarnos bien y la confianza en que otras personas nos quieren bien si nosotros las queremos bien.

También esto es una imagen, similar a la del temor. Al igual que la imagen del temor, también la de la confianza tiene un efecto. Sólo que otro. Por eso podemos elegir entre estas imágenes y ajustamos a una u otra: a la imagen que genera temor o a la imagen de confianza, a una imagen de desconfianza o a una esperanzada.

¿Qué, pues, hemos de temer sobre todo? Nuestras imágenes de temor. ¿Qué supera las imágenes de temor? Nuestras imágenes de confianza y de amor. Por ejemplo con la frase: «Yo soy como tú, tú eres como yo; te amo a ti

como a mí; tu amor está seguro conmigo: bienvenido».

Si queremos, podemos dudar de esa imagen. Pero también eso es una imagen y tiene su efecto, el efecto que quiere demostrarse veraz.

¿Cómo superamos esa imagen de duda? Igualmente con confianza y amor.

La coacción

La coacción viene de fuera. Coaccionado, pienso y hago algo que me repugna en lo más profundo. No puedo estar en consonancia con lo que pienso y hago bajo coacción. Por eso bajo coacción no pienso realmente lo que pienso. Me adapto por miedo al rechazo o al castigo a otro pensamiento que no procede de mí. Secretamente pienso otra cosa, pero no lo muestro.

Lo mismo vale del actuar bajo coacción. Bajo coacción actúo a contrapelo. A veces impido algo que he de hacer bajo coacción y cometo los errores correspondientes.

La coacción procede a menudo menos de fuera que de dentro. ¿Qué ejerce sobre mí la mayor coacción? El miedo a perder la pertenencia a un grupo importante para mí. Por eso, como coaccionado, lo hago todo para mantener y asegurar mi pertenencia a ese grupo.

Ese temor está interiorizado, y esa coacción también. A menudo tienen poco que ver con la realidad actual. El miedo y la coacción vienen de una imagen interior y esa imagen interior los sostiene y mantiene. Por eso los timoratos temen sobre todo sus imágenes. A menudo estas imágenes se ocultan tras la excusa de ser recuerdos. Pero no hay recuerdos, sólo hay imágenes de ellos.

¿Cómo nos sustraemos a esos temores y las coacciones unidas a ellos? Nos retiramos en todos los aspectos a nosotros mismos y nos quedamos con lo que se muestra en el instante. En cuanto algo del presente nos atemoriza y nos coacciona, comparamos lo que percibimos fuera con esas imágenes. El modo más sencillo de hacerlo es si miramos primero nuestras imágenes interiores y luego a las personas con las que tenemos que ver en el momento. Después nos permitimos otras imágenes de ellos, por ejemplo imágenes benevolentes, y observamos qué cambia en nosotros y en ellos. Al mismo tiempo permanecemos en nosotros. Es decir que no damos a otras personas la oportunidad de hacerse de nosotros una imagen que justifique nuestras imágenes de ellos. Nos mantenemos concentrados en el asunto que se trata en el

momento. Eso también las obliga a ellas a concentrarse en el asunto y, por lo tanto, en sí mismas.

Nos libramos del miedo y de esas coacciones si renunciamos a expectativas que vayan más allá de un asunto común y de lo adecuado y necesario para él. Con eso las obligamos a permanecer también en nuestro asunto común, sin plantearnos expectativas más allá de él o a poner exigencias que afectan nuestro asunto común más que fomentarlo.

De repente estamos libres unos de otros, los otros de nosotros y nosotros de los otros, sin temores ni coacciones. Somos libres de pensar lo que realmente pensamos porque nos lo reservamos para nosotros. Tampoco queremos saber lo que piensan ellos. Así podemos quedarnos con nosotros y ellos consigo. Ni nosotros hemos de tener miedo de ellos, ni ellos de nosotros. Por eso ni nosotros ejercemos una coacción sobre ellos, ni ellos sobre nosotros.

¿Cómo superamos más fácilmente, pues, el temor y la coacción ligada a él? Con pensamientos claros y con pensamientos de amor. Porque los pensamientos de amor son siempre pensamientos claros. Al mismo tiempo dejamos ir. Soltamos a los demás respetando lo propio de ellos, sin intervenir desde nosotros en lo propio de ellos. Al mismo tiempo respetamos lo nuestro propio. Lo retiramos de las expectativas y las exigencias de los demás, y nos libramos así de ellos, libres del temor.

LA ALMOHADA

Decimos de la buena conciencia que es una buena almohada. Si no, nos roe la conciencia y nos roba el sueño.

Tenemos una mala conciencia que nos roe cuando le debemos algo a alguien. Por ejemplo, si otros nos han regalado algo y nos han ayudado sin que se lo hayamos agradecido y sin darles también a ellos algo hermoso y bueno a fin de sentirnos menos deudores suyos.

También tenemos mala conciencia que nos roe y nos roba el sueño si damos la culpa a otros. Entonces queremos que también ellos tengan una mala conciencia que les robe el sueño.

La mejor almohada es el amor que quiere bien a todos, a nosotros y a los otros. En ese amor nos sentimos tanto unidos como guardados y protegidos. Es lo contrario de la suspicacia, que también nos roba la tranquilidad.

Con este amor está unida la tranquilidad del espíritu. Si estamos en consonancia con el amor del espíritu creador se acaba el miedo, también el miedo a nuestra culpa y a la culpa de los demás. Su amor le quita el poder a la culpa. Le quita a nuestra culpa su fuerza, de modo que se va como si nunca hubiera existido.

Sin miedo nos enfrentamos abiertamente a todo humano. Como que no le tenemos miedo, él también supera su miedo a nosotros. Por ejemplo, su miedo al rechazo y su miedo a que pudiéramos condenarlo. Como a ese respecto se sabe seguro de nosotros, se mantiene abierto a nosotros, abierto a nuestro respeto y amor, y libre del temor de que pudiéramos agraviarlo. En nuestra presencia se siente libre y tranquilo, y nosotros en la suya.

Entonces ambos dormimos tranquilos, resguardados con seguridad en otro sitio, resguardados en el amor.

LA PIERNA DE APOYO

La pierna de apoyo es una de nuestras piernas. Es aquella pierna que nos da un apoyo firme mientras la otra pone en marcha un movimiento. Sin la pierna de apoyo no hay movimiento.

Entre las dos piernas hay una jerarquía. Primero viene el apoyo, después el paso.

Es decir que para nosotros importa saber exactamente dónde está nuestra posición y reconocerla como nuestra posición de pie antes de ponernos en movimiento. Entonces nuestra pierna de apoyo participa en el movimiento, pero de tal manera que, dentro del movimiento, al caminar vuelve a ganar apoyo y sólo da el paso siguiente a partir de esta posición recién ganada.

La pierna de apoyo está en la tierra, nos une con la tierra. Nos relaciona permanentemente con la tierra. Por eso la pierna de apoyo nos devuelve cada vez a la tierra. Nos devuelve al suelo si hemos despegado de él.

La pierna de apoyo es aquello en lo que podemos confiar. Por ejemplo, nuestra familia y en primer lugar nuestra madre y nuestro padre.

De nuestra pierna de apoyo forma parte todo lo que hemos aprendido, todo aquello a lo que podemos recurrir si nos vemos ante una tarea nueva. Todo lo que debemos a nuestros maestros, a todos los que nos han enseñado algo, a todos los que fueron un desafío para nosotros, a todos aquellos con los que hemos crecido, a todos aquellos que nos han ayudado de múltiples maneras.

De nuestra pierna de apoyo forman parte nuestras experiencias, sobre todo nuestras experiencias de amor: del amor que nos ha sido regalado y del amor que hemos dado.

De nuestra pierna de apoyo forman parte nuestros logros, nuestros logros solidarios y los éxitos que hemos tenido en nuestra vida.

De nuestra pierna de apoyo también forman parte nuestras experiencias espirituales, la seguridad que hemos alcanzado porque pudimos fiarnos de una conducción que nos portó y que nos guió de una manera que superó

ampliamente nuestras esperanzas y deseos. Con el curso del tiempo, nuestras experiencias con los movimientos del espíritu se han convertido en nuestra pierna de apoyo más segura.

Estamos firmes si permanecemos unidos con gratitud a aquellos que nos han regalado, promocionado y exigido, de modo que estamos firmes, podemos avanzar con seguridad y éxito para llegar a los objetivos posibles e importantes para nosotros, junto con ellos. Porque el modo más seguro de estar y movernos es junto con muchos, junto con ellos en el amor.

La renuncia

¿Qué renuncia nos resulta más difícil? La renuncia a nuestra culpa y a nuestra inocencia.

¿Qué tiene esto de tan difícil? En ambos casos, en la culpa y en la inocencia, vivimos con mayor fuerza nuestro yo. En ambos casos nos sabemos con mayor claridad separados de otros. En ambos casos nos sabemos también separados de manera más decidida de las fuerzas espirituales cuya acción hemos de reconocer detrás de todo lo que se mueve si no se interpusieran nuestra inocencia y culpa.

En ambos casos, en la inocencia y en la culpa, determinamos por nosotros y en otros, si y quien puede seguir vivo y si o quien ha de morir. A través de nuestras representaciones de inocencia y culpa decidimos sobre vida y muerte para nosotros y otros.

No importa si nos decidimos a favor o en contra de la vida o a favor o en contra de la muerte. El sentimiento de superioridad es el mismo en ambos casos. En ambos, la inocencia y la culpa, denunciamos la entrega a las fuerzas mayores y nos oponemos a ellas como superiores a ellas.

Pero si nos sometemos a esas fuerzas, ¿qué pasa con nuestra vida y con nuestra muerte? Si reconocemos que la vida y la muerte dependen igualmente para todas las personas de estas fuerzas, que son asignadas por estas fuerzas a cada uno, independientemente de nuestras representaciones de culpa e inocencia, a su tiempo y con las circunstancias que hacen que ambas ocurran tal como ocurren, nos hacemos iguales a todos los humanos, sea lo que sea lo que se representa y quiere el yo. Aquí terminan nuestras expectativas y nuestros deseos y temores, pues también estos están referidos al yo.

¿Qué nos resta, pues? Todo, indiferenciado, porque no estamos separados de nadie y de nada. Sobre todo somos movidos y portados aquí con todos los humanos por fuerzas que, más allá del bien y el mal, lo mueven todo tal como se mueve, y por eso encaradas igualmente a todo. ¿Cómo? Exactamente tal como es y cualquiera que sea su destino. Ni bueno ni malo, ni grande ni

pequeño, ni elegido ni desechado, más allá de su yo, de la vida y de la muerte.

DEMASIADO

¿Qué nos es demasiado? Nos es demasiado lo que supera nuestras fuerzas. A menudo también es demasiado algo que esperamos. Entonces resulta demasiado para otros. Así que es demasiado lo que supera determinada medida.

Esta medida queda determinada por las circunstancias; por las circunstancias de tiempo y lugar, y por las posibilidades que nos ofrece el momento.

Pero también es demasiado lo que queda por debajo de esta medida. Es demasiado en la otra dirección. Es decir que si reducimos nuestras expectativas por debajo de la medida correspondiente también es demasiado.

Es decir que es demasiado todo lo que se aparte de la recta medida. Entonces es demasiado tanto para nosotros como para otros.

El demasiado nos hace esclavos a nosotros y a otros. Con la recta medida todo está equilibrado, sin exigencias adicionales, sin condiciones adicionales, sin querer o deber adicionales.

La recta medida es también la medida del amor. Exige por una parte una renuncia, por otra crea un margen dentro del cual cada cual puede moverse según lo que le convenga. A cada uno le quedan ganas y placer suficiente en lo que hace o no. A cada cual le queda margen suficiente para lo nuevo.

Para algunos también la vida es demasiado. Se hartan. A algunos incluso les resulta demasiado la vida de otros, y su felicidad.

Demasiado nos resulta lo que echamos de menos en nosotros. Echamos de menos lo que no tenemos, porque lo que tenemos no hay por qué echarlo de menos. Estamos seguros.

La cuestión es: ¿nos es suficiente lo que tenemos? Suficiente no es demasiado ni demasiado poco. Suficiente es sobre todo la vida y la felicidad que nos son regaladas.

BASTA

De muchas cosas nunca tenemos bastante. Por ejemplo, de comprensiones nuevas y de fuerza suficiente. Tampoco tenemos nunca bastante de aprender. El aprendizaje nuevo nos mantiene en vida y la lleva a su plenitud.

De otras cosas tenemos pronto bastante. Por ejemplo, de una tarea. También el trabajo nos basta al cabo de cierto tiempo. Hemos de recuperarnos de él.

Bastante significa a menudo: hasta aquí y no más. Basta significa entonces: aquí se ha alcanzado límite que no pasaré.

Cuando basta, respiramos aliviados. Aquí termina una cosa y se prepara algo nuevo. Por eso a menudo esperamos a que algo baste, como por ejemplo la preparación para un nuevo paso decisivo, para un nuevo capítulo de la vida, hasta haber aprobado un examen que nos permite cosas nuevas.

Tenemos bastante de todo lo que es demasiado. Así se dice, por ejemplo: nada es más difícil de soportar que una serie de días buenos. Ansiamos de nuevo lo habitual, la medida habitual. Todo lo que se aparta de ella nos resulta fácilmente demasiado, incluso la felicidad.

También de la desgracia tenemos pronto bastante. Entonces decimos: ya vale. Porque tenemos bastante de ella reunimos nuevas fuerzas para apartarla.

Bastante tenemos sobre todo de lo provisional. Queremos más. Queremos lo permanente, lo que dura. Porque dura, nunca tenemos bastante.

SATISFECHO

Satisfecho significa: estoy en paz con lo que tengo; estoy en paz con lo que me acontece; estoy en paz con lo que soy y cómo soy.

Satisfecho también significa: estoy en paz con otras personas tal como son; estoy en paz con mi entorno y en paz con el mundo tal como es.

Pero sobre todo estoy en paz con la vida tal como me ha sido regalada y en paz con lo que me reclama. Y estoy en paz con lo que me traerá.

Satisfecho de este modo estoy recogido, recogido en mí y recogido en todo tal como es. Satisfecho de este modo estoy en mi fuerza, y tengo fuerza para estar en paz con todo.

Satisfecho tengo pocas exigencias. ¿Para qué, si lo tengo todo? Sólo necesito mirarlo y disfrutarlo. ¿Qué más quiero?

Satisfecho tengo pocas expectativas de los otros, sólo de lo que sirve al diálogo cotidiano y a la felicidad cotidiana. Por eso los demás se sienten seguros conmigo, seguros con su propia felicidad y con lo que tienen.

Porque estoy satisfecho no necesito pelear con nadie. Por mí puede quedarse con lo que tiene y puede seguir siendo como es.

¿Qué significa finalmente estar satisfecho? Amo a todos tal como son. Amo la creación tal como es. Y me amo tal como soy.

Este amor está en consonancia con el origen de todo tal como es. Este amor es paz con Dios.

PEQUEÑECES

A veces decimos: «El diablo está en el detalle». Pero el detalle no es una pequeñez. Puede ser pequeño, pero a menudo lo decisivo depende de él.

Pequeñeces son lo que fácilmente podríamos quitar de en medio si les diéramos la importancia que realmente tienen, especialmente en nuestras relaciones. La mayor parte de discusiones en las relaciones surgen de pequeñeces que no merecen la pena.

¿Qué hace tan grandes esas pequeñeces? Nuestro yo. Nuestro yo les da una significación por la que se siente amenazado.

¿Cómo conseguimos mantener pequeñas las pequeñeces? Les quitamos nuestro yo y ganamos en otra referencia aquella seguridad que ansiamos en lo más profundo. Dicha seguridad procede de algo grande, de algo espiritual. Nuestro yo reconoce que esto grande está encarado por igual a todo, también a aquello por lo que se siente amenazado y a cuya merced se siente entregado.

La discusión por pequeñeces en una relación sirve para asegurar los propios límites, para la delimitación frente a alguien y frente a una cosa. Carece de importancia con qué situación se enciende este conflicto. Por eso también las pequeñeces alcanzan significación en él.

El otro camino sería traspasar conjuntamente estos límites, hacia otro nivel y en relación con una fuerza que nos porta a todos por igual. Ante su movimiento desaparecen nuestros límites porque arrastra a cada uno de nosotros de una manera propia en su movimiento y, no obstante, a todos en común con todos.

Aquí todo es igualmente grande y pequeño, nosotros y los otros. Sobre todo somos aquí igualmente amados y estamos igualmente seguros.

INDIVIDUAL

Individualmente nos sentimos separados.

Individualmente también nos sentimos diferentes que los demás. Nos sentimos aceptados o rechazados, pertenecientes o excluidos. Pero en cualquier caso nos sentimos propios y, en este sentido, diferentes a ellos.

Ya por nuestro cuerpo con sus límites claros nos sabemos individuales, inconfundibles y diferentes.

¿Qué pasa entonces con nuestros sentimientos? ¿Son también individuales? ¿O podemos fundirnos con otros a través de ellos? ¿Por ejemplo, en el amor? ¿O en un entusiasmo común y una ira común?

Aquí nos perdemos a veces en otros. Perdemos nuestros propios límites y nos escapamos de ese modo de nosotros mismos. Después volvemos en nosotros y nos sentimos aliviados de volver a ser individuales.

Otra cosa es si nos enfrentamos al otro individualmente. Por ejemplo, en el respeto a los límites mutuos, y si los superamos de una manera en que ambos, aunque se establezcan en relación, pueden seguir siendo individualmente. Porque a veces necesitamos también en una relación la tranquilidad mutua para reunir nuevas fuerzas que convienen a la relación.

¿Somos también individualmente ante Dios, sea lo que sea que se nos mantenga enigmático detrás de esta palabra? Sólo mientras lo consideremos como frente a nosotros, de manera similar a una relación humana de tú a tú. ¿Podemos vivirnos separados de él de una manera que nosotros seamos individualmente ante él y también él para nosotros? ¿O en nuestra entrega a él nuestro yo se disuelve en él de tal manera que estamos en él y él en nosotros, y por eso ya indistinguible de nosotros?

Aquí somos de repente enteros, enteros más allá de nuestro yo y nuestros límites, enteros porque conjuntamente con todos nos vivimos plenos en Dios y con eso más que enteros. Enteros porque somos uno en él, con él y con todo lo demás.

LA DISTANCIA

Para ganar distancia nos apartamos un poco de alguien o algo. Creamos así un espacio intermedio. Desde la distancia percibimos mejor al otro o a lo otro.

¿Qué hacemos cuando desde esa distancia hemos percibido de otra manera al otro o a lo otro? ¿Mantenemos la distancia? ¿O empieza de repente otro movimiento? ¿Un movimiento de nosotros hacia ellos y de ellos hacia nosotros? Lo realmente percibido se mueve acercándose mutuamente. ¿Por qué? Porque sólo lo percibido con amor ha sido percibido realmente. De ahí que ello pueda superar sin esfuerzo la distancia. Aunque con respeto.

La mayor distancia existe, creen muchos, entre nosotros y Dios, entre nosotros y ese espíritu creador del que todo tiene su existencia. Pero si todo tiene su existencia de él, ¿cómo puede estar separado de él? ¿Puede haber una relación diferente, más íntima que entre él y nosotros? ¿Cómo puede haber una distancia entre aquello que por él tiene su existencia? ¿No está todo unido con él del modo más íntimo, sino también entre sí?

¿De dónde procede, pues, para nosotros la distancia que a veces buscamos y necesitamos? ¿Qué nos separa mutuamente, a pesar de ser iguales ante este poder creador, igualmente queridos por él tal como somos?

Procede de creer que tenemos que afirmarnos frente a otros, como si estuvieran o pudieran estar contra nosotros. Pero ¿cómo pueden estar contra nosotros, y cómo podemos nosotros estar contra ellos, sin estar al mismo tiempo contra esta fuerza creadora de la que tenemos igualmente nuestra existencia y a cuyo servicio estamos?

¿Cómo superamos, pues, esa distancia? En la entrega a los movimientos del espíritu que nos mueve por igual, que nos mueve con amor. Porque lo separador que nos hace buscar la distancia es, en último término, nuestro yo. Es el miedo, como si pudiéramos disolvernos, como si nuestro yo pudiera disolverse.

¿Qué se disuelve realmente? Es nuestro yo. Si se disuelve nuestro yo, se disuelve la distancia entre nosotros y ese movimiento creador, y con ello todo lo

que actúa en contra del amor entre nosotros y este movimiento creador que nos porta en común. En ese movimiento creador todo es común y nosotros con todos los demás. En la entrega a ese movimiento todos somos uno con él y con todo. Con un amor sin yo y sin distancia, porque esos límites de nuestro yo sólo eran pensados y, con el yo, también caen para nosotros, caen para siempre.

ILIMITADO

¿Por qué nos ponemos límites? ¿Quién o qué nos pone límites? Nosotros nos ponemos estos límites porque le tenemos miedo a lo que nos espera más allá de ellos. Al ponernos estos límites nos protegemos de la vastedad que actúa más allá de ellos. No nos sentimos a la altura de esa vastedad.

¿Qué, pues, pone en nosotros estos límites? Nuestro yo pone estos límites, pues sólo dentro de estos límites puede existir. Sólo dentro de estos límites se siente seguro. Sólo dentro de estos límites se mantiene poderoso y fuerte.

Otra cosa es si el movimiento del espíritu que todo lo crea nos arrastra. Para él no hay límites, y en ese movimiento tampoco los hay para nosotros. Pero ciertamente sólo si en este movimiento el yo puede quedar atrás, limitado y seguro, mientras el movimiento del espíritu nos lleva a algo ilimitado, simplemente así, sin preocuparse por nuestros límites ni por los temores de nuestro yo. Para los movimientos del espíritu siempre sólo existe todo, ilimitadamente todo.

¿Cómo nos comportamos, pues, cuando creemos haber llegado a nuestros límites? Los ponemos a la luz del espíritu, a la luz de su movimiento. Al mismo tiempo, en la entrega a los movimientos de ese espíritu superamos estos límites, dejando atrás todos los temores. Nos llevamos los temores de nuestro yo a esa entrega más allá de los límites a la vastedad, y experimentamos, sin el yo, el todo en nosotros.

¿Qué nos permite ese movimiento? Si vivimos todo lo demás como ilimitado, si también sus límites desaparecen para nosotros, si somos llevados con todo por igual por ese movimiento ilimitado al amor del espíritu. Aquí desaparecen todos los límites, pues aquí termina el yo.

CENTRAL

El significado de central es el siguiente: algo es el medio de mucho, como el cubo de la rueda. Algo gira alrededor de este medio y es llevado por él en su dirección y en su movimiento. Todo lo demás que también forma parte se mueve en su periferia.

Por eso hablamos de un asunto central, de una cuestión central y de una decisión central. Hablamos de una comprensión central, pero también de un malentendido central. Y hablamos de un acontecimiento central. Entre estos acontecimientos centrales se cuenta para nosotros, en primer lugar, nuestro nacimiento y más tarde la boda, el inicio de una relación de por vida, incluso si a veces dura menos.

También es un acontecimiento central la salvación de un peligro de muerte, de modo que gracias a él, nos es regalada de nuevo la vida.

Central es lo que relaciona a muchos. Central es algo donde se reúnen muchos hilos. Por ejemplo, una entidad oficial, el consejo ejecutivo de una organización y, por supuesto, el gobierno de un país. Entonces hablamos también de autoridades centrales.

Tenemos igualmente sentimientos centrales. Por ejemplo el amor y el odio, y sobre todo el miedo.

El miedo moviliza las fuerzas más poderosas. Por eso los que pueden dar más miedo tienen la mayor influencia y ejercen el poder de mayor alcance. Quien atiza el miedo también atiza la guerra de muchas maneras en muchos campos.

Central para nuestra vida y para nuestra felicidad será, pues, lo que nos quite el miedo, lo que nos ayude a superarlo y dejarlo atrás.

El miedo central es el miedo a la muerte. Este miedo viene de nuestro instinto de supervivencia. Para desterrarlo lo hacemos todo para asegurar nuestra supervivencia. En esta medida, el miedo sirve a la vida.

En el caso de este miedo es central para nosotros nuestra propia vida. Otra cosa es si con nuestra vida también amamos la vida de otros donde quiera que

se muestre.

Desde algo central para nosotros nos movemos entonces a la vastedad, a la plenitud de la vida, sin centro y sin periferia. En esta vastedad termina la delimitación y, con ella, también el miedo. En la plenitud termina también el yo y lo referido al yo. Aquí dejamos ir sin centro y nos extendemos con amor.

SIEMPRE HAY QUE VER

de *la cuarta Elegía de Duino* de Rainer Maria Rilke

MENOS

A veces, menos es más. ¿Cómo es eso? Porque a través de nuestro propio menos hacemos posible a otros un más en lo suyo propio. Con eso nos los ganamos, y otros ganan un más por la aportación que hacen.

Por eso, a menudo nuestra contención fomenta más que si nos pusiéramos en primer plano para una empresa común.

¿Qué hay que considerar aquí especialmente? Cada uno es conducido de otra manera, sobre todo si ha aprendido a ponerse en consonancia con un movimiento encarado a todos del mismo modo y que deja servir a todo aquel que se deja conducir y portar por él de un modo particular a un todo común.

Si nos contenemos de este modo y nos hacemos menos, el todo, por la conducción y disposición en cada caso diferente del espíritu creador que nos supera, queda relacionado con él de un modo amplio y puesto a su servicio.

Menos significa, por lo tanto, que nos entregamos a este movimiento a su modo, que lo arrastra todo a su servicio, a lo que nos lleva a nosotros y a otros. Con eso nos incluimos en un movimiento que nos supera en mucho y nos vemos reducidos a la vez a nuestros límites.

En la entrega a ese movimiento nos convertimos externamente en menos, pero hacia dentro nos convertimos en algo incomparablemente mayor. ¿Por qué? Porque el espíritu asume el mando, él solo.

Sucedáneo

El sucedáneo es menos porque está en el lugar de algo original. Lo original parece más valioso y también es al mismo tiempo menos accesible. El sucedáneo es la alternativa para algo que se ha hecho escaso.

El sucedáneo tiene mayor anchura de banda que lo original, pues está disponible más fácilmente y, no obstante, a menudo rinde lo mismo que parecía reservado sólo a lo original.

El sucedáneo desvaloriza en cierta medida lo original. A menudo basta en lugar del original, se pone en su lugar y resulta ser igualmente bueno. Con frecuencia también es bastante más barato.

El sucedáneo a menudo adopta el papel del original. El sucedáneo, en cierta manera, lo hace superfluo, aunque como sucedáneo permanezca unido al original y derive su valor de él.

El sucedáneo gana significación porque remite al original sin serlo. Sustituye el original de buena manera si a la vez lo respeta. Sabe que sigue siendo un sucedáneo por el original.

No obstante, ocupa el lugar del original porque éste sólo está limitadamente disponible. Sólo a través de su sucedáneo alcanza el original a muchos que, sin este sucedáneo, no tendrían acceso a, ni relación con él.

Es decir que el sucedáneo está al servicio del original y permite que éste siga actuando. No siempre de la misma manera, pero, no obstante, a su servicio.

¿Cómo mira lo original a su sucedáneo? Lo bendice.

PERFECTO

Perfecto es provisional. Pues también lo perfecto se mueve, aún está lejos de estar terminado.

Algo es perfecto cuando sirve de tal manera a una cosa que ésta se logra. Lo que se logra así también es perfecto.

Lo nuevo que se muestra en ello y que reclama otra cosa, precisamente algo nuevo, deja de lado lo hasta entonces perfecto. Por eso lo hasta entonces perfecto pronto resulta obsoleto. Lo anterior, por perfecto que nos pareciera, al cabo de un tiempo queda por detrás de los requisitos de lo nuevo. Aunque fuera importante, en vistas a lo nuevo, está necesitado de ampliación y es, por eso, imperfecto.

Lo perfecto se entrega a ese otro movimiento que, por una parte reconoce lo anterior, pero que por la otra trae algo nuevo. Con eso se lleva consigo lo hasta entonces perfecto de una manera que, a pesar de respetarlo, al mismo tiempo lo lleva adelante y con ello lo deja seguir existiendo: perfecto para un tiempo, actuando todavía en muchos aspectos, pero al mismo tiempo guardado en lo nuevo, perfectamente guardado.

La compasión

Si siento compasión por alguien, sufro con él. Su sufrimiento me conmueve de tal manera que yo también sufro con él. Esta compasión es amor, amor al prójimo. Mi compasión hace más leve el sufrimiento del otro. No sufre solo.

¿Qué me ocurre si sufro con él de ese modo humano? También yo me hago más humano. Sé que también a mí me puede tocar un sufrimiento así, que también a mí me aliviaría mi sufrimiento si otros sufrieran de ese modo conmigo y me mostraran su amor humano.

Otra cosa es si lamento el sufrimiento del otro, en lugar de sufrir humanamente con él. Mi lamento hace su sufrimiento más pesado. Con mi lamento también lo dejo solo. Con mi lamento me cierro más bien ante su sufrimiento en lugar de compartirlo con él. Mi lamento también lo empequeñece, como si con su sufrimiento fuera menos humano y, por eso, lamentable.

Pero todavía es peor si su sufrimiento nos parece mal, como si algo no estuviera en orden. En ese instante nos negamos a ver su sufrimiento en relación con un movimiento espiritual que lo arrastra a través de su sufrimiento hacia algo que lo perfecciona.

A veces se oculta tras el lamento y la compasión un reproche a ese poder espiritual que todo lo rige. Entonces decimos, por ejemplo: ¡Cómo pudo Dios permitir esto! Al mismo tiempo tememos que también a nosotros pueda tocarnos un sufrimiento así y también nos sintamos abandonados o castigados por Dios.

Aún existe otra compasión. Porque no soportamos el sufrimiento de una persona queremos hacer algo, a menudo sin verdadero sentimiento. Por ejemplo, consolándolo sin sufrir realmente con él. O nos ajetreamos e intentamos cualquier cosa para ayudarle, a pesar de tener que admitir, si somos honrados, que nos faltan las fuerzas y los conocimientos para ello. Por ese modo de pretender ayudarle nos protegemos sobre todo de la verdadera compasión, de sufrir realmente con él.

Este con-padecer se muestra en que nos quedamos con él, acaso sólo callados a su lado. Estamos con él y para él. Tomamos en serio su sufrimiento. Lo tomamos en serio también para nosotros.

Este con-padecer nos une con las fuerzas mayores. En consonancia con ellas sabemos a veces qué convendría hacer para ayudar realmente. Nuestra con-pasión en consonancia con estas fuerzas mayores nos permite encontrar caminos y recorrerlos con el sufriente, que le den esperanzas. Entonces él crece por encima de este sufrimiento y puede afrontarlo de una manera que lo haga más soportable y acaso también lo vuelva mejor.

Esta compasión es compasión activa, compasión con amor, que puede conllevar también lo último a lo que conduce.

Hay un dicho al respecto que me ha acompañado toda la vida: quien no ha sufrido nada, ¿qué sabe? Este dicho vale también para la compasión. Nos hace más sapientes.

MI CUERPO

Vivo mi cuerpo como si estuviera frente a mí. Sólo por eso puedo decir: mi cuerpo. Lo vivo frente a mí como otra persona, como un tú. Lo vivo como un tú al que puedo querer bien y que manejo amorosamente. Pero también lo vivo como un tú al que descuido, cuyos deseos y necesidades desdeño y al que incluso daño.

Este comportamiento es raro, puesto que mi cuerpo siempre está disponible para mí, día y noche. Siempre está en un movimiento que me mantiene vivo, siempre está preocupado por mi bienestar.

¿Quién más se ha mostrado preocupado por mí de una manera semejante? ¿Quién estaba siempre disponible para mí cuando, para vivir y sobrevivir, estaba en peligro y necesitaba ayuda? Mi madre.

En nuestra alma, en nuestra disposición y en nuestro comportamiento respecto de nuestro cuerpo se refleja nuestra disposición y nuestro comportamiento respecto de nuestra madre. Si tomamos de ella lo que nos ha dado y regalado a lo largo de tantos años, también tomamos con amor de nuestro cuerpo lo que nos da y regala. Si disfrutamos de nuestra madre tal como es, también disfrutamos de nuestro cuerpo tal como es. Si frente a nuestra madre estamos agradecidos por todo lo que nos ha dado, y si nos gusta mostrar cuán agradecidos estamos, de modo que nos gusta cuidarla cuando, en la vejez, necesita nuestra ayuda, y si nos gusta ayudarla cuando está en estado de necesidad, también hacemos lo mismo con nuestro cuerpo.

A la inversa, si rechazamos a nuestra madre, también rechazamos nuestro cuerpo. Si la hemos abandonado cuando necesitaba nuestro apoyo, hacemos lo mismo con nuestro cuerpo. Si la hemos descuidado o desdeñado, lo hacemos también con nuestro cuerpo.

Es decir: tal como nos comportamos con nuestra madre nos comportamos también con nuestro cuerpo. Tal como es nuestra disposición respecto de nuestro cuerpo es también nuestra disposición respecto de nuestra madre.

¿Cómo está mejor nuestro cuerpo? ¿Cómo recibe nuestra plena dedicación

y amor? Cuando nuestra madre puede experimentar de nosotros aquel amor al que tiene derecho y que espera. Tal como está nuestra madre cuando ocupa en nuestro corazón el lugar que le corresponde, durante toda nuestra vida, así está también nuestro cuerpo.

Entonces le decimos tanto a nuestro cuerpo como a nuestra madre: tú estás disponible para mí, y yo para ti.

BIENESTAR

El bienestar tiene algo que ver con el orden y con la consonancia. Orden significa que todo está en su sitio, que todo funciona de una manera que interactúa con muchas cosas, colabora ordenadamente, todo de manera particular y en consonancia con todo lo demás.

El bienestar corporal es el resultado de la interacción de todos los movimientos que mantienen nuestro cuerpo con vida.

De modo similar nos sentimos bien en un grupo en el que muchos, cada uno a la manera que le es propia, colaboran en el bienestar de todos. Colaborar significa aquí, en primer lugar: dar y tomar mutuamente tal como los individuos lo necesitan y pueden. También aquí tiene un papel el orden. Cada cual ocupa en el grupo el lugar que le corresponde.

En una familia, por ejemplo, los padres siguen siendo los padres y los hijos siguen siendo los hijos. Entre los hijos, el mayor sigue siendo el mayor y el segundo, el segundo. En la familia son sobre todo los padres los que dan y los hijos los que toman. Cada uno da y toma con amor, como le corresponde. Entonces todos se sienten en su lugar y se sienten bien en este lugar.

En cuanto alguien se aparta de su sitio, por ejemplo si se permite algo que en su sitio no le corresponde, se trastorna el orden y con él el bienestar de todos. Sólo si todos se pueden sentir bien, se sienten bien también los individuos.

También existe un bienestar interior. Más allá del bienestar corporal nos sentimos bien en nuestra alma. También en este caso el bienestar depende del orden y de la consonancia. Por ejemplo, de pensamientos ordenados y sentimientos ordenados.

¿Qué serían en este caso los pensamientos ordenados, en contraposición a los desordenados, y los sentimientos ordenados en contraposición a los desordenados? Los pensamientos y sentimientos ordenados son ante todo pensamientos y sentimientos de respeto y amor. En cuanto nos desviamos del respeto y del amor, por ejemplo si nos elevamos por encima de alguien o nos damos o damos a alguien la culpa, nuestro bienestar disminuye, y el bienestar

de los que perciben en nosotros tales pensamientos y sentimientos disminuye también.

Pensamientos y sentimientos desordenados son, por ejemplo, las preocupaciones que tenemos por nosotros u otros. Las preocupaciones son pensamientos y sentimientos de miedo. Nos atenazan y obstaculizan nuestro bienestar y el de aquellos por los que nos preocupamos.

Estas preocupaciones y temores están relacionados con imágenes interiores. Muchas de ellas están asentadas en el pasado. En lugar de que algo pueda ser pasado, nuestras imágenes le dan nueva vida. Limitan nuestro bienestar. Ponemos orden en el pasado cuando dejamos que sea pasado, realmente pasado.

De modo parecido dejamos que el futuro sea futuro, sin preocuparnos por él. Puede venir como quiera. De inmediato nos sentimos bien en nuestra alma y en nuestro cuerpo.

Existe también un bienestar espiritual. Va más allá del bienestar corporal y anímico y actúa al mismo tiempo sobre ambos.

El bienestar espiritual procede de la consonancia con fuerzas espirituales y con el poder espiritual que actúa en todo por igual, porque todo obtiene su existencia de él y porque estamos encarados a este poder espiritual, tal como él también está encarado a todo, que sólo puede existir tal como él lo quiere y ama. Si estamos encarados a todo tal como es en consonancia con este poder espiritual, estamos relacionados con todo tal como es, relacionados con amor. Nada se opone ya a nuestro bienestar, porque bienestar significa en último término saberse relacionado, saberse relacionado en todos los aspectos, saberse relacionado en pleno intercambio, con amor.

INGRESOS

A los ingresos les precede algo: un esfuerzo que ha aportado ingresos para nosotros y para otros. Por eso son, por una parte, ingresos propios de un esfuerzo propio. Por otra parte son ingresos que proceden de otros, que nos dejan participar de ellos.

Estos ingresos nos vienen bien. También los necesitamos, porque sin ingresos no podemos sobrevivir. Son comparables a los alimentos que tenemos que ingerir para estar lo suficientemente saciados como para seguir viviendo.

En este sentido hay ingresos necesarios e ingresos adicionales. A veces también hay ingresos superfluos. Según como los buscamos, los aferramos y dejamos a otros participar en ellos. O nos los jugamos.

Es decir que los ingresos se ganan, se heredan y se regalan. A veces también se retienen. Entonces tenemos que reclamarlos, incluso con fuerza. Ocasionalmente también nos tomamos lo que equitativamente nos corresponde, sin pedirlo. Los compañeros lo hacen a veces, cuando el otro les niega o retiene algo.

Estos ingresos se mueven en el ámbito del dar y el tomar. Sirven para el intercambio en nuestras relaciones.

Aparte de eso recibimos algo que excede en mucho esos ingresos, sean del tipo que sean. Entre estos ingresos se cuenta en primer lugar nuestra vida. Nada le ha precedido de nuestra parte. No podíamos ganarla. Tampoco nos pertenece. Por eso nadie puede tomarla ni exigirla por nuestra cuenta. ¿Cómo podría decirnos alguien: «Me debes tu vida; dámela como un ingreso mío»?

No obstante encontramos estas situaciones en muchas familias, y mutuas. Por una parte, una madre le dice a su hijo: «Dame tu vida». Por ejemplo si entrega al niño en adopción o lo aborta. Por otra parte el hijo le dice en su sentimiento más profundo: «Te la doy por amor a ti».

En este caso, tanto los ingresos como los gastos contravienen el orden. Nadie puede disponer de su vida ni de la de otros.

La vida es nuestro mayor ingreso. La tomamos como nuestro mayor

ingreso y la gastamos con amor a nosotros y otros, con veneración por aquel poder que nos la ha dado. Tomamos este ingreso agradecidos haciendo con ella algo que también sea un ingreso para otros, que sirva a su vida.

OLVIDAR

Si hemos olvidado algo que queríamos llevarnos de viaje, damos la vuelta, si todavía hay tiempo, para buscarlo y llevarlo. Cuando otro va de viaje preguntamos a menudo: «¿Lo llevas todo, no has olvidado nada?».

Si alguien ha olvidado en nuestra casa algo que necesita, corremos tras él para que pueda llevárselo, o lo empaquetamos y se lo enviamos.

Si hemos olvidado algo en casa de alguien, eso a veces significa que nos gustaría volver. También otros que han olvidado algo en nuestra casa muestran con ello que quieren volver, evidentemente para algo más que sólo para recoger lo olvidado.

Otra cosa es cuando se olvida a alguien. Por ejemplo, a un niño. Otros vienen en su ayuda y lo devuelven a sus padres. Ser olvidado da miedo. A menudo no sabemos adónde hemos de dirigirnos para volver a encontrar la conexión.

A menudo olvidamos algo que otro espera. Así nos olvidamos a veces de felicitar a alguien. U olvidamos una cita.

A menudo es oportuno que olvidemos algo. Por ejemplo, algo que nos ha enfadado. O algo de lo que deseamos que hubiera sido de otro modo. En lugar de mirar atrás, dejamos que sea pasado y miramos, despreocupados, adelante. Este olvido nos hace libres para lo nuevo.

¿Qué es lo que más nos cuesta olvidar? Nuestros juicios. Porque siempre que juzgamos algo, sobre todo si lo hacemos con rechazo o desdén, nos juzgamos al mismo tiempo a nosotros mismos. Pues entonces tampoco en nosotros algo puede ser tal como es.

Si juzgamos de ese modo, significa al mismo tiempo que con esto también juzgamos a Dios, sea lo que sea lo que se oculta tras esta palabra e imagen. Pues con nuestro juicio de rechazo decimos que aquello que rechazamos y condenamos de ese modo no procede también de él, o que él debería haberlo movido o puesto en marcha de otro modo a como se nos muestra.

Si olvidamos nuestros juicios, para nosotros todo puede ser tal como es y

nosotros podemos ser como somos. De repente todo es vivido por nosotros en un movimiento que prosigue necesariamente en un movimiento todavía imperfecto, pues, si no, no podría continuar.

Mediante el olvido de nuestros juicios permanecemos en consonancia con ese movimiento, sobre todo porque en él también nos olvidamos a nosotros mismos. Olvidados de nosotros mismos estamos entregados a este movimiento adonde quiera que nos conduzca. Tan olvidados de nosotros mismos, estamos finalmente presentes, totalmente presentes en él.

Del olvido también forma parte que nosotros seamos olvidados. Sólo así nos hacemos totalmente unos con todo. Lo que esto significa nos lo ha dicho Rilke en el último de sus Sonetos a Orfeo, cuando describe en él su propia muerte:

Callado amigo de las muchas lejanías, siente
como ni el aliento ni el espacio multiplica.
En la viguería de los sombríos campanarios
déjate repicar. Aquello que te consume

será fuerte a través de ese alimento.
Entra y sal de la transformación.
¿Cuál es tu experiencia más doliente?
Si beber té es amargo, hazte vino.

Sé en esta noche de exceso
sortilegio en el cruce de tus sentidos,
sentido de su raro encuentro.

Y si te olvidó lo terrenal
a la callada tierra di: fluyo.
A la veloz agua di: soy.

La ecuanimidad

Ecuanimidad significa que tengo el mismo ánimo para cosas diferentes. Significa también que me es igual qué reclama mi ánimo. Me enfrento a una cosa y otra con el mismo ánimo. Por eso ni prefiero lo uno a lo otro ni me aparto de lo uno o de lo otro. Regalo a ambos el mismo ánimo. Por eso no me intranquiliza ni lo uno ni lo otro. Ante ambos me mantengo recogido del mismo modo y en consonancia con ellos.

Alcanzo esta ecuanimidad si me encaro con todo de la misma manera. Terminan aquí las diferencias y lo desigual.

Gracias a la ecuanimidad permanezco recogido de manera apacible, porque nada puede desviarme ya de esa serenidad.

La ecuanimidad es un movimiento divino, y en ella se termina toda diferencia. Ya por el mero hecho de que la diferencia se interpondría entre su movimiento de amor a todo por igual.

En la ecuanimidad nos hacemos unos del modo más amplio con ese movimiento de amor, plácidamente unos, serenos unos, ecuánimemente unos. En la ecuanimidad somos unos con lo divino.

SUEÑOS

El sueño nos secuestra a otro mundo. En el sueño encontramos a veces aquello con lo que soñamos. En él se cumple más de un deseo, a menudo también un deseo prohibido.

Estos sueños suelen estar relacionados con lo ocurrido en el día. En ellos elaboramos lo que quedó del día. Nos reponemos en ellos, como nos reponemos al dormir. En ellos permanecemos al mismo tiempo en la Tierra.

También hay sueños con los ojos abiertos. Con ellos nos alejamos de lo que tenemos delante, lo que requiere ahora nuestra atención y nuestra aplicación. Nos apartan de lo que ayuda. Por eso se quedan sin cumplir y vacíos. En ellos se cumple: los sueños, sueños son.

También hay sueños espirituales. Eso significa: en el sueño somos llevados a un espacio espiritual, a otro nivel apartado de lo cotidiano. En estos sueños nos vivimos conducidos por otros poderes y recibimos indicaciones y entendimientos hasta entonces inaccesibles para nosotros. En ellos nos vivimos a veces atraídos a otro espacio, tocados curativamente, como si residiéramos en otra parte, cercanos ya en el sueño a nuestro objetivo verdadero.

Estos sueños se prolongan en la vida diaria como recogimiento, como si, incluso despiertos, estuviéramos en ambos espacios, aquí y allí a la vez. O mejor al revés: allí y todavía aquí.

¿Cuál es el efecto de que ambulemos en ambos espacios a la vez? Nos vivimos extrañamente serenos, sin mirar adelante a lo lejos, plenos ya ahora en el instante. Estos sueños son ciertos, ciertos ya en el instante.

LA FELICIDAD

La felicidad espera. Espera ahora. ¿Dónde espera? Espera en nosotros. La vivimos en nosotros, en nuestro sentimiento. ¿Dónde encontramos, pues, nuestra felicidad? La encontramos en nosotros.

La felicidad lejana, lo que buscamos en la distancia y en el futuro, es una felicidad soñada. Allí no la encontraremos nunca. Se queda en la lejanía como un espejismo. Cuanto más nos queremos acercar a ella en la lejanía, más lejos se retira. De repente se disuelve ante nuestros ojos como una imagen especular que nos rehúye. Pero todo el tiempo espera en nosotros la felicidad cercana, el instante pleno ahora.

Somos felices en el amor, en una relación en la que nos vivimos amados, en la que podemos recibir y regalar amor. Esta felicidad empieza para nosotros en la relación más íntima que hemos vivido de niños con nuestra madre y con nuestro padre. En ella estábamos resguardados con la mayor seguridad, en casa con seguridad.

¿Se acabó esa felicidad? ¿O sigue estando cerca? ¿Nos espera todavía, de modo que sólo necesitamos recordar de nuevo esa felicidad? Vivimos porque hemos experimentado esa felicidad. Seguimos viviendo porque seguimos experimentándola. Porque en nuestra vida esa felicidad sigue tan viva como entonces.

¿Cómo recordarla de tal manera que la experimentemos de nuevo? Si recordamos esa felicidad con agradecimiento, con la imagen de nuestra madre ante los ojos, con la imagen de nuestro padre ante los ojos, de cómo gozaban con y de nosotros. De inmediato volvemos a estar en el mismo gozo, con su gozo por nosotros y con nuestro gozo por ellos. Y ya volvemos a ser tan felices como antaño.

Si recordamos esa felicidad con amor, esa felicidad prosigue para nosotros en las relaciones con otras personas. Porque esa felicidad nos luce en la cara. Otras personas perciben ese brillo en nuestras caras y gozan con nosotros. Sobre todo goza con nosotros una pareja.

Somos felices sobre todo en el espíritu, en consonancia con su movimiento de amor a todo tal como es. A ese amor y a esa felicidad nos atrae consigo. Esa felicidad viene. Viene ahora. Esa felicidad permanece. Permanece siempre.